

N O S O T R O S

LEOPOLDO LUGONES

LEOPOLDO Lugones dejó de existir el 18 de febrero por propia determinación. La noticia repercutió dolorosamente en todos los ambientes cultos, pues no se sospechaba tan trágico fin, y porque el escritor, a pesar de las profundas diferencias ideológicas que a tantos nos separaban de él, si bien resistido y combatido, cubría con su nombre ilustre una época entera y era la más alta y representativa figura viviente de la renovación estética que se inició en el país a fines del siglo XIX, de cuyo desarrollo aun hoy somos testigos.

Lugones fué una fuerza enorme en la historia de nuestras letras. Una gran cabeza, la más grande de América fué dicho un día. Un exuberante temperamento polémico. Un sembrador de novedades e inquietudes. Un escritor de extraordinaria destreza verbal. Un poeta de continuada y proteica inspiración, dueño de los secretos de un arte sabio y refinado. Una vida ejemplar, porque la consagró desde la adolescencia al arte y al estudio tenaz, por el cual el autodidacto se convirtió en un hombre versado en muchas y diferentes disciplinas. Ejemplar también, porque rehusando dignidades y cargos bien rentados, se contentó con vivir modestamente y ha muerto pobre, sin que pueda reprochársele que de las doc-

trinas por él sostenidas con su acostumbrada vehemencia en los últimos veinte años, contrarias a todo cuanto predicó en su juventud rebelde, hiciese escabel para encaramarse hasta los señores del poder o del dinero.

Vivió retraído, entregado a sus faenas de periodista, de escritor y de funcionario; pero no cerró nunca las puertas a quienes se acercaban a él para pedirle estímulo, consejo o apoyo. No se prodigaba, mas tampoco se rehusaba. Seguro catador de versos, artista de fina intuición, los mejores poetas de la generación postmodernista recibieron su espaldarazo, dado espontáneamente, y gracias a su paternal generosidad, pasaron en un día de la oscuridad al renombre.

Tan rica y múltiple personalidad, escritor tan famoso en el mundo de habla española, y obra tan vasta, piden una valoración de sus contemporáneos como anticipo del juicio de la historia. NOSOTROS, consecuente en esto con su tradición, ha de hacerla en un próximo número, para lo cual cuenta ya con la colaboración de todos nuestros escritores representativos.

Esa valoración no será una piadosa corona fúnebre sino el juicio libre de dos o más generaciones sobre un maestro y la evolución casi semisecular de un pensamiento y una excepcional obra literaria. ¿Qué mejor homenaje podríamos ofrecer a quien vivió siempre en atmósfera de batalla, aborrecedor de la mentira y la hipocresía, no pidiendo ni concediendo merced?

LA DIRECCIÓN.

ATLANTIS

TEORIA PLATÓNICA DEL MITO

Introito. — 1, Examen del prólogo del *Timeo*, que sirve de introducción al Ἀτλαντιζὸς λόγος. — 2, La guerra de los Atenienses contra los Atlántidos y su función. — 3, Reseña de las obras políticas de Platón y lugar que ocupa el *Timeo*. — 4, De qué manera el interlocutor del diálogo pudo reconstruir la historia del continente sumergido. — 5, Contradictorias declaraciones de Platón sobre la naturaleza verídica o mítica del relato de Atlantis. — 6, Concepto y función del mito platónico; Platón μυθοποιός.

LA elaboración de las fuentes platónicas ha sido realizada por los Atlantófilos con descuido de los más rudimentarios procedimientos de la crítica. Me propongo demostrar a continuación cómo un trabajo realizado con método conduce inevitablemente a conclusiones diametralmente opuestas.

La casi totalidad de los escritores que se han referido a dichas fuentes platónicas no han dado suficiente importancia, en cuanto a la valoración interna, a cuestiones tan principales y fundamentales como las siguientes:

a—¿Qué significado tiene la narración de Atlántida en la economía del *Timeo*?

b—¿Qué posición ocupa el *Timeo*, junto con el *Critias*, en el desarrollo del pensamiento político —en especial— del filósofo?

y en cuanto a la valoración externa:

c—¿Qué valor corresponde a la descripción de Atlántida, correlacionada con el patrimonio material, mental y social de la época de Platón y de las que la precedieron en la cuenca del Mediterráneo?

Sin considerar, por el momento, las limitaciones y adaptaciones de términos geográficos, el grado de fidelidad o incongruencia histórico-arqueológica y la frecuencia del anacronismo, afirmamos aquí con todo rigor —y puede ser demostrado sin recurrir a sutilezas— que aún sin salir del terreno de la crítica interna es cumplidamente fácil recoger un acervo importante de resultados.

1.—En palabras más claras, lo que aquí se deplora en primer término es la limitación artificial del fragmento. Todos inician la transcripción desde aquella tan conocida frase del Diálogo: *Escucha, pues, Sócrates, una historia muy singular, aunque absolutamente verdadera, que refirió una vez Solón, el más sabio de los siete sabios (Tim. 20 d)*, que saben hoy de memoria hasta los más desprevenidos lectores de revistas ilustradas. Nadie, en cambio —excepto los pocos escritores que siguieron a H. Martin— ha pensado que este fragmento debe tener una función bien determinada en el curso del Diálogo, función que es necesario descubrir con prioridad a cualquier tentativa de interpretación.

El *Escucha, pues, Sócrates*, corresponde, exactamente, a la página 20 d del texto canónico, mientras el *Timeo* comienza en la página 17 a; hay, por consiguiente, unas tres páginas y media de introducción al relato de la Atlántida. Era de pensar que en ella debía buscarse lo que tan afanosamente se ha estado discutiendo durante más de veinte siglos, es decir, cuáles fueron los designios del autor y el valor de la narración de Critias.

Es increíble que, como ya lo dijéramos, tan sólo cuatro o cinco exégetas modernos lo hayan hecho, mientras la inmensa muchedumbre de atlantófilos prefiere perseverar en el imperdonable error de aislar el fragmento de sus naturales adherencias lógicas y de todo vínculo con el discurso total del filósofo.

Examinaremos, aunque en forma abreviada, el contenido de esas páginas.

De 17 a a 17 b el texto es una introducción general a la velada:

(17 a) El diálogo comienza con una exclamación de Só-

crates que, al hacer el recuento de las personas que se han presentado a la reunión, nota la ausencia de un convidado: *Uno, dos, tres. ¿Y el cuarto, mi querido Timeo, dónde está?* Esta reunión es la continuación de otra realizada el día anterior por Sócrates y cuatro contertulios, y el tema a tratarse hoy, fué establecido (17 b) en aquélla. Quedan como interlocutores Sócrates, Timeo, Hermócrates y Critias. Timeo confiesa que de los problemas propuestos por Sócrates ayer, sólo recuerda una parte y propone al maestro que los pase nuevamente en reseña, desde el principio, para reforzar su memoria.

En 17 c empieza el discurso de Sócrates, quien, con el pretexto de resumir la conversación del día anterior, presenta, en una hábil abreviación, el cuadro general del Estado perfecto:

(17 c) SÓCRATES. — *Accedo. Pues ayer lo esencial de mi razonamiento sobre el Estado consistía principalmente en representar cuál es, en mi sentir, el mejor gobierno y qué suerte de hombres deben ejercerlo.*

TIMEO. — *Exacto, oh Sócrates, y todo lo que dijiste fué de nuestro mayor agrado.*

SÓCRATES. — *Así, por ejemplo, ¿no habíamos separado, en el Estado, la clase de los agricultores y demás artesanos de la clase de los guerreros?*

TIMEO. — *Sí.*

Desde 17 d hasta 19 b Sócrates continúa delineando los caracteres principales del Estado ideal y perfecto. La forma es dialogada; pregunta si no es cierta tal cosa sobre tal punto, a lo que Timeo contesta invariablemente *sí, perfectamente, como tú lo dices*, o frases equivalentes.

La doctrina expuesta por Sócrates recuerda, paso por paso, la que informa el diálogo *La República*. Los comentaristas han colocado, al pie de las fórmulas abreviadas del *Timeo*, los números que remiten al texto correlativo de *La República*; al *Tim. 17 b*, que acabamos de transcribir, corresponde *Rep. 2.370 ad* (1). Naturalmente se han anotado

(1) En adelante indicaremos abreviadamente, entre corchetes, las concordancias.

algunas variaciones. Estas se explican recordando que mientras *La República* representa el primer momento de la producción política de Platón, el grupo *Timeo-Critias* en cambio constituye el último.

Luego de las *clases sociales* siguen otros puntos que aquí referiremos muy abreviados:

(17 d) *Los guardianes del Estado*. El oficio de guardianes del Estado es (18 a) aparte. Deben combatir, para todos, tanto a los enemigos exteriores como a los interiores: deben ser elementos en la aplicación de la justicia interior e implacables contra el enemigo exterior: su naturaleza debe ser, por lo tanto, dúplice, capaz de practicar tanto la bondad como la severidad. La educación debe comprender la gimnasia y la música [*Rep.* II y III].

(18 b) *La comunidad de bienes*. Los ciudadanos que se eduquen para este ministerio no podrán tener fortunas ni bienes particulares, ni en oro, ni en plata, ni en otras especies. El salario que recibirán como defensores del Estado será moderado, como conviene a sabios; lo gastarán en común y vivirán en comunidad, teniendo como único fin la virtud, prescindiendo de todo otro cuidado [*Rep.* V].

(18 c) *Educación de las mujeres*. Su naturaleza debe armonizarse con la de los hombres, hasta alcanzar una gran semejanza: deben tener las mismas ocupaciones, tanto con vista a la guerra, como en todo lo demás [*Rep.* V].

(18 d) *Los niños*. Deben tomarse tales medidas, que nunca puedan ser reconocidos los hijos propios, considerándose a todos como a hijos comunes. Sucesivamente los de cada generación todos son hijos, padres, abuelos [*Rep.* V].

(18 e) *Los matrimonios*. Para que los mismos posean las mejores cualidades posibles, las autoridades —hombres y mujeres— deben prefijar en secreto las parejas matrimoniales, tomando en cuenta las cualidades buenas y malas de cada futuro conyuge. El sistema debe ser oculto y utilizarse falsas extracciones a suerte, para que los ciudadanos atribuyan su designación al acaso y no cobren odio a la autoridad [*Rep.* V].

(19 a) *Criaturas*. No habrá que criar a todos los niños: los malos, (malvados) serían trasladados secretamente fuera del país, manteniéndolos en observación para reintegrar luego entre los guerreros a los que se mostraran dignos de ello [Rep. III].

En 19 b, después de haber informado que estas leyes son, en realidad, los fundamentos del Estado-modelo esbozado anteriormente, Sócrates comienza a delinear el programa del diálogo *Timeo*. Esta parte es de tanta importancia para nuestro propósito, que se impone la traducción literal. El lector notará —por la simple lectura del pasaje— cuán precioso es su contenido, que equivale a una verdadera clave.

(19 b) SÓCRATES. — *Y bien, sabed ahora, con respecto al Estado que hemos descrito, qué clase de sentimiento he experimentado. Esta impresión semeja a la que sentiría cuando habiendo visto en alguna parte hermosos animales (seres vivientes), sea representados en cuadros, ya realmente vivos —aunque manteniéndose en reposo—, se experimenta el deseo de verlos ponerse en movimiento y efectuar (19 c) algunos de esos actos que parecen corresponder a su naturaleza. He aquí lo que quiero con respecto al Estado del cual terminamos de examinar el plan; me gustaría oír contar que las luchas que sostiene todo Estado, él también las afronte contra otros Estados. Que marche, como es necesario, a la batalla, que durante la guerra se muestre digno de la instrucción y de la preparación dada a sus ciudadanos, ya sea referente a estos asuntos ya sea con respecto a otras negociaciones con otros Estados.*

Pero Sócrates se declara (19 d) incapaz de afrontar este cometido. Tampoco puede confiarlo a los poetas (19 e) y sofistas. Sólo queda una categoría de personas, que por naturaleza y por educación, participan conjuntamente de la filosofía y de la política: a esta categoría pertenecen los interlocutores presentes (20 a): Timeo, ciudadano de la ciudad de Locres, en Italia, famosa por sus leyes, Critias, que no es nuevo en esta clase de cuestiones y Hermócrates, del todo idóneo para lo mismo. Sigue diciendo, textualmente:

(20 b) SÓCRATES. — *Por ello, cuando me pidieron ayer*

que examinara lo que toca al Estado. lo consentí de todo corazón, después de reflexionar, pensando que nadie mejor que alguno de vosotros podría, si lo quisiera, tomar la continuación de mi exposición. Pues, luego de que el Estado ha sido preparado para sostener una guerra honorable, vosotros solos, actualmente, podríais darle todo lo que le será necesario en esta contienda.

En 20 c y d asegura Hermócrates que la buena voluntad no nos faltará y no tenemos pretexto alguno para eximirnos de este deber y anuncia el relato que hará Critias, según antiguas tradiciones. Luego del asentimiento de Timeo, Critias toma la palabra con aquella archisabida frase: *Escucha, pues, Sócrates, una historia muy singular...*, con que comienza el relato de Atlántida.

2.—Ninguna incertidumbre es posible sobre la función que cumple la narración de Atlantis en el desarrollo de la primera parte del *Timeo*. Sócrates define, con toda exactitud, esta función en las palabras del Diálogo que hemos destacado y especialmente en 19 c y 20 b.

Platón ha reseñado las características del Estado-tipo, pero no desconoce que esta descripción es una fórmula artificial, desprovista de la fuerza de convicción que sólo puede dar el funcionamiento de lo creado. Se da perfecta cuenta de que la imagen que presenta carece de calor vital, es una elaboración rígida, una máquina ingeniosa, pero sin movimiento, sin los atributos de la vida. Consciente de que la vida es movimiento, aspira a presentar en acción este organismo, convirtiéndolo de estático en αὐτοζίνητος.

He aquí la guerra de los Atenienses contra los Atlántidos, que justificará en un todo las instituciones del Estado-modelo; obsérvese con qué complacencia se ocupa en describir las leyes de la Atenas antigua, que habría existido nueve mil años antes de Solón.

Con fino entendimiento Platón hace de modo que el estado social y las leyes de aquella Atenas que quiere glorificar —no sin intención de obtener un agudo contraste con la Atenas contemporánea que condenó a su maestro— sean relatados por un extranjero, el sacerdote de Sais: primero,

por la estimación que gozaba en el Atica todo lo que procedía de Egipto, luego, porque en la antigüedad de las tradiciones egipcias lograría asentar la autoridad testimonial de la descripción. A ello están vinculadas las digresiones sobre la antigüedad de las memorias del sacerdocio egipcio: —¡Solón! ¡Solón! ¡vosotros los griegos seréis siempre niños! (22 b), sobre las destrucciones periódicas de los pueblos por cataclismos de agua y de fuego (22 c), sobre la corta memoria y la carencia de historia escrita de los Atenieses (23 bc).

El efecto que busca Platón, gran artista y agudo psicólogo, es el de consolidar con eficacia el aspecto jurídico y social de esta supuesta Atenas prehistórica, floreciente en el siglo XCIV antes de Cristo, a la que dedica el fragmento fundamental del episodio —23 c y 24 a b c d—. Aquí, en realidad, no se trata ya de una digresión, sino del centro mismo del discurso demostrativo. Las instituciones de la antigua Atenas coinciden con las del Estado-tipo: la clase sacerdotal, del todo apartada, luego la de los artesanos distribuidos por sus distintos oficios, por último la de los guerreros, etc.

24 a) *En primer lugar la clase de los sacerdotes separada de todas las otras y puesta aparte: después la clase de los artesanos. (24 b) puesto que cada oficio ejerce sus ocupaciones separadamente, sin confundirse con ningún otro: la clase de los pastores, la de los cazadores y la de los agricultores. En cuanto a la clase de los guerreros, sin duda lo habéis advertido, es igualmente distinta de todas las otras y la ley ha prescripto a sus miembros el ocuparse únicamente de la guerra. Asimismo, por la forma del armamento, escudos y lanzas, hemos sido los primeros [los Egipcios] en poseer estas armas entre los pueblos que rodean el Asia. Pues es la Diosa, quien, al igual que en este país, lo ha enseñado contemporáneamente a vosotros [los Atenieses]. Y por lo que atañe al intelecto, sin duda veis de qué manera la ley, desde un principio ha cuidado de él, así como de la educación, (24 c) y cómo nos ha descubierto todo, incluso la adivinación y la medicina que concierne a la salud, [todo] desde las ciencias divinas hasta sus aplicaciones humanas y cómo ella nos ha provisto también de las otras ciencias que le siguen. Ahora bien, es justamente esta cons-*

trucción y esta misma organización la que la Diosa os había dado en participación por primeros [a vosotros, los Ateniensés].

El sacerdote de Sais no cesa de expresar su admiración por estas instituciones de la supuesta Atenas prehistórica, pero el efecto más eficaz que de sus palabras requiere Platón, es el testimonio de la existencia de las mismas instituciones en Egipto. No todas sobreviven, es verdad, ni se han conservado allí sin sufrir alteraciones: el sacerdote egipcio reconoce que *las vuestras eran mejores*.

En cuanto a la explicación de este hecho singular, el sacerdote señala que la organización dada a Atenas —e imitada un milenio después en Egipto— procede de la misma divinidad; con anterioridad ha dicho que Sais fué fundada por Neith, a la que los helenos (21 e) llaman Atena, *pues los dos nombres corresponden a una sola diosa*.

No podría imaginarse un conjunto de circunstancias más eficaces para enaltecer el orgullo de los Ateniensés contemporáneos de Platón: ningún resorte está descuidado: el sentido de la duración, la remotísima antigüedad, la admiración de un pueblo tan venerado como el egipcio, la reverencia a la fundadora de Atenas, la Virgen del Acrópolis, el parentesco religioso con Sais, la igualdad de las instituciones, sin descuidar el armamento de la infantería, la fortuna de las armas y la victoria. *Vuestros padres lejanos han sobrepasado a todos los hombres en toda clase de cualidades, como conviene a vosotros, discípulos de los dioses (24 d). Vosotros, oh Ateniensés (25 b), habéis libertado nada menos que a todos los pueblos de Africa [Libia] y Europa hasta la Toscana [Turrenia].*

¿Cómo puede resistir a la persuasión de la dialéctica platónica un ciudadano de la Atenas coeva del filósofo, embriagado con arte tan sutil y por toda suerte de lisonjas?

La finalidad del escritor, suprema y única, si apartamos toda sobreestructura, consiste en convencerlo de la bondad de las instituciones que acaba de esbozar en este Diálogo y cuyo desarrollo es objeto integral de las demás obras políticas.

3. — Las obras políticas de Platón, *La República*, el *Político*, el *Crítias* y *Las Leyes* permanecerían en gran parte, ininteligibles si no las consideráramos relacionadas con distintos momentos de sus conatos de actuación política.

Tomando los dos extremos, *La República*, del primer período (380-367), y *Las Leyes*, del último (360-347), nos encontramos con dos políticas que, podriase decir, son distintas aunque basadas en los mismos principios. Una es absoluta y conforme al ideal platónico del Estado: la otra, un tanto humanizada, contiene elementos prácticos más conciliables con la naturaleza del hombre. La primera, metafísica y rígida, la segunda, con determinadas concesiones a exigencias ineludibles de la vida social.

Este tránsito tan importante ha sido explicado por los biógrafos tomando como base tres momentos distintos de la vida pública y militante del filósofo, que dejaron su impronta poderosa en la labor intelectual de Platón.

En el 388 a. de J. C., Platón visita a Dionisio I, monarca de Siracusa. Va con la idea halagadora de encontrarse con un *Estado-laboratorio*, para experimentar y poner en práctica sus lucubraciones de organización social. Allí chocó, como era inevitable, con el genio práctico de Dionisio. Es sabido que todo se desarrolló del modo más contrario a las esperanzas de Platón, llegando él mismo a ser vendido como esclavo. Después de libertado y vuelto a Atenas, funda la Academia. A esta época pertenece *La República*, donde describe el Estado perfecto, la ciudad celeste. Es la realización *in abstracto*, con los delineamientos generales y particulares, de un ideal que había fracasado en la práctica. Si esta producción no se nos presenta únicamente como un desquite, tiene, en parte, tal significado.

A la muerte de Dionisio I y el entronamiento de Dionisio II, su hijo, vuelve Platón al reino de Sicilia (367 a. de J. C.) con las viejas esperanzas vivificadas. Por segunda vez la suerte no le fué propicia. De regreso a Grecia, con el alma cargada de la amargura que infiltra el fracaso, se consagra a la redacción de nuevos Diálogos: *Teéteto*, *Sofista*, *Político*, *Parménides*, etc.: obsérvase que en este período (367-361)

domina el pensamiento metafísico sobre las atenciones morales. Es éste un indicio llamativo. Pareciera que, definitivamente desalentado en la intención de amoldar la sociedad terrena a imagen de la celeste, abandonara todas las preocupaciones prácticas de política social para consagrarse a cuestiones menos contingentes, alejadas del campo experimental que se le había mostrado tan fecundo en contrastes. Con todo, para el análisis psicológico, este segundo momento puede completar el síndrome de una crisis, la cual, en efecto, se resolverá en el tercer momento.

Por tercera y última vez vuelve a Siracusa (361 a. de J. C.), animado por deseos que nunca se realizaron y promesas que en ningún instante se cumplieron. Esta experiencia postrera condiciona claramente las obras de los últimos trece años de su vida, a saber: el *Timeo*, el *Critias* y *Las Leyes*.

Enfocando ahora únicamente el tercer período, se descubre con facilidad una evidente dualidad en el carácter de las obras de este último momento. Primer aspecto: se proyecta en un plano irreal el cumplimiento del inhumano proyecto de Sociedad idealmente perfecta. *Celui que l'action n'a pu satisfaire doit, à la fin, se contenter du rêve* (1); como tal, Atlantis, especial sujeto del *Critias*, cumple la función de superar idealmente las decepciones y realizar en alguna forma una ideación y un deseo tan poderosos; por tal medio la elaboración mítica libra al espíritu de una carga inequívoca. Segundo aspecto, representado por los libros de *Las Leyes*: en el desarrollo de las ideas políticas de Platón, estos últimos diálogos tienen una caracterización bien visible porque representan la inevitable concesión a una realidad más poderosa que la forjada por la mente y la especulación del filósofo.

El triple fracaso en el Estado de los Dionisios operó como una fuerza moderadora indiscutible (2). No sin motivo W. Lutoslawski asienta que estos últimos diálogos no per-

(1) RIVAUD, Albert: *Timée-Critias*, Paris 1925, pág. 8.

(2) *Platon paraît sentir lui-même ce que cette utopie [La République] avait d'excessif et la corrigea un peu dans son dernier ouvrage, Les Lois*; REINACH, Salomon: *Lettres à Zoé*, Paris 1926, pág. 87.

tenece a la tendencia idealista de *La República* (1). El grupo: *Timeo*, *Critias* y *Leyes* constituye el postrer desarrollo de su pensamiento y asumen el valor de una sistematización, aunque, en verdad, después de haber aprendido, por medio de tan dolorosas experiencias, que es imposible tener unidas lo que hoy llamaríamos la razón práctica y la razón pura, Platón se dedica a suavizar la legislación concreta y a vivir en cambio la ideal, en un mundo puramente intelectual.

Al ocuparse del platonismo hay que tener en cuenta que las cosas que en él hallamos no forman ya grupos concretos y aislados, sino momentos de una marcha más o menos lenta, condensada en ciertas fases, cuya expresión en los Diálogos sólo corresponde a aquella progresión como corresponde una serie discreta a una línea continua (2).

Sólo estudiando el episodio de Atlántida *articulado* a la historia del desarrollo del pensamiento de Platón puede uno establecer con rigor y honradez cuál es su función y preciso significado.

4.—El personaje del Diálogo en boca del cual pone Platón la narración de Atlántida es —como todos lo saben— Critias el joven, así llamado para distinguirlo de otro Critias, el viejo, abuelo del primero; éste fué quien oyó directamente el relato del mismo Solón, de acuerdo con lo que expresa el texto.

El Diálogo indica con precisión cómo y cuándo Critias el joven conoció esa narración: fué, justamente, el lejano día en que se celebró el sacrificio llamado Κούρειον, es decir, el corte y la ofrenda a los dioses del cabello de los niños. Critias tenía entonces diez años. El anciano abuelo, que a la sazón contaba noventa, lo habría narrado a un tal Aminandro, en presencia del nieto.

Un asunto digno de investigarse es el modo cómo el interlocutor del Diálogo ha reconstruido —en una narración

(1) LUTOSLAWSKI, W.: *The origin and growth of Plato's logic, with an account of Plato's style and of the chronology of his writings*, London 1897.

(2) LUTOSLAWSKI, W.: *op. cit.*

unida y armónica— los pálidos recuerdos de la infancia. El pequeño Critias había estado jugando con sus hermanos y las criaturas de su edad y, de las recitaciones y cantos de esa fiesta —también mencionados por Platón— debía tener, necesariamente, un recuerdo más preciso que de las disquisiciones de un nonagenario. Quien ponga atención al contenido del fragmento referido por Critias como pronunciado por el abuelo durante la fiesta del Κοῦρῆτον —y atribuido a Solón— fragmento compuesto de razonamientos jurídicos y sentencias políticas e históricas de complicado alcance, deberá convenir que se presenta cierta dificultad para admitir, *primero*: que tales conceptos y su armónico conjunto se localizaran tan fielmente en la memoria de una criatura de diez años y en una ocasión, como esa, en que mil cosas atraerían su curiosidad, y *segundo*: que éste, en su edad adulta pudiera repetirlos con exactitud, citando nombres, personajes, lugares, datos cronológicos, repitiendo razonamientos e invocaciones con una prolijidad de detalles que llama la atención.

Platón era demasiado hábil para no advertir estas circunstancias absurdas y el texto nos atestigua que se ha preocupado, por lo menos, de atenuarlas. Hay, en efecto, párrafos íntegros dedicados a mostrarnos de qué manera el interlocutor Critias ha reconstruido los recuerdos de la niñez, principalmente en 20 *c d* y el largo fragmento 25 *e*—26 *a b c*. Por el primer trozo nos enteramos que Critias había hecho una primera narración —incompleta y fragmentaria— el día anterior a Hermócrates y a Timeo, durante el trayecto a su casa, al terminar el coloquio con Sócrates. En el segundo lugar agrega (26 *b*) que ese primer esbozo era imperfecto y que después de haber dejado a los dos compañeros nombrados se aplicó a recordar —en la soledad de la noche— la lejana conversación del abuelo, logrando al fin reconstruir casi todos los elementos de la narración que por efecto del tiempo se habían ido borrando de su memoria. En este punto ubica Platón —con gran sabiduría— sus observaciones sobre la tenacidad de los recuerdos de la infancia:

—No sé —dice Critias— *si podría recordarme de lo que*

he oído ayer, pero lo que he escuchado hace mucho tiempo no puede esfumárseme.

En cuanto a la segunda circunstancia, a la que nos referíamos antes, Platón modifica sensiblemente lo que con anterioridad ha dicho. Ya no se trata de haber oído sólo una vez el discurso de Solón, durante la fiesta del Κούρειον, sino que el mismo tema fué objeto de reiteradas pláticas entre el abuelo y el nieto: —*Yo tenía tanto gusto de escucharlo*— refiere Critias— *tanta infantil alegría, y el viejo contestaba tan de buena gana a mis preguntas incesantes, que esta historia ha quedado en mí como si ella estuviera pintada al encausto, con caracteres indelebles.*

Todo esto es convincente y hábil, apto para confirmar —una vez más— el gran dominio dialéctico del filósofo y poeta. No se olvide, sin embargo, este concepto puesto en boca de Critias: —*Ves ahora [Sócrates] porqué he aceptado el cometido que me habíais asignado ayer; yo creo, en efecto, que en todas las búsquedas de esta naturaleza lo esencial es imaginar, primeramente, un tema que corresponda a nuestras intenciones, y el presente [Atlántida] conviene en buena medida a nuestro propósito. 26 a.*

5.—Las palabras de Critias, el joven que terminamos de citar, son demasiado sugerentes para que omitamos de encarar aquello que podríamos llamar la doble estrategia de Platón (1). Esta consiste en la siguiente maniobra: que por un lado deja —a lo largo del diálogo— una serie de afirmaciones y testimonios (A) sobre la realidad del relato, y por el otro, casi con maliciosa fruición, ubica en cadena, paralela a la primera serie, expresiones en que se afirma que el relato mismo es una ficción (B) y que obedece tan sólo a finalidades demostrativas.

Los atlantófilos profesionales y aficionados siguen, con evidente complacencia, una conducta no menos sencilla que tendenciosa; se limitan a tener en cuenta tan sólo las de-

(1) Los antiguos ya conocieron la acusación de Valeyo Patércolo: —*Jam de Platonis inconstantia longum esset disserere*; CICERON: *De Natur. Deor.*, lib. I.

claraciones del grupo A y codiciosamente señalan algunas de ellas sin dignarse tomar en cuenta los fragmentos del grupo B.

El concepto estadístico tampoco les es extraño, puesto que su fuerza es invocada por los atlantófilos. Miren bien —dicen— que no una sola vez, sino muchas, el texto de Platón nos asegura que se trata de un hecho concreto, histórico, no de ficciones.

Seamos sinceros, al fin, y hagamos el balance, con el *debe* y el *haber*:

A

1(20 d) CRITIAS. — *Un relato muy singular, pero absolutamente verídico.*

2(21 a) SÓCRATES. — *¿Pero, cuál es esta hazaña que Critias contaba —de acuerdo con lo que había oído a Solón— no como simple ficción, sino como una hazaña verídica realizada por esta ciudad?*

3(26 e) SÓCRATES. — *¿Y qué otro tema, oh Critias, podríamos tomar, en vez de éste, que se refiera más íntimamente a la fiesta de la diosa que se celebra hoy? Sobre todo cuando no se trata de una leyenda hecha por placer, sino de una historia verdadera.*

B

1(19 be) Necesidad lógica de ver en movimiento y en acción el Estado esquemático delineado por Sócrates. SÓCRATES. — *Que marche, como es necesario, a la batalla...* (v. nuestro párrafo 2).

2(20 b) SÓCRATES. — *Luego de haber dado el plan teórico del Estado: vosotros solos (Tim., Crit., Herm.), actualmente, podríais darle todo lo que le será necesario en esta contienda.*

3(20 d) HERMÓCRATES. — *Este relato, oh Critias, repítelo ahora a Sócrates, para que él juzgue si es o no utilizable para el fin que nos ha prescripto.*

4(26 a) CRITIAS. — *Yo creo, en efecto, que en todas las búsquedas de esta naturaleza lo esencial es imaginar, primeramente, un tema que corresponda a nuestras intenciones y el presente (Atl.) conviene en buena medida a nuestro propósito.*

5(26 d) CRITIAS. — *Los ciudadanos y la ciudad que ayer nos los representaste como una ficción, los transportaremos, ahora, a una esfera real: supondremos que se trate de esa misma ciudad; los ciudadanos que habéis imaginado diremos que son esos, los verdaderos, nuestros antepasados, aquellos de los que había hablado el sacerdote. Entre unos y otros habrá un acuerdo perfecto y no nos equivocaremos un ápice si afirmamos que éstos son efectivamente los que existieron en aquel tiempo. (Conf. 19 b).*

6(27 b) CRITIAS. — *Yo debería, en conformidad al pensamiento y a la ley de Solón, hacerlos comparecer ante vosotros, como ante jueces, considerarlos ciudadanos de esta ciudad y como a los atenienses del tiempo pasado, aquellos antepasados invisibles que nos ha revelado la tradición de los escritos sacerdotales. Por lo restante, sin embargo, razonaré como si se tratara de ciudadanos y de atenienses actuales.*

6.—Como el lector acaba de notarlo, la lectura del mismo Platón es el primer y más saludable antídoto contra la ligereza de los aficionados (cuesta creer que sea tan numeroso el rebaño de los que sobre este tema han escrito sin haber antes tomado medida alguna de vigorización mental, para poner una valla al fácil olvido y a los encantamientos de la fantasía). Naturalmente, no una lectura de fragmentos aislados y arrancados del tronco vital, sino una lectura integral, avalorada por el análisis filológico y la penetración del pensamiento político y filosófico del maestro.

Hemos visto en el párrafo anterior que, mientras en tres fragmentos del *Timeo* proclama Platón la veracidad del relato de Atlantis, en un número visiblemente mayor de trozos del mismo diálogo enuncia las razones y la utilidad de su invención, elige conscientemente a los personajes ca-

paces de imaginarlo y narrarlo y discute su valor demostrativo y dialéctico, con suficiente insistencia y claridad.

De tal discusión sale elaborada la doctrina platónica del *mito*, esto es, de una narración alegórica y fabulosa, aunque persuasiva y provista de todos los posibles elementos de la realidad teórica, tal que pueda hasta substituir a la verdad misma; su importancia no consiste sólo en la función dialéctica, para deslumbrar al oyente con las galas de una invención fantástica, sino también en la función vivificante y dinámica, puesto que su calor está llamado a revestir de formas vitales la pura especulación filosófica, que por sí misma produce únicamente creaciones inertes y frías.

Conoce y aprecia Platón las dos propiedades del mito, tanto la expresiva como la dinámica, y se vale de ese medio favorito al vulgarizar sus más queridas creaciones teóricas (1). No sólo emplea los mitos ya preformados, que le ofrecen la mitografía y los poetas, sino también otros nuevos que él mismo imagina y crea (2). Acaso gran parte de la popularidad de que siempre gozó, a diferencia del riguroso y escueto Aristóteles, tiene sus raíces en esta condición de hábil psicólogo y creador de imágenes inimitables.

Por estas consideraciones bien merece Platón un apelativo que él mismo usara, o sea el título antonomástico de inventor de mitos: *μυθοποιός*.

No cometeremos la ingenuidad de fundar esta demostración en el hecho que Platón emplea a menudo la palabra *μύθος*, porque es sabido que en lengua griega este vocablo no implica necesariamente el concepto de leyenda o creación fabulosa, y a menudo significa narración, o sentencia o discurso, pura y simplemente. Puédesse observar, sin embargo, que tales significados abundan especialmente en los primeros tiempos de la poesía griega, en Homero y los trágicos. M. de Jonnés —que hace la misma observación— para explicar el cambio semántico de la palabra recurre al sentido esotérico que habrían adquirido, por obra de los sacer-

(1) RIVAUD, Albert: op. cit., pág. 12.

(2) REINACH, Salomon: op. cit., pág. 81.

dots, las libres fábulas del tiempo antiguo relegadas posteriormente en los templos, y envueltas en el velo misterioso de la alegoría. El hecho cierto es que Platón, para el concepto escueto de relato, emplea con regularidad el vocablo *λόγος*, que abunda asimismo en el fragmento de Atlantis, y en cambio *μῦθος* cuando entiendo hablar de una invención consciente. Además, cuando quiere ahondar el contraste entre una historia verídica y una invención, opone la frase *ἀληθινός λόγος* a la otra *πλασθεὶς μῦθος* (*Tim.* 26 e) que literalmente quiere decir: mito plasmado a nuestro gusto, y con ella designa un mito expresamente creado para desempeñar una función demostrativa. En el otro caso, es decir, cuando quiere designar un mito transmitido por la tradición, cuya función simbólica es la de personificar fenómenos físicos que encubren, por ejemplo, las periódicas destrucciones de porciones de la tierra, dice claramente: aquella es la fábula, ésta la realidad, en que el vocablo *μῦθος* se ve opuesto al otro *ἀλήθεια*. Así, al recordar la leyenda de Facón, que produjo el incendio universal, diferencia Platón con todo rigor los dos conceptos: *τοῦτο μῦθον μὲν σχῆμα ἔχον λέγεται, το δὲ ἀληθὲς ἔστι...* (*Tim.* 22 e).

Platón se enorgullece cada vez que piensa haber creado un verdadero mito, es decir, una narración fantástica razonable, justa, persuasiva y verosímil. Este carácter está contenido en el *Timeo* en el vocablo *εἰκώς*. La frase más típica del pensamiento platónico es aquella en que los dos conceptos de *mito* y de *verosímil* se juntan en una sola entidad, *εἰκώς μῦθος*: una fábula aceptable y conveniente.

Ya hemos mencionado la base filosófica (1) de esta concepción, que se encuentra particularmente desarrollada en *Tim.* 29 c d. Platón acaba de distinguir dos diferentes categorías de conocimientos sobre la naturaleza del universo: los primeros versan sobre los fenómenos perdurables e inteligibles, y son objeto de un raciocinio relativamente firme e irrefutable; los segundos, en cambio, deben conformarse con explicar por aproximaciones lo que no puede ser objeto de

(1) ROBIN, León: *La pensée grecque*, París 1928, pág. 266 y sigs.

certidumbre concreta. Con una fórmula admirablemente sintética, nos dice Platón que de la misma manera que lo Inmutable y fijo es materia de ciencia, el Devenir y lo mutable puede serlo sólo de la creencia y la fe: ὅτιπερὶ πρὸς γένεσιν οὐσία, τοῦτο πρὸς πίστιν ἀλήθεια (*Tim.* 290 c).

Ahora bien, sigue el maestro, al tratar estas materias más delicadas y árduas, en que no puede ser invocada ninguna certidumbre absoluta, cuando tenemos la suerte de aportar razonamientos que ofrecen en un grado notable los caracteres de la verosimilitud, tendremos el derecho —las palabras están puestas en boca de Timeo— de vernos felicitados, puesto que, si se tiene en cuenta la limitación forzosa de la condición humana, los sabios deben reconocer que esas disciplinas no consienten mayor aproximación y aceptar la que está contenida en una *invención verisímil* τὸν εἰκότα μῦθον, puesto que en balde sería querer ir más lejos, πρόπει τοῦτον μηδὲν ἔτι πέρα ζητεῖν (*Tim.*, 29 d).

Después de nuestra cuidadosa exégesis, no queda duda posible sobre la naturaleza mítica del relato de Atlantis, su valor y función así en el diálogo, como en el conjunto de la obra platónica, y el pensamiento político del maestro, sin que nuestras demostraciones tengan en ningún momento la precariedad y violencia de una tesis forzada y unilateral, pues por el contrario reposan en la serena visión y el armónico desarrollo de la comprensión integral de los textos.

Nuestra atención debe dirigirse ahora a otras indagaciones: primero, a su íntima conexión con la utopía política de Platón, luego a sus caracteres analíticos, es decir a las relaciones con el lugar y el tiempo, con la historia helénica, con las doctrinas económicas, con los esquemas del pensamiento geométrico, etc., y por fin, en la tercera parte de nuestra obra, a los elementos originarios y fragmentarios que fueron utilizados en su creación.

J. IMBELLONI.

TRES SONETOS

CELESTE ESFERA...

CELESTE esfera que a mirar me incitas
soledades de muerte y vana espuma,
centauro volador, trémula pluma,
mi pobre corazón, cómo palpitas.

Palabras de humo en el silencio escritas,
laurel y mirto —codiciada suma—,
el viejo tronco su dolor rezuma
y el mundo rueda en noches infinitas.

Perdido voy, y en la espiral del viento
sólo una voz de recordado acento
como un pájaro ciego al alma guía.

La tierra es dura, engañoso el paso,
y hay sombra y frío en el postrer ocaso:
todo está muerto, y amas todavía.

JUNTO A MIS DUDAS...

JUNTO a mis dudas, tu optimismo ardiente;
junto a mi pena, el sol de tu alegría;
toda tu vida vuélcase en la mía
como en un triste páramo el torrente.

Viajero de mí mismo, en tu alba frente
brilló la estrella de Belén un día;
tu andar junto a mi andar la noche abría
y el ruiseñor cantó más dulcemente.

Sosiego, y lento trabajar fecundo
mientras se miente un ilusorio mundo
el alma que entre cielo y mar navega.

Cuide tu amor este constante anhelo
y arda en tus ojos un lejano cielo
mientras la hora de la muerte llega.

ENSUEÑO AYER

ENSUEÑO ayer, y hoy ya vida lujosa
nacida de mi sangre y de mi ensueño;
sobre mis días, resplandor risueño,
se alza tu fresca voluntad de rosa.

Ojos que van abriendo, cosa a cosa,
el mundo de lo grande y lo pequeño,
manos que inventan con tenaz empeño
un alba de ilusión maravillosa.

Mi infancia vuelve con tu misma infancia
y hay una dulce y celestial fragancia
sobre la tierra, desde que has venido.

Sean tus días un hermoso cuento,
y mezclado tu acento con mi acento
salve tu juventud mi bien perdido.

FERMÍN ESTRELLA GUTIÉRREZ.

FRANCIS VIELÉ - GRIFFIN

J'ai un grand voyage à faire...

F. V. G.

FRANCIS Vielé-Griffin nació en 1864 en la industriosa ciudad de Norfolk, y allí, en ese paisaje de Virginia atabacado como un abuelo, transcurrió su primera infancia. Después cruzó el océano, y los días, ricos en obras, se le fueron allegando. Hace algunas semanas, en las postrimerías de 1937, este fino poeta que de tan gallarda manera militó en "la batalla simbolista" ha podido alcanzar, por último, y con serenidad edificante, el límite extremo de su jornada de hombre.

Desde los ocho años, Vielé-Griffin se había connaturalizado, así en lo espiritual como en lo idiomático, con las maneras expresivas del país galo, que no tardó mucho tiempo en ungirlo poeta y en retribuirle una afección tan entrañable. Hoy mismo, y para siempre, un lindo rincón de Francia es ya su patria profunda.

La popularidad promiscua y volandera nunca alcanzó, sin embargo, al amistoso poeta de *Joies* y de *Clarté de Vie*. Como era justo, Vielé-Griffin ha muerto estimado por los mejores, pero sin ecos periodísticos, porque su gloria, como casi todas las glorias auténticas y que se bastan a sí mismas, es de las que quedan a trasmano. Las rutas recelosamente sendereadas por los comentaristas oficiales, las únicas francas para el tránsito aborregado y numeroso, nunca llevan muy lejos. En poesía casi ningún avance es posible si no se va por los atajos, y solo. Ella gusta avenirse con los animosos y hasta con los despreocupados. Con los que, por muy

doctos o por muy señores que sean, saben salirle al encuentro como solía hacerlo el propio Goethe: silbando.

Durch Feld un Wald zu schweifen,
Mein Liedchen wegzupfeifen,
So geht's von Ort zu Ort!...

(*Der Musensohn*).

Mucho habría que decir de los hallazgos líricos y de las innovaciones métricas de Vielé-Griffin, el más certero, sin duda, entre todos los cultores franceses del verso libre. La poesía de este maestro es una pura fluencia rítmica que no conoce otro cauce que el que va diseñando, sabiamente sinuoso, el trémolo mismo de la emoción que la impulsa y la efunde. Aunque siempre alusivas en los vocablos y en las imágenes, las expresiones aciertan a ser tan sencillas que con mucha frecuencia parecen de sentido directo. Los símbolos, en la acepción más restringida de la palabra, tampoco faltan, y con todo nunca se interfieren ni enturbian. La construcción estrófica se pliega a las mudanzas más diversas, pero ni el léxico se complace en penumbras, ni la sintaxis en caracoleos ociosos. Esto sí: no pocas veces, uno que otro giro elíptico va retardando, en rápidos esguinces de emoción o de gracia —así como entre los atropellos del mero discurso conversado—, el lírico arribo, aquí indefectible y siempre gozoso, de las significaciones esenciales.

Se vive tan torpemente propenso a la poesía plagada de literatura y de convenciones retóricas, que a veces hasta estas claras modulaciones no dejan de desconcertarnos, y sólo por eso: por su naturalidad misma. La paradoja se explica. En las mejores composiciones de Vielé-Griffin, las palabras —como unos rostros de mujeres jóvenes y sin afeites en la intimidad de una hora matutina— se asoman hacia nosotros con su límpida faz primera, todavía auroral y risueñamente desprecocada. Todo está en saber sorprenderlas.

A semejanza del abate Le Cardonnel, su cofrade en Mallarmé, pero tal vez con menos sobresaltos interiores, nuestro poeta vivió para el recreo franciscano de la amistad con las cosas y del amor hacia las criaturas. Amable espíritu re-

ligioso, Vielé-Griffin ha fijado en su obra no sólo el inconfundible matiz de su emoción y de su canto, sino también todo el decoro, tan remontado y confortante, de su buen credo de artista. Hay que marchar hacia Dios insinúa, sin consentirse otras etapas que las de la caridad y las del arte. Y sobre todo hay que aceptar la vida, y justificarla acrecentándola. De todas las parábolas del Evangelio se nos ocurre que la de los servidores que duplicaron los talentos que les confiara el amo le era la más grata. Algún leve toque melancólico no falta en sus poemas. Esto nos trae a la memoria los fondos pictóricos de los primitivos italianos o las figuras de los prerrafaelistas ingleses, a quienes fué aficionado. Pero Vielé-Griffin se nos muestra tan inmune a la languidez boba como a los misticismos dudosos. Rehusarse a la plena e ingenua fruición de las cosas le hubiera parecido una actitud de condenable rebeldía: algo así como asomarse a la Creación para después desdeñarla. Su gran sanidad cordial le permitió ir frecuentando, con alborozo y sin esquinadas malicias, casi todos los halagos de la tierra: su mesa fué amplia y su vino inmejorable. No ignoró, bien se entiende, los ascetismos profundos, pero gustó reservarlos, según conviene, para la conducta y el estilo:

Je chante en mon âme des choses folles,
 Comme les vierges et comme les joies,
 Et j'ai trouvé de si douces paroles,
 Oh! si douces qu'il faut bien que tu les croies.

De algunas de esas "dulces palabras" damos seguidamente una versión castellana, siempre atenta, hasta donde nos fué posible, a las sutiles intenciones del texto. A Vielé-Griffin, que tradujo el *Laus Veneris* de Swinburne, que transcribió *The blessed Damozel* de Dante Gabriel Rosetti y que parafraseó con aplicación devota uno de los trenos de Walt Whitman, esta suerte de translaciones poéticas le era sobre manera agradable. Las que aquí se reproducen no pretenden constituir un homenaje. Son apenas un recuerdo. Ahora que ha muerto, es en sus poemas —en su visión del mundo— donde hemos de buscar al poeta. Y ya lo hemos encontrado:

...diese Tiefen, diese Wiesen
und diese Wasser waren sein Gesicht.

(RAINER MARIA RILKE, *Der Tod des Dichters*).

(Allí donde sopla el espíritu, la muerte sólo aniquila lo prescindible: el perfil y las vísceras).

LAS HOJAS, ESTA MAÑANA...

LAS hojas, esta mañana,
Están todas satinadas,
La lluvia es tibia;
Los cantos del invierno tornan en estribillos,
Esta alegre mañana,
Y, si yo los olvido, tu voz viene en mi ayuda;

Y si acaso tu misma memoria desfallece,
Yo retomo ese canto que, de uno u otro modo,
Deja que las palabras, al azar, se persigan.
¿Mas qué es lo que cantamos
Con palabras tan suaves
Que aun así, en desorden, a los dos nos embriagan?

(*Poèmes et Poésies: Joies*).

CANCION

HE tomado la lluvia en mis manos tendidas
—Una tibia llovizna semejante a las lágrimas—,
Y la he bebido como un filtro, peligroso
A causa de un encanto;
A fin de que mi alma se adormezca en tu alma.

He tomado un puñado de trigo en el granero
—Un trigo que se escurre como granizo tenue—,
Y luego lo he sembrado en la tierra más densa
A causa de la escarcha;
A fin que tú disfrutes de cosecha segura.

*He tomado hierbajos y anchas hojas moradas
—Unos hierbajos secos y unas hojas ya muertas—,
Y he encendido con ellos una alta llama suave,
A causa de la esencia de las más fuertes savias;
A fin de que tu espera en el alba sea grata.*

*Y he tomado el pudor de tu cara y tu boca
Y tus bucles alegres y tus ojos sonrientes,
Y me he hecho con ellos una aurora alocada
Y rayos jubilosos y cuerdas para lira.
—¡Y ahora el día resuena como un canto de abejas!*

(Poèmes et Poésies: Joies).

HORA HERMOSA, ES PRECISO...

HORA hermosa, es preciso separarnos.
*Te alejas adornada de ensueños y de rosas.
En lo vago y la noche para siempre perdida...*

*Te esperé sin embargo presintiendo a una amante,
Purifiqué mi alma deseando tu llegada,
Hice mi castidad con tus brazos desnudos
Que temblaron al beso de mi espera ferviente;*

*A lo lejos, si alzaba mi mirada, a lo lejos,
Eras tú que secabas el heno entre los henos,
Eras tú que acopiabas la vendimia novísima,
Y eran todos tus pasos como un temblor de alas;*

*Tú fuiste mi esperanza, y he aquí que has llegado,
Sonriente y delicada en tu beldad desnuda.
Ceñida de alegría y de amor, y que huyes...
Entre ayer y mañana el hoy vano no existe
Y no he podido, hora, conocerte en mi alma.*

*(Poèmes et Poésies: Fleures du chemin
et Chansons de la route).*

IN MEMORIAM STEPHANE MALLARME

T R E N O

Si se te dijera: ¡Maestro!
 La luz despunta;
 He aquí, de nuevo, el alba, la misma, pálida;
 Maestro, he abierto la ventana.
 La aurora se adelanta una vez más desde el umbral de oriente,
 ¡Un día va a nacer!
 —Creería que tú dices: Sueño.

Si se te dijera: Maestro, aquí estamos,
 Vivos y fuertes,
 Como en aquella tarde de invierno, junto a la puerta;
 Hemos venido riendo, aquí estamos.
 Presintiendo la sonrisa y el fuerte abrazo.
 —Se nos respondería: El Maestro ha muerto.

Flores de mis arriates,
 Flores como en las hojas de algún libro cerrado.
 Flores, ¿y para qué?
 He aquí un poco de nosotros mismos, la canción tácita
 Que gira y cae
 —Como esas hojas caen y giran—.

He aquí la cólera y la vergüenza de seguir vivos
 Y hablar palabras —frente a tu tumba.

(Plus loin).

L A E T A P A

“Je suis bon a tous...”
 JULES LAFORGUE.

DETENTE,
 Escúchame, hermano mío que pasas;
 Cállate:
 Yo conozco nuestra alma tan tierna y fatigada.

*Sé que tu marchabas sin mirar, ni ver,
Hacia alguna esperanza
Antigua y querida —o joven, apenas amada,
Como un sueño entrevisto al que se sigue, burlón,
O como una larga mirada perdida a la que se va buscando.
Marchando,*

*Marchando —de octubre a mayo;
Conozco tu corazón, mi corazón.
Mira; piensa con mis palabras escogidas:
A pesar de la densa marea de tu sangre
Que late en tus sienes onda tras onda,
Sueña en mis palabras escogidas:
Con tu alegre silbato entre las retamas
Y todo el rubio sol deslumbrante
—De tal modo que marchabas con los ojos entrecerrados
Por el camino que te conducía—.
¿Estabas sólo alegre por alguna esperanza?*

*¿Es por ella? ¿algún beso adeudado?
Conozco tu corazón —por menos no es posible estar alegre;
Hacia su beso que sabe envejecer
Marcha, ebrio, por entre el heno tierno:
Por menos no es posible estar ebrio.*

*Si no es por ella —siéntate; estás triste;
Fuera de esa no hay otras alegrías:
La vida es grave y la muerte es siniestra:
Con su envergadura de vuelo desmesurado
Su sombra sobre la vida es la de un ave de presa.*

*Tú no desesperarás, sin embargo;
Ciñendo tu voluntad a tu alrededor
—Como se ciñe un capote empapado por la lluvia—
Marchas erguido,
Te sabes inmortal y desafías
Al tiempo cuyo señuelo conoces,
Pero tienes miedo de morir, aunque sea por una hora*

—¡Una hora!... bien lo ves, la hora te avasalla—,
Hermano mío humano.

Estás triste;
Todo recuerdo es una tumba sin Cristo,
El camino que te ha traído hasta aquí
Desde una inquietud vieja a una inquietud joven
—Si tú te volviesses, con la mano en la frente,
Como el que mira a lo lejos,
Como hacen en las puertas de los sepulcros los altos vigías
[de mármol—,
El camino está enteramente bordeado de cruces,
Y de árbol en árbol...
¡Tu hermoso amor, tu joven idea!

De tal modo que toda risa se falsea en sollozo
Y que tu amada esperanza se torna atroz.
¡Oh, créeme que me acuerdo de mañana:
La alta alegría es dolorosa y de tal manera
Que en su dolor el alma exulta inmortal,
Llorar es grato por encima de todo;
Siéntate junto a mí;
Cuando he llorado con la faz entre las manos
He visto, entre mis dedos, el lento día gris tornarse todo rosa:
Y entonces tuve fe.

Y tú, hermana mía que pasas,
También sé que estás triste, aunque lo disimules,
Aunque exornes tus inquietudes con travesuras risueñas,
Aunque arrastres sobre los guijarros, flordelisadas,
Las faldas arrogantes de tu traje de gazmoña,
O aunque tus labios estén llenos de besos
Que tu mano toma y arroja —semejante a una mujer pobre
Que, para creerse rica, vacía a puñadas
Frente a los otros mendigos su escudilla de limosnas;
Tu alma vive en apuros,
Hija del hombre.

*Fuera de tu fiebrecilla
 Sólo linda según el deseo, o de tu espejo,
 ¿Qué sabes tú de tu gracia? ¿Si, acaso, existe?
 Tarde tras tarde, la tristeza te ha hecho señas,
 Y te ha mostrado la vida, también, y lo que ella vale,
 De tal modo que tus pobres labios tiemblan un poco
 Y que tu larga mirada se ha velado.*

*Siéntate ahí, hermana mía, y llora:
 Llorar es bello por encima de todo;
 Sólo existe una hora, pero ésta permanece
 Eterna y firme en sus metamorfosis:
 La hora de la piedad santa y del amor sobrehumano
 Que llora y llora hasta que al fin... sonríe.*

(Poèmes et Poésies: Les Cygnes).

ESTIRATE, LA VIDA...

ESTIRATE, la Vida se cansa a tu costado
 —Que duerma desde el alba hasta el fin de la tarde,
 Hermosa, fatigada,
 Que duerma—.
 Tú, levántate; el sueño llama y pasa
 Entre la sombra enorme,
 Y, si tardas en creerle,
 Yo no sé ya qué guía guardarás junto a ti.
 —El sueño llama y pasa,
 Y va hacia lo divino.

*Deja, toma tan sólo un viático ligero
 Y de todo ese amor que duplica los pasos
 Toma sólo el deseo, y marcha,
 Date prisa:
 El sueño llama y pasa,
 Pasa —y tan sólo llama una única vez.*

¡Marcha en la sombra, corre!
¿Temes algún abismo?
¡Apresúrate!... es demasiado tarde:
La hermosa Vida en su sueño de amores
Extiende sus suavísimos brazos que ya te estrechan
—Es demasiado tarde: el sueño llama y pasa:
En vano llama,
Pasa y desdeña...

Por eso,
Abrázate a la Vida, de nuevo; cuando tu amor la agobie,
Engendra en ella un arte;
Si no fuiste hacia Dios, allá en el infinito.
Según el sueño mudo que se levanta en rezo.
Tórnate, y por lo menos la hermosa Vida abraza:
Inmortaliza en ella a ésta tu única hora:
Con tu dolor de muerte y su inmenso alborozo
Procrea una Palabra henchida de armonía
Que por ti sobreviva y que ría y que llore
Cuando la primavera retoña
Entre el bosque gozoso
Del juvenil anhelo que hoy pide nuevo estilo.

Y canta entre la clara sonrisa de la Vida...

(La Clarté de Vie).

ANGEL J. BATTISTESSA.

LA CASA COLONIAL

DRAMA DE LA EMANCIPACION, EN TRES ACTOS Y EN PROSA *

POR RICARDO ROJAS

ACTO TERCERO

Chacra en las afueras de la ciudad, sobre una de las barrancas del Plata, desde cuya eminencia se divisa, en el telón de fondo, una parte de la población; la ribera de sauces y de toscas, el panorama del río. A izquierda un ombú; a la derecha una casa humilde, de adobe, con techo de teja y galería de horcones torneados. Junto a ella, un abandonado jardín y muchos tiestos con flores. En la pared lateral del rancho, madre selvas y santarritas. Hay salidas practicables por ambos lados y en el foro un puertecillo de madera rústica en el cerco de pitas; se supone que por allí pasa el callejón que lleva al pueblo y se oirá el paso chirriante de una carreta al levantarse el telón. Es un atardecer de primavera.

ESCENA 1ª

ENCARNACIÓN Y LA NEGRA BENITA

LA NEGRA BENITA (*Como en la primera escena del primer acto, sentada en un chuse a los pies de su ama que teje unos escarpines celestes*). — ¡Qué susto, amita, aquella noche, cuando sentí los aldabonazos! ¡Pon! ¡Pon! y una voz que gritó en la obscuridad de la calle: "En nombre de la patria, abrid".

ENCARNACIÓN. — Más de un año hace . . . ¡Cómo vuela el tiempo!

BENITA. — En el primer momento, yo sospeché del niño Luciano . . .

ENCARNACIÓN. — ¡Qué barbaridad!

BENITA. — ¡Así es! También . . . cuando una está asustada. Como él acababa de salir . . . Y ya ve lo que son las cosas: él fué

* Ver el 1º y el 2º acto en el número anterior.

quien lo salvó a Don Anselmo, y él es ahora la providencia de esta casa.

ENCARNACIÓN. — Cierto. Por fin voy a ser suya. Mi madre sinceramente lo quiere; pero algo me falta: la otra casa, mi padre... ¡qué sé yo!

BENITA. — ¡Bah! No se ponga triste la niña, que va a ser muy feliz... Las cosas cambian con el tiempo... Ya ve mi vida: esclava nací, y esclava quisiera morir, si ha de ser a su lado... Pero considere: yo también tengo ahora el orgullo de ser porteña, aunque mi abuelo era un negrito de Guinea que supo ser del Marqués del Pino. ¿Y ahora? Pues soy la señora esposa de un sargento que sirve con el Coronel San Martín, y que un día u otro, con las bullas en que andan los criollos, podrá ser oficial... ¿No es cierto?

ENCARNACIÓN. — Cierto es. Algunos hay ya de su casta, y ahí lo tienes al Negro Ventura, el que fué esclavo de Doña Valentina Feijóo. El salvó al Triunvirato cuando la pasada conspiración, y el Triunvirato le ha dado un premio.

BENITA. — Cállese, amita. Si no se habla de otra cosa entre los morenos. Me acuerdo cuando Ventura vivía en su ranchito sobre el bañado del Riachuelo, y ahora nadie lo conocería... Ayer cuando fí al pueblo, lo vide en la esquina del Socorro. Iba con su uniforme del regimiento, y un escudo de paño punzó en el brazo izquierdo, con unas letras de oro que, a sigún me contaron, decían: "Por fiel a la patria"...

ENCARNACIÓN. — ¿Ah, sí?

BENITA. — ¡Lo viera! Anda de orgulloso. Parece blanco y general.

ENCARNACIÓN. (*Mostrándole los escafpines ya concluidos*). — Tú también has sido fiel a la patria, y vas a tener tu premio. ¡Toma! (*Le entrega el regalo*).

BENITA. — Ay, amita, no me abochorne. (*Se oculta la cara con las manos*).

ENCARNACIÓN. — ¿Por qué? ¿No es de tu marido, acaso?

BENITA. — ¡Jesús! ¿Y de quién quiere que sea?

ENCARNACIÓN. — Pues yo quisiera uno para mí.

BENITA. — ¡Qué zafada, la niña!

ENCARNACIÓN. — ¡Oh, mujeres somos! Tú me has dicho que lo esperas para el otro mes y que lo desearías varón...

BENITA (*Tomando los escarpines y poniéndose de pie*). — ¡Están preciosos! ¡Y de color celeste! Y su merced tan picarona: todos estos días tejiendo, y sin querer avisarme para quién eran... Pero yo maliciaba... Porque ya se supone que para su merced no serían... (*Alguien se asoma en la portezuela del foro*).

ENCARNACIÓN (*Que reconoce a Luciano*). — ¡Benita! ¡Mira quién llega! ¡Qué vergüenza si me ha visto! Esconde los escarpines. Ve a recibirlo. (*Corre hacia la casa, y Benita va hacia el foro*).

ESCENA 2ª

LA NEGRA BENITA Y LUCIANO

BENITA (*Luciano entra con un ramo de flores y un latiguillo de montar*). — Adelante... Voy a avisarle a mi ama... Señorita Encarnación... Una visita... ¿Quién será?... ¿Pues quién había de ser? El señor Don Luciano... Tanto bueno por acá... Tome asiento Su Merced, que ya vendrán mis señoras...

LUCIANO (*Sentándose*). — Sabes Benita, que hoy lo ví a tu marido en el cuartel del Campo de Marte... Me dijo que te diera recuerdos y me avisó las novedades...

BENITA. — ¿Qué novedades?

LUCIANO. — Las del hijo que espera.

BENITA. — ¡Oh, qué niño éste!

LUCIANO. — Me dijo que lo desea varón para que sirva a la patria como su padre... ¿Y tú?

BENITA. — Yo no digo nada; pero he oído decir que están pereciendo los morenos en la guerra.

LUCIANO. — Los morenos, y los indios, y los gauchos, y todos. Los de ahora sufren para que sean más felices los que vendrán. Ya ves: la Soberana Asamblea ha decretado la libertad de vientres. Tu hijo va a nacer ciudadano, hombre libre.

BENITA (*Pensativa y como embobada*). — ¿Qué cosa, no?

LUCIANO. — Eso es la Patria... ¿Y Encarnación?

BENITA. — Ya viene... Y a propósito, Don Luciano: Le quiero hacer una pregunta, mientras viene la niña.

LUCIANO. — Hazla, no más.

BENITA. — ¿Su Merced conoce la historia del negro Ventura.

LUCIANO. — Claro que la conozco. El salvó a la Patria, y el triunvirato le dió la libertad y un escudo y \$ 300 y graduación con sueldo.

BENITA. — Pues yo desearía saber bien cómo fueron las cosas, porque a un godo yo le oí decir: "Ahora se premia la delación".

LUCIANO. — Una delación no es una traición. Ventura es criollo, su ama también. Ella le daba el terrenito del Riachuelo para que en él viviera, lindero de la quinta de Alzaga. Francisco Lacar, el capataz de Don Martín, solía visitarlo cuando cazaba o pescaba en el bañado. Lacar había querido seducirlo para la conspiración, y no pudo, hasta que una noche, loco de susto, el capataz le refirió el plan. Ventura se lo contó a su ama, y ésta hizo llegar la noticia al señor Rivadavia.

BENITA. — ¿Así que por ese hilo se llegó a la madeja?

LUCIANO. — Fué el mismo día que prendieron a don Anselmo. Ventura no cometió una mala acción. El y Doña Valentina fueron leales con su patria. En cuanto a Lacar, dicen que estaba loco.

BENITA. — Qué enredo es la vida, ¿no? ¡Mire quién viene!

ESCENA 3ª

LUCIANO Y ENCARNACIÓN

LUCIANO (*Adelantándose a saludarla, mientras la negra Benita los mira sonriente y entra luego en la casa*). — Muy buenas tardes.

ENCARNACIÓN (*Con afectado enojo*). — Hubieras demorado más.

LUCIANO. — No he demorado. Es la hora convenida. Además, he andado en tu servicio. Primero en la quinta de Romero, a buscar estas flores; y luego, en la pulpería de Julián, aquí en el camino, a prevenirles que más tarde llegará el doctor Monteagudo, pues convinimos encontrarnos allí para venir juntos. (*Le da las flores*).

ENCARNACIÓN. — ¡Mil gracias! ¿Y estaba ya el doctor?

LUCIANO. — Aún no. Llegará más tarde.

ENCARNACIÓN (*Mirando las flores*). — ¡Qué hermosas! Las conservaré como recuerdo de este día.

LUCIANO. — Para recuerdo de este día traigo algo mejor. (*Saca un estuchito*). Me oyó el Dr. Monteagudo que yo deseaba encargar una joya para ti al platero Silva, y me aconsejó que no lo hiciera, que no trabajaba bien, y él me ha regalado, para que yo te obsequie, una joya muy rara que él trajo del Alto Perú. (*Se la da*).

ENCARNACIÓN (*Abriendo el estuche*). — ¡Qué rara! Diamantes, rubíes, y la talla del oro, ¡qué fina! (*Encarnación y Luciano se miran con pasión, cuando Doña Carmen llega, saliendo de la casa, vestida de negro, con digna pobreza*).

ESCENA 4ª

DICHOS Y DOÑA CARMEN

DOÑA CARMEN. — ¿Cómo está Luciano? ¿Qué es eso?

ENCARNACIÓN. — Un obsequio que me trae Luciano.

DOÑA CARMEN. — ¡Qué preciosura!... ¿Pero por qué se ha molestado?... No era necesario. En mucha pobreza estamos todos nosotros, los que fuimos realistas, y ustedes, los que se sacrifican por la patria... No se ha debido poner en gastos.

LUCIANO. — Se la debo al doctor Monteagudo.

DOÑA CARMEN. — ¡Ah! (*Sorprendida y satisfecha*).

ENCARNACIÓN. — ¿Qué rara, verdad?

LUCIANO. — No es joya vulgar. El doctor les contará su historia.

DOÑA CARMEN. — ¿Cómo? ¿Tiene historia? Mire que le atribuyen a Monteagudo muchas historias.

LUCIANO. — Murmuraciones de la envidia, misia Carmen. Monteagudo es ni más ni menos que cualquier otro hombre. Su don de simpatía lo compromete. Eso es todo. En cuanto a la joya, bien ve usted que no es anillo, ni pulsera, ni pendiente, ni cosa de uso femenino. Es algo muy distinto; cuando él les cuente la historia, verán lo que esto significa. Y Encarnación se la merece.

DOÑA CARMEN. — ¿A qué hora vendrá?

LUCIANO. — Yo le prometí esperarlo en la esquina del Ombú, en la pulpería de Julián, para que de allí viniéramos juntos, pero él ha de llegar más tarde.

DOÑA CARMEN. — Oiga usted, Luciano: su chasque vino a

mediodía, para anunciarme la visita de ustedes, y desgraciadamente ella coincide con otra que no he podido evitar y que se me anunció esta mañana. Como estamos lejos del pueblo, no he podido avisarle a usted, ni era propio decirle a Monteagudo que viniera otro día, ya que ha debido aprovechar los pocos momentos que le dejan libres sus tareas. Yo espero que usted me disculpará este contratiempo.

LUCIANO. — Para lo convenido aún es temprano, y usted dispone en su casa, señora. Ni siquiera he de preguntar quienes son los visitantes misteriosos.

DOÑA CARMEN. — Son amigos viejos.

ENCARNACIÓN. — Pues yo se lo diré: Son el Capitán Espíndola, Doña Pilar, el padre Ignacio y el famoso don Paco.

LUCIANO. — ¿Ellos aquí? ¿Y en este día?

DOÑA CARMEN. — Bien sabe usted que poco me visitaban, y lo del día es casualidad.

ENCARNACIÓN. — Se han juntado en pandilla. Dicen que vienen a despedirse.

LUCIANO. — Vaya, pues; me marchó a lo de Julián para esperar al doctor Monteagudo, y hasta luego. (*Se despide. Encarnación lo acompaña unos pasos hacia el foro*).

ENCARNACIÓN. — Hasta prontito. No demores.

ESCENA 5ª

DOÑA CARMEN Y ENCARNACIÓN

ENCARNACIÓN. — ¿Supongo que no me impondrás la tortura de que yo reciba a semejantes visitas?

DOÑA CARMEN (*Con amarga ironía*). — Tanto han cambiado las cosas en esta casa, hija mía, que bien puedes excusarte de recibir a viejos amigos de tu padre.

ENCARNACIÓN. — Por usted los recibiría; pero temo chocar en la conversación con ellos.

DOÑA CARMEN. — Amigos viejos, que tanto te mimaron, desde pequeña, en la otra casa.

ENCARNACIÓN. — ¡En la otra casa! ... Allá nos visitaban seguido; pero usted bien sabe que a este rancho vinieron poco, y que aquí estamos por culpa de ellos.

DOÑA CARMEN. — ¿Y si quisieran verte para llevarle noticias tuyas a tu padre?

ENCARNACIÓN. — Dígales que he ido hasta lo de Saenz para ver a Clarita que está enferma. En fin, dígales lo que a usted le parezca. Yo no quiero recibirlos. Es mejor que no los reciba. Chocaría con ellos. Además ellos son los que arrastraron a mi padre en la fatal aventura del año pasado. Ninguno de los que hoy viene fué preso, y ninguno se molestó por mi padre, cuando emigró al Brasil, empeñando sus últimos bienes.

DOÑA CARMEN. — Ellos están, como nosotros, en la miseria.

ENCARNACIÓN. — Así es, pero no necesito verlos.

DOÑA CARMEN. — Creí que en un día como éste mostrarías un corazón más bondadoso.

ENCARNACIÓN. — Día feliz, por cierto, es el de hoy para mí; pero no me siento satisfecha del todo.

DOÑA CARMEN. — ¡Hola! ¿Y por qué?

ENCARNACIÓN. — Porque mi padre no vendrá a mis bodas. Hubiera podido vivir tan bien aquí, en nuestra Buenos Aires, en la patria de su hija, en mi nuevo hogar, hoy que la revolución va encauzando tan bien las cosas. Pero con las ideas que tiene, ya no podrá volver a ser feliz. Esto me apena, madre. Recuerdo los disgustos que le he causado con mi amor por Luciano, y la tragedia que alejó a mi padre tampoco se aparta de mi memoria.

DOÑA CARMEN (*Sollozando*). — Yo también tengo el corazón como partido en dos pedazos, y así será ya para siempre.

ENCARNACIÓN (*Abrazándola*). — No llore, madre; que no se debe llorar en un día como éste.

DOÑA CARMEN (*Secándose las lágrimas*). — ¡Qué cosas tiene la vida! Si hace apenas un año le hubieran dicho a Anselmo que te casarías con Luciano y que Monteagudo vendría a su casa para pedirte

ENCARNACIÓN. — Estemos tranquilas. Papá lo sabe y ha consentido.

DOÑA CARMEN. — Se habrá resignado, como yo, hija mía.

ENCARNACIÓN. — Todas nuestras acciones son una manera de resignación. Nuestros sueños sólo se realizan a medias.

ESCENA 6ª

DOÑA CARMEN Y DOÑA PILAR

DOÑA PILAR (*Guarangamente emperifollada, hace irrupción por el foro. Encarnación al verla, corre y entra en la casa. Doña Carmen se encamina a recibirla*). — Buenas tardes, Carmencita.

DOÑA CARMEN (*Se abrazan y besan*). — ¿Cómo te va, Pilar? . . . ¿Y tus compañeros?

DOÑA PILAR. — Ya vienen . . . Se quedaron atrás. ¿Y la novia?

DOÑA CARMEN. — Tuvo que salir a unas diligencias. Toma asiento, Pilar.

DOÑA PILAR. — Y de tu sobrina, la que está en Chile, ¿qué sabes?

DOÑA CARMEN. — Que está como todos ahora.

DOÑA PILAR. — Así que ésta es tu nueva casa.

DOÑA CARMEN. — Ya lo ves, tanto hemos caído.

DOÑA PILAR. — Lindo el paraje, pero un poco triste, ¿no?

DOÑA CARMEN. — Todo paraje sería triste para mí.

DOÑA PILAR. — Así es también. Y de Anselmo, ¿qué sabes?

DOÑA CARMEN. — El último velero trajo carta suya con buenas noticias.

DOÑA PILAR. — Me alegro . . . Sabrás que la de Escalada se casó con un oficial.

DOÑA CARMEN. — Me han dicho . . . Con un tal San Martín, ¿no es eso?

DOÑA PILAR. — ¡Qué te parece! Un recién llegado. Se murmura que es un mestizo de las Misiones . . . Un desconocido, y que vino huído de España . . . Están todas las muchachas trastornadas con la revolución. Cualquier oficialito o cualquier diputadillo de la Asamblea, las enloquece. Y ellos ¡no te digo nada! ¡Lo más envanecidos! Dicen "la patria", y se les llena la boca. Se creen mejores que uno. Ya no respetan abolengos. Hay muchos casamientos en la ciudad. ¡Claro! Con cualquier aventurero, que mañana las deja porque lo destierran o lo mandan a pelear a otros países. Por eso yo le he dicho a mi Ursulita que se fije mucho antes de elegir. . . . ¿Y tu Encarnación con quién se casa?

DOÑA CARMEN (*Impaciente*). — Con Luciano Hidalgo.

DOÑA PILAR. — No lo conozco.

DOÑA CARMEN. — Es un joven de muy buenas prendas. El intervino en la salvación de Anselmo. Lo apadrina el doctor Monteagudo.

DOÑA PILAR. — ¿Ese de la Asamblea?

DOÑA CARMEN. — El mismo.

DOÑA PILAR. — Hijita: me dijeron y no quise creerlo.

DOÑA CARMEN. — ¿Por qué?

DOÑA PILAR. — ¡Pero, hija! Un demagogo, un hugonote, un logista, enemigo de nuestra santa religión. Oyeras lo que dice de él mi confesor. El lo conoció en el Alto Perú. Allí estuvo procesado. No tiene padres conocidos. Dicen que es mulato.

DOÑA CARMEN. — Por Dios, Pilar, no sigas.

DOÑA PILAR. — Te cuento lo que se habla por la ciudad. Creí que te interesaría. Como vives tan retirada... Pero si te disgusta, cambiemos de tema. (*Encarnación asoma en el interior de la casa, como si hubiera oído la conversación, pero evitando ser vista por Doña Pilar, que da la espalda al foro*). ¿Así que el novio de tu Encarnación también es diputado?

DOÑA CARMEN. — No.

DOÑA PILAR. — ¿Militar?

DOÑA CARMEN. — Tampoco.

DOÑA PILAR. — Ayer estuve en la chacra de Rodríguez, que sabrás está muy enfermo, y allá preguntaban cuando se casaría tu Encarnación... (*El diálogo se corta bruscamente, porque llaman a la puerta con tres golpes de mano. Ismaelillo corre por detrás de la casa a hacer pasar las visitas. Encarnación vuelve a ocultarse. La negra Benita asoma junto al cerco de la quinta*).

ESCENA 7ª

DICHOS, DON PACO, EL CAPITÁN ESPÍNDOLA, EL PADRE IGNACIO Y ENCARNACIÓN

EL PADRE IGNACIO (*Desde el foro*). — ¡Ave María Purísima!

DOÑA CARMEN (*Adelantándose a recibirlos*). — ¡Sin pecado concebida!

EL CAPITÁN ESPÍNDOLA. — ¡Cuánto tiempo!

DOÑA CARMEN. — Adelante los viejos amigos. Siéntense
(*Todos visten pobremente. Se sientan en sillas de cuero, y quedan silenciosos, tristes.*).

EL PADRE IGNACIO. — Pues sí, señor. Aquí nos tiene usted, Carmencita, con el deseo de verla. Y aquí tiene a don Paco y al capitán Espíndola, los viejos amigos, que vienen a pedirle sus órdenes para don Anselmo. Ellos también se marchan al Brasil.

DOÑA CARMEN. — Allí está Anselmo, en efecto; refugiado en casa de su hermano Luis que, como saben, hizo fortuna en sus cafetales, y que aun la conserva, porque allí no han tenido estos descabros del Río de la Plata.

EL PADRE IGNACIO. — ¡Oh, bien distinta la suerte de aquellos reinos!

DOÑA PILAR. — ¡Si al menos a nuestro Rey se le hubiera ocurrido trasladar el trono a Buenos Aires!

DOÑA CARMEN. — ¿Y usted, don Paco?

DON PACO. — Ya lo ve usted, Carmencita. No es para menos. Viejo, solo, achacoso, pobre, como todos, como Anselmo, como el capitán. Ya lo vé usted.

DOÑA CARMEN. — ¡Qué mala suerte!

DOÑA PILAR. — Un terremoto, hijita.

EL PADRE IGNACIO. — Tal cual; ni más ni menos.

DOÑA CARMEN. — ¿De modo que se marcha usted de Buenos Aires?

DON PACO. — No hay más remedio.

DOÑA CARMEN. — ¿Y usted, capitán?

EL CAPITÁN ESPÍNDOLA. — Lo mismo digo.

DOÑA CARMEN. — ¿Y usted, padre?

EL PADRE IGNACIO. — No. Yo me quedo.

DOÑA PILAR. — Aunque mi hermano Ignacio no estuvo en la conspiración, lo han alcanzado las molestias que hoy persiguen a todos los peninsulares; pero él tiene buenos amigos entre los americanos de aquí.

EL PADRE IGNACIO. — El virus del siglo contagió a virtuosos prelados como el Deán Funes y Castro Barros, pero son amigos con los cuales podré contar, más adelante.

DOÑA CARMEN. — De modo que tú, Pilar, te quedas con tu hermano.

DOÑA PILAR. — Eso es. Veníamos por acompañarlos, a Paco y a Espíndola. Ellos son los que se marchan.

DON PACO. — No quería partir sin visitarla.

DOÑA CARMEN. — Largo tiempo anduvo perdido.

DON PACO. — ¿Qué quiere? No tenía ánimo, después de todo lo que pasó. Sentía el remordimiento de ser yo, tal vez, quien arrastró a Anselmo en nuestra aventura. Por especial favor del Cielo, yo no fui perseguido; pero he sufrido mucho; créame, Carmencita; y sufro aún. Usted me comprende.

DOÑA CARMEN. — ¡Qué se ha de hacer!

EL PADRE IGNACIO. — Resignación, Carmen.

DOÑA PILAR. — Esa habrá sido la voluntad de Dios.

EL PADRE IGNACIO. — Resignación cristiana. (*Pausa*).

EL CAPITÁN ESPÍNDOLA. — De los que aquella noche estuvimos en la otra casa, ajusticiaron a Fray José de las Animas, y al pobre Lacar, y a Matías Cámara, y al noble don Martín. Los demás, ya lo vé usted, nos vamos de aquí.

DON PACO. — ¡Horrible desastre!

EL CAPITÁN ESPÍNDOLA. — Yo ví el cadáver de don Martín colgado en la Plaza de la Victoria. Hace más de un año. Había chorreado su sangre por el rollo. Una mujer se acercó entre la gente y se untó las manos en la sangre. Decían que era una señora "patriota" que se alegraba por su muerte.

DOÑA CARMEN. — ¡Qué horror!

EL CAPITÁN ESPÍNDOLA. — Yo ví el cadáver de Fray José de las Animas, colgado ante el Fuerte que fué residencia de nuestros Virreyes. La plaza estaba llena de un gentío inmenso, que aplaudía, como en los toros. Un mestizo, desde la Recoba, cuando izaron el cuerpo, gritó entre la algazara: "Ya la pagaste, barbón". Y algunos desalmados se reían.

DOÑA PILAR. — Ni siquiera respetaron su condición sacerdotal.

DON PACO. — ¡Qué habían de respetarla esos ateos!

EL PADRE IGNACIO. — ¡Oh, sacrilegio!

DOÑA CARMEN. — ¡No sigan, por favor!

DON PACO. — ¡Que tales cosas hayan podido pasar en esta tierra!

DOÑA CARMEN. — ¡No sigan!

EL CAPITÁN ESPÍNDOLA. — ¡Y quien ve a los argentinos, de natural tan campechanos y alegres!

EL PADRE IGNACIO. — ¡Entrañas de fiera!

ENCARNACIÓN (*Que ha estado oyendo el diálogo tras de la enredadera, furiosamente se precipita y exclama entre el estupor de todos, que se ponen de pie*). — ¡Como vosotros!

DOÑA CARMEN. — ¡Hija!

ENCARNACIÓN. — Que todos somos iguales y llevamos el estigma de sangre de la conquista.

TODOS. — Vamos . . . Vamos . . . Vámonos de aquí.

DOÑA CARMEN. — ¡Qué es esto, hija mía! (*Encarnación ha quedado apoyándose en un pilar de la galería, jadeante y muda*).

EL PADRE IGNACIO. — Perdón, misia Carmen. Adiós. No esperábamos esto en su casa. (*Salen, retirándose cabizbajos*).

DOÑA CARMEN (*Aturdida*). — Mi casa . . . Mi casa

DON PACO. — Es inconcebible . . .

EL CAPITÁN ESPÍNDOLA. — ¡Jamás lo hubiera imaginado!

DOÑA PILAR. — ¡Semejante insulto! ¡Esto es atroz!

DOÑA CARMEN. — Discúlpenla Vds. . . ¡Está tan agitada! (*Mutis de las visitas por el foro*).

ESCENA 8ª

DOÑA CARMEN Y ENCARNACIÓN

ENCARNACIÓN (*Mirando hacia la puerta*). — ¡Tres lobos! ¡Tres lobos!

DOÑA CARMEN. — ¿Qué has hecho, hija mía?

ENCARNACIÓN. — Lo que debí hacer, madre.

DOÑA CARMEN. — Los viejos amigos de tu padre.

ENCARNACIÓN. — Amigos que no se afligieron por él ni por nosotros en la hora del peligro.

DOÑA CARMEN. — Por favor, no se lo cuentes a Luciano.

ENCARNACIÓN. — Está bien, no se lo contaré.

DOÑA CARMEN. — Mal procediste.

ENCARNACIÓN. — Quizá; pero no pude evitarlo.

DOÑA CARMEN. — ¡Pobre Anselmo, cuando lleguen al Janciro y le refieran que esto pasó en su casa!

ENCARNACIÓN. — Me lo anunciaba el corazón, madre. Presentía que esto habría de pasar. Por eso no salí a recibirlos. Hay personas que entran en las casas derramando gracia, y otras que sólo llevan desventuras.

DOÑA CARMEN. — ¡Calla, hija!

ENCARNACIÓN. — Perdóname. Pero oí, sin querer, la conversación insidiosa, las alusiones malignas, los crueles recuerdos. ¡No logré contenerme! ¡Si yo pudiera borrar de la memoria de todos, aquella terrible tragedia! ¡Sangre de hermanos!

DOÑA CARMEN. — ¡Sangre de hermanos! (*Encarnación abraza a su madre conmovida, ocultando el rostro en su pecho*).

ESCENA 9ª

LA NEGRA BENITA, MONTEAGUDO Y LUCIANO

LA NEGRA BENITA (*Desde la puerta del foro*). — Señora ama: ¡el doctor don Bernardo de Monteagudo! Niña Encarnación: el doctor y el niño Luciano. Ya están descabalgando. (*Doña Carmen y Encarnación han entrado a la casa*).

LA VOZ DE ENCARNACIÓN (*Desde adentro*). — Hazlos pasar. (*La negra Benita viene del foro cuando ya los dos visitantes se adelantan y aquélla se aparta, baciéndoles una gentil reverencia, y entra en la casa*).

LUCIANO (*A Monteagudo, que calza botas de montar*). — Lá señora no tiene aquí sino dos habitaciones: una es dormitorio, y la otra sirve de comedor y recibimiento. Ella estaba muy afligida, por no tener su antigua casa para recibirlo.

MONTEAGUDO. — En la antigua casa no habría podido recibirme.

LUCIANO. — Eso le dije yo. En la antigua casa la familia de don Anselmo disfrutó de lujo, pero esa casa se deshizo.

MONTEAGUDO. — Es la fatalidad de las revoluciones.

LUCIANO. — En cambio, ¡mire usted, aquí, frente a este humilde rancho, qué panorama!

MONTEAGUDO. — ¡Soberbio espectáculo!

LUCIANO. — En la ciudad no puede uno apreciarlo ¡Nuestro río paternal!

MONTEAGUDO. — ¡Único en el mundo! Si la naturaleza es tan grandiosa en nuestra América, sólo el hombre libre puede sentirse digno de ella. Los Andes, el Plata, la pampa, escenarios para la libertad.

LUCIANO. — ¡Doctor: las señoras! (*Doña Carmen y Encarnación aparecen en la galería. Monteagudo se vuelve hacia ellas con reverencia. Luciano se adelanta con familiaridad.*)

ESCENA 10ª

DICHOS, ENCARNACIÓN Y DOÑA CARMEN

DOÑA CARMEN. — Creo innecesaria una nueva presentación.

MONTEAGUDO. — Tengo el honor de saludarla, señora.

DOÑA CARMEN. — Y yo el de recibirlo en mi casa.

MONTEAGUDO. — ¿Cómo está usted, señorita Encarnación?

ENCARNACIÓN. — Muy bien, doctor; ¿y usted?

DOÑA CARMEN (*Perpleja*). — Le diré con franqueza, doctor: no sé dónde pueda recibir dignamente a un huésped de sus méritos.

MONTEAGUDO. — Señora: donde usted me reciba, yo me sentiré muy honrado. Decía el otro que donde él se sentaba, allí estaba la cabecera de su mesa. Yo podría decirle que donde esté la castellana, allí está su castillo.

DOÑA CARMEN. — Muy gentil.

ENCARNACIÓN. — Abreviemos: ¿quiere usted que lo recibamos dentro de nuestro rancho, o aquí al aire libre?

MONTEAGUDO. — Donde ustedes quieran. La temperatura es excelente, y el panorama es magnífico.

LUCIANO. — El doctor Monteagudo nunca prefirió las clausuras. Siempre amó el aire libre, como las aves del cielo. Y en cuanto al lujo, no se aflijan ustedes: el doctor Monteagudo se vanagloria de haberse criado en al pobreza.

MONTEAGUDO. — No hay lugares modestos cuando se está ante las grandes cosas de la naturaleza, que es el palacio de Dios.

DOÑA CARMEN. — ¿De Dios? ¿Ha dicho usted de Dios? ¿De cuál Dios?

MONTEAGUDO. — Del Único. No hay sino Uno. El suyo es el mío.

DOÑA CARMEN. — Mire, doctor. No sé si abuso de sus bondad, —pero — tomen asiento—, y voy a hacerle una confesión: yo lo creía a usted ateo. Me habían dicho que usted era ateo. (*Todos se sientan bajo el ombú*).

MONTEAGUDO. — Oh, mi señora doña Carmen; no es ésa la sola calumnia que Vd. habrá oído sobre Bernardo Monteagudo. Otras peores oirá más adelante. Pertenezco a esa clase de hombres elegidos de la maledicencia. Pues, sí: yo creo en Dios.

DOÑA CARMEN. — ¡Qué grata sorpresa!

LUCIANO. — No se lo decía yo, doña Carmen . . . La señora me preguntaba una vez si es cierto que las logias son una especie de salamanca infernal, donde se escupe a Cristo y se pacta con el Demonio . . . A doña Carmen, se lo había dicho Fray José de las Animas . . .

DOÑA CARMEN. — Que en paz descanse.

MONTEAGUDO. — Nosotros veneramos al Dios de Amor en esencia, y le rendimos el culto de las obras. Ciertamente es que lo representamos bajo formas simbólicas, como el triángulo, por ejemplo, que es emblema de la luz y del espíritu; pero el triángulo figura también en la liturgia católica.

DOÑA CARMEN. — ¿Qué me dice usted?

MONTEAGUDO. — Y en cuanto al culto por las obras puede usted ver el de los patriotas en la Asamblea que está reunida este año, obra de realización cristiana, como ha habido pocas en dieciocho siglos de cristianismo.

DOÑA CARMEN. — Mira, Encarnación.

ENCARNACIÓN. — Cuánto me complace el oírle estas confesiones, y sobre todo, que se las oiga mi madre, que, como mi padre, tenían tan equivocados juicios sobre la revolución.

MONTEAGUDO. — Obra del más acabado espiritualismo es la bandera que hemos adoptado, por sus colores pacíficos; el escudo nacional, por el símbolo de las manos entrelazadas; el himno, por su acento de fraternidad universal; y disposiciones como la abolición de la esclavitud y de la mita. ¿No lo creen ustedes?

ENCARNACIÓN. — Ciertamente.

LUCIANO. — Y la Inquisición, no se olvide usted.

DOÑA CARMEN. — No turbe usted la fiesta, Luciano . . . (*A Monteagudo*). Sin embargo, dicen que ustedes obran en secreto.

MONTEAGUDO. — Secreto en los medios, pero no en los fines; en los hombres, pero no en los ideales.

LUCIANO. — Muy bien dicho.

ENCARNACIÓN. — Otra cosa que les atribuyen es el odio a los españoles.

MONTEAGUDO. — Craso error. Sería como si odiáramos a nuestros padres. Hijos de españoles son Rivadavia y Agrelo y casi todos los corifeos de la revolución. Yo mismo lo soy, puesto que mi padre fué oficial de los ejércitos reales. Grande animadversión se atrajo Agrelo por ejemplo, a causa de su enérgica actitud durante el enjuiciamiento de los conjurados, y, después, cuando el cobro compulsivo de las contribuciones. Y sin embargo, Agrelo sufrió en todo ello lo indecible. Muchas confidencias le tengo oídas sobre esto...

LUCIANO. — Son muy amigos. Estudiaron juntos en Chuquisaca y anduvieron juntos en la primera tentativa revolucionaria, la del año 9 en el Alto Perú.

MONTEAGUDO. — Y por cierto que pudimos haber perecido a manos de nuestros adversarios, y reconozco que hubiera sido justo, aunque nuestra independencia no sea sino una guerra civil... Pero, en fin, no me hagan ustedes perorar como si estuviese en el Café de Marcos o en la Asamblea. Aunque yo he dicho en mis artículos que debemos atraer a la mujer en favor de nuestra causa, ello no me da el derecho de fatigarlas con estos discursos. Para cosas más amables he venido a su casa.

ENCARNACIÓN. — Me place escucharlo, doctor.

LUCIANO. — Para Encarnación, la suerte de su vida está ligada a la suerte de mis ideales. ¿No es así?

ENCARNACIÓN. — Así es.

MONTEAGUDO. — Me alegro en el alma, y ello es mi excusa. Hay momentos de la historia en que la vida privada desaparece; todo es entonces vida pública, y la frivolidad más íntima se exalta al contacto del heroísmo. Los americanos atravesamos hoy por uno de esos períodos sublimes. Acaso sería imposible llenar el objeto de mi visita, sin hablar de lo que hablábamos.

DOÑA CARMEN. — Continúe, doctor, que sus palabras dejan en mi alma una serenidad bienhechora.

MONTEAGUDO. — Lástima es que mis palabras no puedan ser

oídas también por don Anselmo Aranda; pero me ha dicho Luciano que el ausente se halla enterado de todo.

ENCARNACIÓN. — Sí, doctor. Hemos recibido una carta de papá, en que da su consentimiento. Muéstrasela, mamá. (*Doña Carmen se levanta disimulando el llanto y va a traer la carta*). Con su permiso.

MONTEAGUDO. — Es suyo, señora.

ENCARNACIÓN. — Ah, doctor. No sabe usted cuanto hemos sufrido y cuánto sufro aún, a pesar de mi dicha. Usted que fué nuestro apoyo cuando la prisión de mi padre, sigue siendo para nosotros un consuelo. ¡Qué dolor el nuestro en aquellos días de la conspiración! Ya es tiempo de que cese tanta amargura.

MONTEAGUDO. — Cierto, pero quizá de esta momentánea amargura nacerá su felicidad de mañana.

ENCARNACIÓN. — Ojalá, doctor.

MONTEAGUDO. — Yo estoy seguro de ello.

DOÑA CARMEN (*Volviendo*). — Aquí tiene usted la carta de Anselmo. Viene del Janeiro y trae fecha reciente. Si gusta leerla en voz alta. Es breve. (*Se la entrega*).

MONTEAGUDO (*Leyendo*). — “Mi adorada Carmen: Puesto que yo no supe hacer feliz a Encarnación, entrégala a Luciano, y que Dios los bendiga. Te besa tu Anselmo”. (*Pausa. Doña Carmen y Encarnación enjugan una lágrima. Luciano procura disimular su emoción*). ¡Carta bien española!... Conocí a don Anselmo en la prisión, y me pareció un hombre dignísimo, como lo era don Martín de Alzaga; hombres extraviados por el sistema de una época, e incapacitados, por sus intereses o sus ideas, para comprender el significado de nuestra revolución... Así me dijeron que no sólo se oponía a nuestro gobierno, sino al casamiento de Luciano, sólo porque Luciano era de nuestro partido.

DOÑA CARMEN. — No volvamos sobre el triste pasado, doctor.

MONTEAGUDO. — Perdóneme, señora. Pero a eso he venido, y ¿cómo podría hablarle de un porvenir mejor sin aludir al pasado?... Yo conocí a ustedes en el Fuerte, la noche que prendieron a don Martín... ¡Terrible noche! Para ustedes y para nosotros. Desde entonces yo he deseado venir a su casa para explicarme, para decirle que si he fomentado a Luciano es porque lo creo un caballero digno

de toda su confianza. Yo estoy seguro de que él hará feliz a su hija, y de que será feliz, porque sé las virtudes de esta niña.

DOÑA CARMEN. — Gracias.

ENCARNACIÓN. — Favor que me hace.

MONTEAGUDO. — Y ahora, viendo la marcha feliz de nuestra revolución, lo que me interesa es que don Anselmo pueda volver al Río de la Plata, y como él, todos los peninsulares.

DOÑA CARMEN. — ¿Cuándo?

MONTEAGUDO. — Cuando él quiera.

ENCARNACIÓN. — ¿Cómo?

MONTEAGUDO. — Si convino que el año anterior se marchara del país, ahora puede volver sin peligro. Por mi parte he obtenido para él este salvoconducto del gobierno. (*Le da un pliego*).

DOÑA CARMEN (*Exaltada*). — ¿Qué dice usted?

ENCARNACIÓN (*Jubilosa*). — ¡Doctor!

MONTEAGUDO. — Si me empeñé en visitarla, fué porque deseaba traer yo mismo este obsequio para que doña Carmen comprendiese mejor quiénes somos.

LUCIANO. — Ya vé, señora, cómo se van acomodando las cosas.

DOÑA CARMEN. — Gracias, hijo. No sé qué decir. Estoy confundida. Todo me parece un sueño. (*Pausa*).

MONTEAGUDO. — Encantado, señoras, con la compañía de Vds., pero debo retirarme.

DOÑA CARMEN. — ¿Cómo? ¿Ya se va? ... Distraída con su conversación no lo he convidado con nada ... Benita, trae esa mistela de durazno que está en la alacena ...

MONTEAGUDO. — Tengo compromisos que me esperan en la ciudad, pero no puedo desairar a Vd. y me place demorar un instante el regreso.

ENCARNACIÓN. — Además, doctor Monteagudo, falta una cosa ...

MONTEAGUDO. — ¿Qué cosa?

ENCARNACIÓN. — Luciano me ha regalado esta joya bellísima que no sé si debo agradecerla también a usted; y él me ha dicho que esta joya tiene su leyenda, y que usted nos la contaría esta tarde.

MONTEAGUDO. — Muy bien — Es cosa breve — ¿Vé usted el Sol?

ENCARNACIÓN. — ¿Dónde?

DOÑA CARMEN. — ¿En dónde? (*Ambas miran puestas a uno y otro lado de Monteagudo*).

MONTEAGUDO. — Aquí en la talla de oro. La labor es muy sutil y su dibujo un poco extraño ... ¿Vé usted la víbora aplastada por el indio?

ENCARNACIÓN. — Sí, sí.

MONTEAGUDO. — Bueno, pues. Yo encontré esta pieza incaica en Tiahuanaco, donde Castelli proclamó hace tres años la libertad de los indios, en nombre de la Junta de Buenos Aires. La orla de piedras preciosas se la mandé poner yo con un platero de Chuquisaca. He usado conmigo esta pieza como amuleto. A ella le atribuyo haber salvado la vida en la revolución de La Paz, el año 9 ... y en otra ocasión ... Por lo mucho que quiero a Luciano, y porque según él es la Encarnación de la patria, yo se la doy para que usted se salve ...

ENCARNACIÓN. — Mil gracias, doctor, con toda el alma.

DOÑA CARMEN. — ¡Qué bueno es el doctor!

MONTEAGUDO. — Si algún día yo muero en los lances de la revolución ...

DOÑA CARMEN. — ¡Jesús!

ENCARNACIÓN. — ¡No diga eso!

MONTEAGUDO. — ... como parece probable por las vicisitudes de los tiempos y el arrojio de mi ánimo, será porque al despojarme del talismán, yo morí para que usted viviera y fuese dichosa.

DOÑA CARMEN. — ¡Pero qué cosas dice!

ENCARNACIÓN. — Mire, Luciano: si el doctor habla de esa manera, debemos devolverle la joya.

MONTEAGUDO. — No hay nada que hacer ya. Estos son hechos irrevocables.

ENCARNACIÓN. — ¿Pero usted cree en esas cosas?

MONTEAGUDO. — En nada podemos creer con más certidumbre que en ciertas formas inexplicables del destino.

LUCIANO. — Vamos, doctor, disipe usted las ideas graves, que aquí está la mistela. (*La negra Benita sirve en una bandeja ordinaria. Todos la saborean y hacen gestos de agrado*).

MONTEAGUDO. — ¡Muy rica! Estas cosas las hacen particulares en el Alto Perú, según es fama; pero veo que aquí las hacen mejores.

DOÑA CARMEN. — Es obra de la Benita.

MONTEAGUDO. — La felicito.

LA NEGRA BENITA. — ¿Me da licencia el ama para contestarle?

TODOS. — Sí, sí.

LA NEGRA BENITA. — Yo siento un honor muy grande en haber servido con mis manos a su merced y en ver con mis ojos que tan grande hombre ha venido a la casa de mis amos.

MONTEAGUDO. — Gracias. Bueno, pues... Muy amable la compañía, pero debo irme. (*Todos se ponen de pie*).

ENCARNACIÓN. — Tan pronto...

DOÑA CARMEN. — Deja usted un recuerdo imborrable en esta casa.

MONTEAGUDO. — Y yo lo llevo de ella. (*Se dan las manos*). Usted, naturalmente, se queda.

LUCIANO. — Sí, pero lo acompaño hasta el caballo.

ESCENA 11ª

DICHOS, MENOS MONTEAGUDO

DOÑA CARMEN. — ¡Qué simpático es!

ENCARNACIÓN. — Mucho. ¿Y tú qué dices Benita?..

LA NEGRA BENITA. — ¡Cómo cambian los tiempos! El doctor en esta casa. ¿Se acuerdan cómo hablaban de él en la otra? (*Doña Carmen se sienta muy pensativa y como si nada oyera*).

ENCARNACIÓN. — Vueltas de la política.

BENITA. — O del mundo, niña. El mundo no es sino vueltas y revueltas. Ya ve, yo antes era soltera y ahora soy casada... Mi marido era un pardito pastelero, y ahora es sargento de un batallón... Don Anselmo vivía rico en Buenos Aires y ahora está pobre en el Brasil... El niño Luciano andaba derrotado, y ahora va a salir con la suya... Puras vueltas y revueltas... Así es el mundo, niña. Unos suben y otros bajan, mayormente en tiempo de revoluciones.

ENCARNACIÓN. — Así es, Benita; aunque a tu modo, dices una gran verdad.

BENITA. — Y claro . . . Aquí donde a una la ven, negra esclava y todo, suele una fijarse en las cosas . . . Además, algo se nos pega del discurso de los amos.

DOÑA CARMEN. — Es verdad todo lo que dices, Benita. Ya vez lo que era nuestra casa antigua, una de las mejores de Buenos Aires; la perdimos, y hemos venido a dar en esta chacra, en este rancho de barro, lo único que nos queda.

ENCARNACIÓN. — . . . Y el río . . . y la pampa . . . (*Señala con la mano el horizonte, contemplándolo*).

BENITA. — Se han caído con don Anselmo, pero se han de levantar de nuevo con don Luciano.

DOÑA CARMEN. — ¡Quién sabe cuándo!

BENITA. — Algún día.

DOÑA CARMEN. — La casa vieja ya se ha acabado. (*Llora en silencio*).

BENITA (*Compungida también*). — Y era linda, con aquella sala grandota, donde la niña tocaba el clavecino; y aquel estrado, en donde yo servía a las señoras en su mate de plata; y aquellos retratos de los amos viejos, con sus chaquetones azules, tan bien bordados de oro; y aquel patio lleno de claveles y de jazmines . . .

ENCARNACIÓN (*Absorta*). — Flores, también tenemos aquí . . . y este ombú, y aquel río . . .

DOÑA CARMEN. — Pero han quedado allá muchos recuerdos . . . Muchas cosas del alma que nunca mueren . . .

LUCIANO (*que se había detenido en la puerta hablando con unos hombres, vuelve y vé a doña Carmen llorando*). — ¡Oh! Pero, ¿qué es esto? ¿Boda es, o velorio?

DOÑA CARMEN (*Se seca las lágrimas*). — No, hijo, no.

ENCARNACIÓN (*Acercándose amorosamente a Luciano*). — Nada . . . Recuerdos . . . Nada . . .

(*Llega desde afuera un rasgido de guitarras que interrumpe, de pronto, el diálogo; todos prestan atención, y luego se oye un triste pampitano que estremece de emoción el crepúsculo de la chacra silenciosa*).

ENCARNACIÓN. — ¿Dónde es eso?

LUCIANO. — Ha de ser en la pulpería de Julián. (*Del interior de la quinta salen la negra Benita, Ismaelillo y tres gauchos, dos*

mujeres más y un niño mestizo, que se acercan atraídos por el son de la música).

UNA VOZ LEJANA (Cantando):

Tendida al sol te me ofreces,
Pampa desnuda y morena:
Yo soy el hombre que viene,
Tú eres la virgen que espera.

(Sobre el silencio de la escena y de la pampa ya sombría, sigue sonando el triste de las guitarras).

*Tonada, con la capla de la última escena
musica de Vicente Forte.*

Lento

Ten-di al sol te me-ofreces Pampa des-nu-da y mo-re-na

Yo soy el hom-bre que vie-ne

Tú eres la vir-gen que es-pe-ra

"La Casa Colonial", por Ricardo Rojas; tonada de Vicente Forte para la canción del tercer acto, última escena.

DOÑA CARMEN (*Sollozando*). — Me acuerdo de España...

LUCIANO. — España está en nosotros y el canto del payador la despierta. (*Pausa breve. Música lejana*).

DOÑA CARMEN. — ¡Pobre mi Anselmo!

LUCIANO. — Ha de volver, señora. (*Mientras la música sigue plañendo y el campo se oscurece en el crepúsculo de la tarde, doña Carmen, Luciano y Encarnación han formado un solo grupo a la sombra del ombú*).

ENCARNACIÓN (*Mirando a los niños*). — Venid, que esta casa es vuestra. (*Los dos niños se le acercan y Encarnación los acoge con voz maternal*). ¡Ismaelillo!

LUCIANO. — El hijo del indio...

ENCARNACIÓN (*Al otro niño*). — Juanito...

LUCIANO. — El hijo del gaucho... Semillas de la raza... (*Se oye otra vez la copla*).

DOÑA CARMEN. — ¡Tristezas en la dicha! La casa colonial ya no existe...

LUCIANO. — No importa, señora: haremos sobre sus ruinas otra nueva, más grande y para todos.

ENCARNACIÓN. — Mira la pampa, qué pensativa está en el atardecer... Parece que ella también recordara...

LUCIANO. — Y que presintiera...

ENCARNACIÓN. — Mira nuestro río, el camino del mando... Mira nuestro ombú, el testigo del tiempo...

LUCIANO. — A su sombra descansaron los indios del Delta y los conquistadores españoles, como hoy descansan los gauchos que sueñan con la libertad. Acaso mañana, Encarnación, soñarán aquí sus idilios nuestros nietos. (*La música de las guitarras ha ido apagándose*).

ENCARNACIÓN. — Luciano, mira nuestra casita de barro...

LUCIANO. — De barro de la pampa, como la casa del hornero.

ENCARNACIÓN. — El nido del pájaro resiste a los vendavales, como el nido del hombre.

TELÓN

DOS POEMAS DE RAINER MARIA RILKE

Versión de Carlos Mastronardi

PEGASO.

CABALLO ardiente y blanco, Pegaso altivo y claro,
tras la carrera, ¡con qué belleza te detienes!

Bajo tu andar, ya encabritado, el suelo que abrumas
recibe la chispa y cede el agua.

La fuente que surge bajo tu casco dominante,
para nosotros, que la esperamos, es dulzura suprema.

¡Siente como a ti mismo su ternura se impone,
y por eso tu cuello vigoroso
aprende ya la curva de las flores!

DE "SONETOS A ORFEO".

SÓLO quien mucho tiempo alzó su lira
entre el lejano pueblo de las sombras
puede presentir y celebrar
la infinita alabanza.

Sólo quien ha saboreado
la dormida amapola entre los muertos
logra sentir los más ligeros sonos,
la vibración más leve de su canto.

El movido reflejo del estanque
nos turba y nos ignora muchas veces:
Tú debes conocer la imagen cierta.

Es en el doble reino solamente
donde cambian las voces, donde se hacen
delicadas y eternas.

ESCAFANDRA, LUPA Y ATALAYA

CABRÍAN las actividades del hombre y las preocupaciones del mundo en estas tres palabras: escafandra, lupa y atalaya. La historia de América —también América pertenece al hombre y al mundo, sí señor— apenas si alteraría el proceso, con una leve irreverencia que, en realidad, sería confesión de su vasallaje a la interferencia de un proceso exótico, enclavado en su seno: atalaya, lupa y escafandra. Sondear, escudriñar y avizorar son tres actitudes cuyo común denominador se reduce a ver. Ven el que sondea, el que escudriña, el que avizora. Ve el que distingue lo superficial de lo profundo. Ve el que logra desatarse de las manillas del pormenor y exprimir las síntesis valerosas. Ver no es función del mero presente, sino también del ayer y del mañana. Ver no es producto de mirar, sino un acto dependiente de capacidad y entrenamientos especiales. Mirones hay que no ven, como existen eruditos que no saben, civilizados que no son cultos, auditores que no oyen aunque escuchen. Mirar y escuchar implican deseos y actitudes; ver y oír son, en resumen, hechos y aptitudes. Estatuas tienen siempre actitud, pero hombres necesitan aptitud más actitud estatuaria. La frase evangélica pierde, ahora, su eficacia, porque no bastan ojos para ver ni oídos para oír. "Tienen ojos y no ven": eso no es raro. Lo extraordinario —¡y no tanto!— será ver sin ojos y oír sin oídos. Pues que se ve con otros ojos que no son los del cuerpo, sino los de la intuición, los de la sensibilidad y los de la memoria. Ver de sondear: escafandra. Ver de escudriñar: lupa. Ver de columbrar: atalaya.

Ver: función y destino. Que algunos ven para vivir, y otros viven de ver. Vigía, contemplador, investigador, erudito, astrónomo, veedores en última instancia: desde lo alto, desde lo hondo, desde lo plano; hacia el horizonte, hacia la altura, hacia la profundidad: siempre la mirada como vehículo, la visión como ele-

mento, la observación como actitud. Escuchar es poco y no tener ojos y oídos, nada, porque un sentido diverso al mensurable, que es el sentido de la intuición, aquello que Keyserling —gimnasta de lo sorpresivo— compendia en un consejo con el cual suele exasperar a los anticuarios: porque es la que marca todas sus discrepancias.

Si investigamos actitudes americanas, la visión sería un medio de comprobar, así, de golpe, al aletazo de lo visto el primer día, cómo somos el continente de lo inverso. Para asentar la tierra, hubo que cuajar mares; para crear estados, examinar llanuras, documentos, piélagos de naturaleza y erudición. Para ensanchar lo conocido, la cofa brindó a los vigías, las atalayas se ofrecieron como trincheras desde las cuales disparaban su curiosidad los hombres ávidos de horizontes. Pero, en América no. Continente descubierto, nació de la atalaya y ahora trata de sondear el subsuelo y el submar. Atalaya, lupa y escafandra, por consiguiente, acentuando, con negro y vigoroso acento gráfico, la segunda estancia —lupa documental, erudita, medieval— refugio de archiveros, estadio de golillas, doctores . . .

Nuestra vida colonial es la lupa en acción. Horizontalidad, chatura. La colonia careció de eminencias y de hondanadas, por que no tuvo amor, misticismo ni lírica. Los pueblos necesitan para afirmar su paso, ese soplo de irrealidad que robustece a la realidad en sí; amor de mujer, de lo extramundano, de lo que constituye lo recóndito e intransferible de nuestro yo. El amor, en que nos damos a los demás; el misticismo, en que nos damos a lo inasible; el lirismo, en que nos recobramos en nuestra esencia. Ausente estas tres dimensiones del anhelo de sobrepujar lo consabido, mundo, edad, hombre o país no tienen el impulso suficiente para crear nada. Sin amor, sin lirismo, sin mística pueden engendrarse hijos de la carne —eyaculación fecunda—, pero nunca los otros, que son los perdurables: sistemas, ideas, orientaciones, cultura, religión, arte, vida colectiva.

Bajo el signo de la lupa, miopía forzada o voluntaria, la colonia vivió la existencia del infolio: apergaminada, pálida, oculta, tendida, inmóvil.

Mas, antes de aquel período de pampa inmensa y social, de llanura mental, de eriazos sentimentales, hubo un amanecer por el que treparon a sus cofas muchos vigías, horadaron el cielo ojos de muchos atalayas; el período precolonial, el de la conquista, y el otro, más lejano, el de lo prehispánico.

La civilización caminó por el mar hasta nosotros. Desde los farallones de la costa y desde los mástiles de los barcos, escrutadoras miradas pugnaban por atravesar nubes y nieblas. Por mar llegaron los misteriosos pobladores de Santa Elena, en la remota noche de lo preincaico. Y por Mar, insiste el Inca Garcilaso, taurmaturgo del Perú viejo, por Mar arribó a las playas eternas, Naylamp el príncipe incógnito, con sus familiares y criados, a poblar una comarca inhóspita. El Mar —campo de atalayas— abrió su interrogación ante la impaciencia de Huayna Capaj: el viejo emperador recibió de un atalaya el presagio de que hombres blancos y barbados, venidos jineteando la brisa serían quienes destruirían a su estirpe y derrotarían a su raza. A Moctezuma anunciáronle también que el Mar sería su adversario, y que de su seno brotarían —enemigos de la sierra— briosos soldados destructores.

La cumbre atrajo, por eso, al aborigen. La cumbre, nidada de atalayas, ofrecía sus escarpaduras para adoratorios y fortalezas. Empinábase en su cima el sacerdote o el guerrero, ganoso de conquistar la altura en donde los dioses escondían sus espantosos atributos y brindaban a los hombres, en vez de amenazas, calor suave y deslumbradora refulgencia de sol, o el cintilar azul de las estrellas o la comfortable leche de la luna.

La cumbre fué aspiración y mito. Cumbre que trasmontar, en la ruta que domina los Andes; cumbre para atalayar el océano; cumbre para cortejar a la selva; perpetua actitud de centinela, ininterrumpido alerta, somatén de todas las horas, tensión inacabable por lo venidero: cumbre y atalaya, sometidas al futuro. Mientras la lupa era el pasado, la atalaya encarnaba al porvenir.

Cuando llegaron curiales, golillas, escribas, rábulas, curas, encomenderos, doctrineros, capitanes, obispos, oidores, —hasta el tambor se convirtió en pupitre, y la espada mojóse alguna vez en tinta para firmar un acta de entrega o una constancia de venta de esclavos. La Colonia canceló la actitud de vigía. La más alta cofa fué, en adelante, la de cada ambición, para la cual requeríanse,

no atalayas, sino plumarios y cagatintas. Inventáronse genealogías. Los clérigos discutían negocios terrenos, envolviéndolos en célica humareda de preces y cánticos. La teología estuvo a punto de transformarse en geología, cuando ella sirvió de fundamento para que un Pontífice, de lengua estirpe, determinase las leguas más al Oriente o al Occidente que correspondían a los reyes de España o Portugal, en la pugna por apoderarse de los nuevos mercados de minerales, especias y siervos que proporcionaban las Indias Occidentales. Y Francisco Vitoria, hombre de cumbre, atalayador, hubo de enfrentarse a la chatura de intereses mezquinos disfrazados, tras ejercicios de lupa pasadista, de teorías jurídicas y principios teológicos. La lupa esgrimíase, rotunda, como prolongación, no de ojo: de puño.

No eran ya la cruz ni la tizona quienes combatían: lupa y pluma de ganso sustituyeron a aquéllas. Al sentido de lo mañanero, lo reemplazó la adoración a la noche. Y como la erudición rabulesca requiere elementos de prolijidad, la lupa —que sirve para agigantar lo diminuto, para magnificar lo enano, para alejar lo que está cerca, invirtiendo la telescopía, ella, instrumento de Gulliver, anhelosa de decrecer, no de elevarse ni elevar a nadie, ella fué erigida en símbolo de aquella edad sin gloria. Lupa, que se maneja a mano cerrada; que se acerca desconfiada al objeto de sus pesquisas; que cierra el campo a la observación del prójimo; que agranda lo insignificante; que impone, así, una relación dependencial de conventillo, a las ideas y a las expresiones; lupa, arma de Gulliver, aspiración de Micromegas: la Colonia fué una lupa extensa, no inmensa, una lupa extensa, atisbadora, curiosilla, erudita, chata. No bien el hombre del virreinato abandonó la lupa y, nada más que empinándose sobre la cima de los árboles, tendió la mirada hacia la maravilla de la selva —“agua y verdor, nada más”—, al punto vislumbró una posibilidad hasta ahí inédita y en descubrirla le puso cerebro y corazón, y nació la geografía colonial, y se formaron las academias de ingenios americanos y adquirió conciencia de su personalidad colectiva, y por los difíciles senderos de la emancipación geográfica y espiritual preparó los caminos de la independencia política, cancelando la era de la lupa, pero sin lograr restar la era del atalaya.

La lupa impertérrita, invencible, produjo al rábula republi-

cano, al codiguero, al gramaticalista, al académico, al caudillejo de campanario también: todos ellos excrecencias coloniales, reflejo de luz de lupa, no de astro ninguno. Ciencia de lo imperceptible, del respunte: ni siquiera del hilván que ahorma grandes trozos de tela. Cuando América, tomando distancias, cayó en la cuenta de su errónea preterición, titubeó contristada. No cabía ya volver a la abandonada atalaya. Antes, precisaba un recuento de lo propio, el árduo paseo por la intimidad. Además, los tiempos habían enseñado la técnica de dominar las cumbres, desde los aires —la Colonia se prolonga casi todo el siglo XIX— y habían descubierto la otra técnica: la de la sumersión. Navegar no era empresa tan fácil. Ni por mares de litoral geográfico, ni por golfos de sí mismo. El descubrimiento de la subconciencia modificó el arte de viajar por el mar de la propia intimidad, y la guerra submarina rompió el orgullo de las viejas naves cargadas de acero y jactancia. Doblegada por el sino, calzó la escafandra y se lanzó al piélago, y, dando el adiós a las "ceruleas ondas", inició su convivencia con el submar, etapa de sondaje y de cateo, de contubernio con lo profundo, de vida abisal: trayectoria de la sonda, terco destino de buzo, órbita de la escafandra.

Escafandra . . . lupa . . . y atalaya . . .

Se empieza por ahondar, se continúa comprobando y se concluye avizorando. La perspectiva, como pirámide inversa, raíz de flor, principia en lo particular y se ensancha hacia lo universal.

¡Cuántas veces, lupa en mano, encorvados tras minúsculos datos añoramos la atalaya que eleva, la escafandra que profundiza! Agobiados bajo mares de normalismo y bibliolatría, la lupa agigantaba lo imperceptible. Tal vez por eso nuestra modalidad jurídica, nuestra estructura política, nuestras narraciones históricas, sean amontonamientos de fórmulas, documentos y fechas, atiborramiento de volúmenes, abundancia y extensión en vez de precisión y verticalidad. La historia general del mundo la concentra Wells en trescientas páginas: ¡ay del historiador americano que quisiera condensar la del continente en otras tantas! La lupa dirigiría una campaña de protesta. La lupa alcanzaría voz para darse escuchar. Y la escucharían. Y, lo que es peor, la oirían.

La lupa es memoriosa, obstinada, algo mezquina. La escafandra se encarniza con sus temas, como científico. La atalaya tiende la imaginación y fantasea. Desde lo alto, el mundo ofrece anchos panoramas. Desde lo hondo, surge otro mundo correspondiente, pero más caótico, que el otro, el que en la superficie cae bajo el dominio de vigías y la investigación de eruditos. Submar y subconciencia, estadio de lo imprevisto, comarca del buzo, imperio de la escafandra.

Muchas veces, a lo largo de estudios, andanzas y meditaciones, soñé en la lupa de mis días adolescentes, en la escafandra de una impoluta tentativa de buzo, y en la permanente atalaya de muchas vigiliás, transcurridas ahí, en lo más alto del palo de mesana de un navío que no halla puerto.

Escafandra . . . lupa . . . y atalaya . . .

El triple símbolo acudía a mis labios, a mi memoria, a mi apetencia; y yo acariciaba con deleite la conjugación de los tres motes, el título sávido y el más sabroso contenido. Habríame gustado descubrir, ambiciosamente, alguna nueva teoría del universo, alguna síntesis insospechada, para encerrarla, luego, bajo el título armonioso y exótico que para mí era tan sugerente, tan deportivo, tan mucho obsesión y algo esotérico: escafandra, lupa y atalaya.

Traté de pulsar viejas cuerdas, sordas cuerdas, y las más nuevas, algo vibrantes, y aquellas otras que, largo tiempo, me tuvieron en suspenso, las manos tendidas sin atreverse a pulsarlas, temerosas de su sonido, en vigilia frente al instrumento mismo. Frases hay que, por sí solas, ajenas a todo eco verbal o sentimental, huérfanas a veces de todo significado, ejercen extraña sugestión sobre la sensualidad, sobre la fantasía, también sobre el entendimiento, por lo que, sonando, evocan e invocan. Tal "archipiélago" en un cuento de Apollinaire: "archipiélago", cosa bella, "archipiélago" manjar sabroso, "archipiélago" paisaje, "archipiélago" amor, "archipiélago", ensueño. Lord Dunsany habría certificado esto último. Y tal "parálisis" para James Joyce. Palabras sobrecargadas de átomos y enredadas de lazos en lo subconsciente . . . Escafandra . . . lupa . . . y atalaya reunían, dentro de mí, para mí, proyectos juveniles, ambiciones deportivas, símbolo filosófico, de esa menguada filosofía del lleva y trae, es decir, del trajin mun-

dano, del trotamundos y trotaideas que cada quien porta consigo. Sus sílabas saturadas de asonancias sugerían un viaje a lo ignoto. Uno de esos viajes cuyo destino importa poco, que conociendo el puerto de embarque queda resuelto, al punto, la posibilidad y vigencia del tránsito. Sospecho que, después, por justificarme intelectualmente, racionalmente, tejí la explicación de su emblemismo, mas puede ser que hubiese ocurrido al revés. No sabría decirlo.

Me embarqué en el triple título, saboreándolo. A fuerza de paladearlo, adquirió para mí el valor de una frase cabalística, cuya conformación gramatical, cuya extracción etimológica, cuya derivación semántica nadie indaga —y el que lo hace mutila su propia fantasía—, pero que, por sí solas, aisladas y aristárquicas, despiertan muchedumbre de sugerencias: *abracadabra*, *sésamo*, *jitánjáfora*, *ukcelele*, *balalaika*, *terremere*, *archipiélago* en Apollinaire, *parálisis* en Joyce, “cultura” en tanta gente.

Puede que tengan equivalencias en el diccionario. No me interesan los sinónimos. Las palabras, ricas de por sí, las palabras puras, como la pintura pura, como el colorido puro, como el sonido puro, como el puro símbolo, se defienden por su intransferible señorío. Suenan, y sonando nos enardecen, nos asordan, nos arrullan. Y ahí están.

Escafandra... lupa... y atalaya son un título de tal linaje. Encierran evidente significado. Pero, si no lo tuviesen, siempre las habría inscripto yo en la portada de este ensayo. Yo necesitaba una divagación, un trabajo, un estudio, un libro, un poema, algo que se titulara “Escafandra... lupa... y atalaya”. Helo aquí.

LUIS ALBERTO SÁNCHEZ.

Santiago de Chile.

HUMANISMO Y TÉCNICA

CUANDO se habla hoy con cierto desprecio de la "técnica", atribuyéndole la etiología de los mayores males de nuestro siglo, se comienza por tener un concepto restringido, incompleto y parcial de la técnica. Como si "la técnica" fuese un ente con existencia propia. Manipulación que abarca todos los grados desde lo más rudimentario hasta lo más complicado. Descansa siempre sobre la actividad mental, en su aspecto razonado e intuitivo. Es el equivalente práctico del acto mental. Pero no podemos considerarlo como subsiguiente siempre del acto mental. Dijo Essertier que el hombre había sido durante mucho tiempo, un mecánico que ignora la mecánica. Y G. Dumas dice: "Comprender e inventar, es primero servirse de los objetos y después construir instrumentos. La técnica precede a la ciencia. La inteligencia se hace "haciendo". El instrumento es su primera obra; punto de apoyo, multiplicador, transformador de energía". (1)

De ahí que la técnica no sólo tenga su ética sino que, según afirmaba en otro artículo, es multiplicadora y transformadora de la ética (2).

La técnica tiene su mística. La realización primitiva de cualquier fenómeno se rodea de un conocimiento incompleto, aunque suficiente para producirlo. De ahí la técnica primitiva del fuego, que crea toda una mística, una magia. La magia se basa siempre en hechos sorprendentes mediante técnicas pobres y elementales. Hay mucho de humano y de subjetivo resonando alrededor de lo objetivo y formal. Pero es el rito la base y la fuerza de la magia

(1) G. DUMAS: *Nouveau Traité de psychologie*. 1936, vol. V.

(2) Véase en el N° 17 de NOSOTROS (agosto de 1937) un artículo anterior sobre este mismo tema.

y de la mística. De ahí la enorme importancia humanística de la técnica.

Se desplazan, quizás maliciosamente, los planos de la visión del verdadero papel de la técnica en la vida. Se afirma una y otra vez que bajo el aspecto ético la técnica puede ser puesta al servicio del bien o del mal. Y por lo tanto, carece de moral. Así "silogísticamente" expresándose, aparecen hoy en el campo literario flamantes descubridores de la perniciosidad de la ciencia y de la cultura.

No falta quien afirma que la técnica tiene una significación profunda sólo cuando se pone al servicio de nobles ideales. Pero no piensan que no es la técnica sino el hombre, el que hace el bien o hace el mal. Pero al considerar el matiz ético de la técnica no debemos referirnos al del hombre que practica esta técnica, sino a la perfección con que ésta se realiza. También el hombre integral puede estar al servicio de una causa *buen*a o *mal*a. Y no por ello decimos que el hombre no tenga moral. La existencia de la moral supone precisamente esta capacidad de autodeterminismo que puede conducir a diversos resultados finales. También es claro que los conceptos de bondad y de maldad no son absolutos ni opuestos. Las técnicas pueden ser exactas o erróneas, aún siendo bien o mal practicadas. Así la conducta puede ser muy buena, e inspirada en una finalidad errónea, inútil o perniciosa.

No es tan simple la conducta humana como para afirmar que la técnica debe servir a nobles ideales. Tampoco los ideales son entes que tengan al hombre por esclavo, sino fuerzas misteriosas que surgen del propio caminar del hombre y que se vivifican y fermentan en el rito del trabajo, en el rito de la mística, en la superación del ejemplo heroico. Surgen también de lo hondo de la angustia humana y del palpitar agigantado y proyectado a lo lejos, de los oleajes vivientes que empujan o tiran, cual líneas magnéticas, a la vida del hombre, precipitada en el abismo del tiempo.

De ahí la imposibilidad biológica de suprimir a los *ideales*, como también de unificarlos, porque la vida los crea y los multiplica y los diversifica. La vida normal, no la vida patológica o mutilada.

Difícil es, por lo tanto, imaginar un mundo utópico según una perfección preformada. Entonces resultan de una significación tan distinta uno de otro como del nuestro. La isla de la Utopía

que soñara Tomás Moro sería tan "amoral" para un burgués del siglo XIX como el mundo "asentimental" imaginado por W. James en sus lecciones magníficas de psicología pedagógica con objeto de patentizar la necesidad de una vida plenamente humana, con todo lo humano cuyos contrastes e interferencias crean la personalidad y exigen la preocupación por una ética individual.

El extraño mundo imaginado por Aldous Huxley ofrece un panorama de contraste que seguramente habrá enmascarado la verdadera directriz del autor ante la mayoría de lectores y de críticos. Recién acaba de afirmar Kathleen Bellamy que "el viejo cinismo que creó aquella obra maestra de la sátira, *Brave New World*, ha desaparecido". Y lo sostiene al comentar un nuevo libro *Ends and means* del mismo autor, en el que trata directamente los problemas del progreso del mundo presente, dando la sensación de que "ha recorrido un largo camino" (1).

Para el que no le interesa la opinión o la evolución del autor, sino la significación de la imagen creada de un mundo muy distinto al que vivimos, y al que "podríamos" abócar conducidos por un vértigo pseudo-científico, aquella "cínica ironía" será más bien una magna maniobra para plantear heterogéneos problemas, en su forma más indirecta y más extravagante, y también más alejada de la real intención que le haya guiado. Por eso parece más difícil darse cuenta de todos los aspectos de sus perspectivas. Si lo consideramos bajo el aspecto de la ética sexual veremos que ésta en verdad deriva de la aplicación, ya aceptada, de los imaginarios progresos en el campo técnico de la esfera reproductiva. No son, sin embargo, tan inverosímiles e imaginarios estos progresos. A. Huxley pertenece a un ambiente familiar de biólogos, y ello se traduce en la base de sus elucubraciones. El célebre descubrimiento de Bokanowski, que permite obtener partiendo de un óvulo fecundado un número grande de embriones, no es nada inverosímil dentro de los horizontes biológicos actuales. Los gemelos univitelinos se producen espontáneamente, a veces en número superior a dos. ¿Por qué excluir la posibilidad de obtener por estimulación artificial un número extraordinario y llegar a la producción en serie? Por otra parte, la consecución del desarrollo extra-uterino de los embriones es la base de una revolución completa en la modalidad

(1) KATHLEEN BELLAMY: *Fines y medios*. "La Nación", enero 23 de 1938.

de la reproducción humana. Pero ello no nos interesa ahora; no deseo comentar el aspecto de verosimilitud científica. Lo que nos interesa remarcar, es que una vez las nuevas generaciones de hombres, producidos embriológicamente fuera del vientre materno, parten de la normalidad de esta forma genética, aparece automáticamente otro fenómeno biológico; la disociación entre el sentimiento del sexo y la capacidad reproductora. Y aquí viene un primer equívoco. El pintar la desaparición del amor como consecuencia de tal disociación.

El sentimiento del sexo persiste y se desarrolla, llegando a una voluptuosidad generalizada. Los niños en la escuela practican ejercicios eróticos, pedagógicamente encaminados al desarrollo de su instinto sexual. ¿Pero esto ha de conducir fatalmente a la desaparición del amor? No lo creo. Sin embargo, en el mundo de Huxley no existe el amor. Pero debemos observar que tampoco existe la libertad de sentimientos ni de pensamientos, en virtud de otro fenómeno que nada tiene que ver con la aplicación del procedimiento Bokanowsky, cual es la anulación de la personalidad psicobiológica. Y el amor en su más intensa y sublime acepción no está dependiente de la forma reproductora, sino de la vibración psico-emotiva de dos seres humanos, de sexualidad diferenciada, y de estructura moral compleja.

Pero volvamos a nuestro problema ético. Es sorprendente que para estos niños y jóvenes habituados a su sistema normal de genética, les parece una prociadad hablar de que los hombres antiguos salían del vientre de sus madres. Y que considerasen normal el entrenamiento de sus instintos sexuales, desvinculados por completo de sus consecuencias reproductoras. Si consideramos imparcialmente en su aspecto objetivo y comparativo los hábitos admitidos en un mundo de aquel tipo, la ética sexual de aquellos seres deriva de su nueva técnica de vida. Del mismo modo que a nosotros nos parece absurdo y contradictorio el rubor con que los inocentes rostros del alumnado se cubrían al asistir a las clases de historia en que se les hablaba del antiguo "hogar" y de las antiguas costumbres basadas en nuestras concepciones amorosas monogámicas.

Sin embargo, parece que la intención (y hablo quizás de la *intención* involuntaria o subconsciente) del ensayista es paradójica; por un lado parece ensañarse en ironizar ciertos dogmas costumbris-

tas de nuestra clásica moral sexual. Y por otro lado, demuestra la imposibilidad humana de un mundo sin amor. El salvaje de la novela siente el empuje de esta fuerza misteriosa que le hace más hombre que el cultivado ejemplar bokanowiano. Es la misma tesis que nuestro Jacinto Benavente plasmó en una demasiado poco conocida obra teatral intitulada *La Noche Iluminada*, cuya belleza simbólica no ha sido seguramente apreciada en este original sentido. Benavente imagina que en el mundo han desaparecido las hadas y los duendes, y con ellos el amor. Y plantea la absurdidad de esta vida inhumana, hasta que las hadas vuelven a darse las manos con las realidades danzando al mismo compás el gnomo y el hombre.

Esta misma tesis simbólica ha sido explotada en el sentido de que la ciencia y la técnica conducirían a la humanidad al fracaso o a la absurda anquilosis. Y éste es el punto neurálgico del falso modo de razonar sobre el justo papel que la ciencia biológica ocupa en el mundo. Por ello me permito insistir unos momentos sobre este punto.

La medicina labora por el progreso del hombre y por el perfeccionamiento del organismo humano, de la salud. Pero nadie niega que cualquier descubrimiento médico podría ser utilizado para realizar perniciosas hazañas. Y esto es lo que ocurría en el mundo de Huxley. Allí, los directores de las salas reproductoras e incubadoras, son árbitros supremos de los destinos de sus criaderos. La dignidad humana ha desaparecido bajo el uso de las mutilaciones embrionarias. Se establecen diversas categorías de hombres, cada una con su desarrollo mental coartado en grado distinto según el uso a que ha de destinarse. Mas ello no es el fruto de los descubrimientos biológicos, sino de su utilización injusta y de su acaparamiento. Y ahí reside en realidad lo utópico y el absurdo de la fantasía huxleyana.

A los niños enjaulados se les somete a repeticiones periódicas de frases estereotipadas que han de ser más tarde los axiomas dogmáticos de su clase. Ahí creo que la ironía de Huxley llega también más lejos, porque exhibe la perniciosidad del automatismo exógeno del pensamiento, obtenido allí mediante los mejores procedimientos de psicología experimental. Es una sátira de los antiguos procedimientos pedagógicos, y también de algunos "modernísimos".

Mas no se puede olvidar que tras lo efimero y destructivo de las acciones humanas, la verdadera historia del progreso se escribe en la esfera de las adquisiciones del pensamiento y de la perfeccionabilidad del organismo del hombre.

En el terreno biológico, los progresos son inseparables de un mejoramiento del bienestar, porque a cada verdadero obrero del arte médico le mueve el deseo de acabar con algún insignificante morbo que entristece o fulmina la existencia de un semejante. La ciencia forjada al calor de los hospitales, en constante contacto con la miseria y el dolor y la muerte; la que consigue convertir al hospital en el templo de nuestro siglo aún en el aspecto arquitectónico como simbolismo de la fuerza y de la incorruptibilidad de su sacerdocio; esta ciencia, digo, no necesita de grandes virtudes para permanecer fiel a sus orígenes. Es personal e impersonal a la vez, y los que quisieran "organizar" el dominio "huxleyano" del mundo por el "médico", serían reducidos a cenizas en el concierto de las llamas invisibles que animan a los millares de "trabajadores de la vida", depositarios sin patente de las antorchas del amor humano, inextinguibles, y traspasadas silenciosa y continuamente desde lo íntimo de los laboratorios.

Este aliento altruista, que germina incluso en el curandero y en el médico tramposo y explotador, es uno de los móviles que anima y da originalidad a un libro cuyo éxito no saben explicarse muchos; es *La historia de San Michele*, de Axel Munthe. Es la actitud original y siempre altruista del médico ante el mundo. Es el espíritu fraternal que también anida en lo más hondo de cada humano, esperando el momento de actualizarse. He ahí porque es y será tan difícil que los progresos de la ciencia médica sean monopolizados para invertir la finalidad que la sostiene.

Y de ahí que al hablar de humanismo damos a la palabra un significado propio, amplio, que parecerá vago, pero que representa el nuevo concepto del humanismo que ha de alumbrar al mundo que renacerá de la obscura crisis que atraviesa.

Y al hablar de la relatividad de los sistemas éticos no quiero de ningún modo disminuir el valor de los mismos. Al contrario, quiero poner de relieve la necesidad de una progresiva revisión y perfeccionamiento; el contraste de dogmatismos que son parcialmente perniciosos, y de la elaboración de estructuras éticas indi-

viduales, que definen la personalidad del hombre. La técnica humana, como expresión de la metódica ejecución de los actos creadores, exige su ética, crea su norma necesaria de realización, reglas de conducta. En todas las actividades humanas surge la necesidad de perfección técnica; he ahí las raíces éticas.

Esta manera de comprender el significado didáctico y ético de la técnica se halla también en el concepto expresado por Hocart en un capítulo dedicado a la evolución de la técnica humana (1). "Los tecnólogos —dice— tienen la costumbre de dividir su materia de estudio según el tipo de instrumentos. Pero no son los instrumentos que evolucionan; éstos *reflejan* simplemente la evolución del organismo que los crea, la mejoría de su fabricación y de su rendimiento, o bien su degeneración. Lo que nos interesa es el espíritu que los concibe y los perfecciona. Este espíritu deviene capaz de forjar proyectos cada vez mejores y más complejos y una organización social más eficiente, como también una especialización más coordinada". "El cambio en los procedimientos técnicos corresponde a la sustitución del Hominio de Neanderthal por el hombre moderno". He ahí como debemos reconocer el papel fundamental del progresivo desarrollo técnico en la superioridad de la conducta y de la vida entera del hombre. Pero el hombre no constituye una suma de compartimentos aislados. Es el cerebro un órgano armónico, capaz de elaborar series progresivas de actos. Por esto repite el citado Hocart que "hacer de la tecnología un compartimento cerrado, como se hace habitualmente, es simplemente *estupidizarla*, privándola de la esperanza de ser explicativa; y la ciencia debe explicarla". Y añade: "La habilidad mecánica de un artesano depende, entre otros centros, de los que controlan los músculos externos, especialmente los de la mano. Sabemos poco sobre localizaciones; pero es significativo que una de las *subdivisiones* más definidas de la civilización, que es el lenguaje, sea controlado por una de las regiones mejor definidas del cerebro".

En la filosofía griega vemos como los sistemas morales surgen inseparables de cada concepción doctrinal de la vida. Pero es imposible deslindar si la moral sale de la filosofía o si ésta sale de la moral. H. Berr afirma que la filosofía griega sale de la moral y

(1) HOCART: *Le progrès de l'Homme*, Paris, 1935.

de la religión. En la base se halla el desarrollo de la técnica, que trabaja para dominar la naturaleza. El hombre se entrena entonces para dominar con el éxito el mundo ambiente, las cosas, y busca el perfeccionamiento de sus actos para llegar a un más seguro resultado. De ello pasa a la preocupación por las normas de su conducta, la técnica de la conducta. He ahí la esencia ética de la filosofía griega. Y buscando en estos remotos orígenes la pureza de las más claras percepciones humanas, hallamos la sencilla armonía que distingue los sistemas de la dignidad de una conducta. Como dice Robin, "este ideal podrá variar con cada escuela; siempre será, sin embargo, el ideal del sabio, que no es de ningún país ni de ningún tiempo; todos lo concebirán con el mismo espíritu resueltamente pragmático".

JUAN CUATRECASAS.

MORITZ SCHLICK

(1882 - 1936)

EL 22 de junio de 1936 Moritz Schlick moría trágicamente en Viena y en el centro espiritual mismo del Wiener Kreis: en la Universidad.

Los detalles del vulgar atentado que acabó con su no vulgar persona han sido ya divulgados por la prensa diaria.

La noticia telegráfica, escueta y tajante, nos llenó de dolorosa sorpresa y consternación a los congresistas reunidos en Copenhague para el segundo congreso internacional de filosofía de las ciencias.

Su persona y su palabra eran uno de los atractivos más esperados del científico symposion.

Schlick comenzaba por ser simpático y elegante. Estas dos notas —al parecer superficiales y frívolas—, son símbolo de un nuevo clima espiritual interno de la joven generación científica. Cuando coinciden juntamente juventud calendaria y juventud vital científica, la simpatía y la elegancia brotan inmediatamente cual flores simbólicas: cuando la primera ha pasado, la segunda se venga de la elegancia aunque no sea sino dejando crecer el bosque arisco de una melena.

Pero estos síntomas fisonómicos y de "tenue" pertenecen a una simbólica que nada tiene que ver con la lógica simbólica ni tampoco gran cosa con el tema directo de esta biografía.



La actitud científica de Schlick —como delatan sus publicaciones— se concentró en tres campos: la ética, la teoría del conocimiento y la filosofía de las ciencias.

Pero la unidad de su personalidad científica acabó por imponer la unidad del campo científico de trabajo.

La ética se redujo en él, si no me equivoco, a un trabajo compensatorio, a un escape de su amplia personalidad vital que se rebelaba contra el confinamiento demasiado estrecho de la especialización en filosofía de las ciencias. En ética no pasó de un hedonismo distinguido y aristocrático, y hasta bondadoso, por el que prefirió, para ápice de los valores éticos, la bondad sobre el bien.

No voy a caer en el cómodo simplismo de encasillar a Schlick entre los empiristas o los positivistas. Esta pequeña biografía va a intentar "potenciar", en frase de Ortega, lo que la obra de Schlick contiene más o menos en germen e intención.

El "círculo de Viena" posee, entre mil diferencias, una semejanza estructural con la academia platónica: es un centro germinal y no un centro de atracción.

De la persona de Sócrates, como de germen, salen en todas direcciones del pensar científico personalidades potentes y ricas, posiblemente superiores al maestro en todas las cualidades menos en la de ser centro germinal, fuente primaria de sugerencias e incitaciones.

Una personalidad histórica de este tipo posee todas las futuras conquistas técnicas de sus discípulos bajo forma de vitalidad indiferenciada.

Por el contrario hay personalidades científicas absorbentes, centros de atracción, casi iba a decir sumideros de las energías científicas de sus adeptos. Todos son menos que el maestro: el maestro los aplasta y los emboba. Adoración y comentarios son las dos actitudes frente a su obra. Un caso: los tomistas y Santo Tomás. Caso contrario: Platón y Aristóteles frente a Sócrates.

Pues bien: el caso del círculo de Viena, guardadas las distancias y a escala reducida, pertenece al tipo de centro germinal. No es casual la predilección de Schlick por Sócrates.

Schlick, como Sócrates, como toda personalidad de tipo "centro germinal", no posee un gran sistema científico, sino un sistema de incitaciones, de sugerencias, de direcciones.

El círculo de Viena va agrandando con el correr de los años su periferia y englobando personalidades poderosas —algunas de ellas, salvando el respeto a Schlick—, más ricas que la del maestro. Así . . .

(iba a citar aquí dos nombres, pero son de vivos y además de amigos míos).

No voy, pues, a exponer el sistema científico de Schlick, sino aludir a su sistema de sugerencias, de incitaciones, de proyectos científicos concretos y sugestivos.

A Schlick se le ha incluido entre los positivistas y empiristas. Yo ya no se bien qué es eso de positivismo y empirismo. Claro que lo sabría si me sintiera apretado en unos exámenes por "amateurs" del "definir". Por suerte, en este estudio nadie ni nada me aprieta fuera del espacio tipográfico reducido.

Schlick, tal vez influenciado por Wittgenstein, —el gran sentenciero de la logística—, sugirió un tipo nuevo de actitud ante las ciencias de lo real.

La física constituye el campo de máximo dominio teórico y práctico de lo real. Es la coyuntura maximal para el conocimiento. En esta apreciación coinciden Kant y el Wiener Kreis. Digo: "conocimiento y dominio" de lo real, o si queremos, unión indisoluble entre ciencia y técnica. Sólo la física (en el sentido amplio moderno que incluye física, química, astronomía ...) se ha dado a sí misma, por una cierta evolución vital, órganos externos reales —los instrumentos— con los que, a semejanza y aun con ventaja sobre nuestros ojos y manos, conoce e influye en lo real.

Ahora bien: la física sintetiza en la unidad de ciencia real lógica, matemáticas, geometría, aparatos: todo ello, desde la lógica inclusive, volcado en plan dominador sobre lo real. En plan y en éxitos.

El centramiento en el dominio de lo real proporciona un matiz particular a lo lógico y a lo matemático: un empirismo sutil parecido al que supone la frase célebre de Kant: "las categorías no funcionan válidamente más allá de los dominios de la experiencia".

Hay, por hablar así, en el hombre categorías que informan tan someramente al entendimiento que no llegan a producirse unas manos u órganos de dominio de lo real. Tales categorías dejan al entendimiento bajo forma de invertebrado mental.

Para Kant y el Wiener Kreis el término del pleno desarrollo de una categoría consiste en que se construye ella misma en el hombre sus manos: en vertebrar al hombre, en darle órganos prensores de la realidad.

Es claro que mientras una categoría no ha llegado a este estadio final presenta al entendimiento "planes", "ideas", "puntos de vista", "teorías", con un contenido, al parecer, propio y autónomo (ideas puras, objetos puros, ideales...) que puede ser intuído, con intuición que se llamará eidética, esencial, categorial, metempírica... Pero la cuestión no es ésta: consiste más bien en si tal estado de una categoría y lo que en él se descubre es definitivo o no; o sea, si las categorías se hallan en el hombre de manera que su pleno desarrollo coincida con la creación de órganos de dominio de lo real (vgr. instrumentos, técnica...); o por el contrario se dan categorías cuya evolución no puede ni debe llegar a tal faena "empírica".

Y supuesto esto último, si tales categorías son específicas del hombre en cuanto tal.

Schlick se decide por la idea de que toda categoría de conocimiento plenamente desarrollada, humanamente realizada, se da a sí misma unas "manos". Los estadios anteriores son insubsistentes, imperfectos, sin valor científico.

Mas la creación de unas manos categoriales —de unas manos lógicas, matemáticas— no es cosa hecha, que nazca con el hombre. Es faena entitativa. Si se deja a sí misma la lógica, tal cual suele hallarse en el entendimiento, se quedaría siempre en pura teoría: lo mismo sucedería a las matemáticas puras. En estos casos el entendimiento percibe un cierto contenido lógico o matemático puro. Pero es preciso convencerse (quien pueda) de que todo ello debe ser superado en dirección hacia una producción de "instrumentos" del saber. La categoría debe ser órgano de conocimiento para, por y en el dominio de lo real.

Nos hallamos ante un "plan" de trabajo que casi iba a llamar trascendental: convertir y llevar las categorías a órganos de dominio de lo real; al llegar a órganos es cuando nos dan el auténtico conocimiento de lo real; entonces obtienen su éxito maximal.

Schlick, Franck, Carnap, Reichenbach, han cometido el plan indicado. Cada uno por su parte. Hacer de la lógica, por ejemplo, manos de lo real exige, entre otras cosas, vincularla estrechamente al lenguaje para así aproximarla a la realidad en que, tras unas vueltas, habrá de crear sus manos lógicas la misma lógica.

El lenguaje ya no es una cosa, ni un vestido externo a lo lógico; es el cuerpo de lo lógico, es una sutil materia donde se

diferencia el alma de la lógica y donde se expresa y vive más plenamente que en sí misma.

Mas estas diferenciaciones producidas por la lógica en el lenguaje no son el estadio final: debe continuarse a través de las matemáticas hasta lo real. La "verificación" —y esta es la palabra típica del círculo vienés— constituye el tope absoluto, el límite de todo desarrollo categorial plenamente logrado.

De ahí la distinción entre cuestiones de "sentido" y cuestiones de "verdad" y de "verificación". Las categorías no llegadas aún al ápice de su desarrollo trabajan en cuestiones de "sentido"; o sea, en trazar planes a "verificar": al llegar a la verificación sabremos si han trabajado con "verdad o falsedad".

Orientarse y volcarse hacia la "verificación" exige imprimir hondas transformaciones a las ciencias puras. El Wiener Kreis, fuera de alguna excepción poco importante, no afirma, por ejemplo, que ni la lógica ni las matemáticas ni la biología ni la sociología puedan tener sus contenidos ideales propios, sólo afirma que sin la "verificación" son transitorios e inconsistentes. No pretende "definir" todo por lo físico; sino "reducirlo" todo a lo físico. Y este "reducir" posee el hondo sentido de diferenciación vital que le he dado.

A mi cuenta y riesgos diría que el Wiener Kreis es una cierta manera de "positivismo kantiano" o de "kantismo positivista".



Con esta incitación termino la nota sobre Schlick. Nota un poco desusada en plan y desarrollo, comparada con las biografías ordinarias. Mas creo ser preciso salirse un poco del uso y abuso de clasificar sin más entre los positivistas vulgares a personas como Schlick, en vez de tomarse la faena de pensar su propia y personal manera de filosofar.

JUAN DAVID GARCÍA.

SOBRE PLATÓN Y HERÁCLITO

••• **A**DVIERTO que has gustado y saboreado el meollo, condensado y jugoso, de los fragmentos de Heráclito. Ahora requieres un nuevo monumento filosófico. Casi no sé qué darte, tantos son y de tal enjundia que cada uno de ellos equivale a un mundo. Pero he aquí el *Timéo*, donde Platón pitagoriza bajo las semblanzas del filósofo de Locres. Léelo con atención: se lo merece. Más bella y mejor construída es *La República*, más sesudo el *Teetetes*, más fino el *Protágoras* —¿y dónde dejo al admirable *Fedón*?— pero en este libro hallarás un sistema acabado, la verdadera arquitectura del mundo platónico, que es uno de los tantos mundos posibles. Y una construcción serena, entre lógica y matemática, pues las matemáticas y la lógica son auténticas y racionales bases de belleza. Pregúntales, más que a los filósofos, a los artistas, y refiéreme luego tus impresiones.

Volvamos a Platón. Y con él a los constructores de las casas de los hombres. Pues todo sistema filosófico, ténlo entendido, es una verdadera casa ideal para que el hombre pueda cobijar en ella, apaciguándolos, sus incertidumbres y temores.

Y aquí tenemos una casa bien puesta, tal vez la más atractiva de todas. Basta leer aquellas palabras, dignas de su frontispicio: "Si el mundo es bello y si excelente es quien lo hizo, lo hizo evidentemente según un modelo eterno . . . Claro es que empleó el modelo eterno, porque el mundo es la más hermosa de las cosas que tienen un principio y su autor la mejor de todas las causas". Concepto que veinte siglos más tarde vuelve a leerse en la *Teodicea* del gran maestro del optimismo, Godofredo Leibniz: "Ahora bien, esta sabiduría suprema, unida a una bondad que no es menos infinita que ella, no ha podido a menos que elegir el mejor (de los mundos posibles)".

¿Comprendes, amigo? Y una casa segura, con un dueño previsor y magnánimo, que aúna a su poder una ilimitada benevolencia. Todo esto acusa una grandeza épica y aquella serenidad — realmente olímpica— que surge sobre los vaivenes pasajeros. Sentimiento de estabilidad, estético sosiego que acompaña y guía la vida de este mundo.

Pero ahora haz memoria de aquella sentencia sobre la cual tanto discutimos un día: "Este Universo, el mismo para todos los seres, no fué creado por ningún Dios, ni por ningún hombre; pero siempre ha sido y eternamente será fuego vivo que alternativamente se enciende y se apaga". Casi un siglo antes de Platón, atravesaba Heráclito, con su mirar pesimista y duro, la esencia del cosmos y la vida múltiple. Y en su lenguaje elíptico, retorcido y original, decía a los que andan y andan en busca de un paradero: "Vuestra casa no tiene cimientos sólidos ni fuertes muros: es una tienda traída y llevada por el ímpetu de la guerra, madre de todas las cosas. La eterna inquietud condiciona el ciclo de las criaturas y de los mundos. Nunca volvéis a bañaros en el mismo río, ni contempláis, con vuestros ojos mortales, los mismos fenómenos. ¿Dónde os apoyaréis? ¿Dónde hallaréis calma, si sois como una nave arrastrada sin cesar de puerto en puerto?".

Hosca sabiduría, en la que filtraron los venenos de Oriente. Sólo nos llegó por fragmentos, deshilachada y a ratos informe; pero esto basta. Frente a Platón y antes de Platón: Heráclito. Frente al maestro de lo absoluto estático —el Ser de Parménides llevado a sus últimas consecuencias— el hombre que buscaba la realidad en el *devenir* continuo. Para hablar como el Estagirita, una potencia que llega al acto y es, a su vez, otra potencia y luego otro acto, y así hasta el infinito. ¿Comprendes? El sentido filosófico era allá épico, amplio y optimista; aquí se impone con la evidencia torturada de lo trágico.

Y lo mismo que yo, tú ves en Heráclito a uno de esos genios que escarban las tinieblas y nos dejan la filosofía de su propio dolor. Como Pascal y como Nietzsche, de quienes tanto te he hablado. Sorprende, sobre todo, su semejanza con Nietzsche. Es realmente extraordinaria. Ambos desdeñaron la casa de buenos cimientos y trabajadas paredes para vagabundear bajo la tienda del nómada, cuya vida es un riesgo continuo. Más aún: en ese riesgo

está su vida. En la crispación de la defensa y del ataque y de la heroica ascensión hacia la cumbre más alta. En la actitud de solitario orgullo con que gesta en sí mismo, a través de la lucha, al hombre superior. La voz de Zarathustra ya parece vibrar en aquellos versos que pone en boca de Heráclito el Anónimo del epigrama:

*No es en bien de vosotros que yo sufro,
sino por aquellos que me comprenden.
Un solo hombre vale para mí treinta mil
y la muchedumbre nada...*

Pero "el camino que sube y baja es uno y el mismo". El Eterno Retorno se yergue como una visión apocalíptica. En la tumultuosa y monótona serie de los ciclos se estrella el querer del hombre.

Has leído a Heráclito y ahora conocerás a Platón. Dos temperamentos opuestos, dos sentidos artísticos divergentes. Todo puertas afuera el segundo, introvertido el primero. Epico éste, en su obra amplia y serena; trágico aquél en aquella oscura construcción pasional, atormentada y profunda. Pascal estaba en germen en su *pathos* violento: también él tenía un abismo y sintió, penetrándolo con su mirada de siglos, un alucinante terror. Trágico y ceñudo, con ansias polémicas, hubiera sido, un siglo más tarde, antisocrático y antiplatónico. Habría disgustado el blando optimismo y ese no sé qué de plebeyo y conformista —muy propio de Sócrates— que disfrazó Platón con un idealismo grandilocuente. Bajo el lírico gesto asoma el sentido utilitario que el Maestro de rostro de Sileno paseó en la vulgaridad de las calles, los pórticos y las palestras. Heráclito era, al contrario, un aristócrata del intelecto, un desdeñoso individualista. La vanidad ensancha a Platón, Heráclito se contrae y agudiza por el orgullo.

Del discípulo de Sócrates queda una ilusión abstracta, racionalista, toda hecha de lógica y bellas proporciones —digna de un Pangloss, único en su genialidad. El hombre de Efeso, de estirpe de reyes, nos dejó un gesto: el de un rostro crispado que agujerea la sombra.

Y al contemplar ese rostro, viejo de veinticuatro siglos, es como si nos miráramos en un espejo...

HERNANI MANDOLINI.

ALDOUS HUXLEY

LA editorial "Sur" ha publicado *Eyeless in Gaza*, vertida al castellano por Julio Irazusta bajo el título de *Con los Esclavos en la Noria*. Esta publicación, que hace honor a la editorial como a su traductor, pone sobre el tapete de la actualidad el nombre de Aldous Huxley, el escritor que, con Virginia Woolf, es, quizá, el autor más representativo de la Inglaterra de hoy.

Y para comprender mejor el alcance de este juicio, pensemos que no hay nada que esté más alejado del espíritu inglés de antes de la guerra que el espíritu contemporáneo. Efectivamente, durante la era victoriana —y podemos decir que ésta sólo terminó con la gran guerra— todos los escritores poseían una característica común: la certidumbre de obrar en lo concreto y en lo sólido. El mundo que les rodeaba era un mundo estable, firmemente anclado: "God is God, the Queen is the Queen, gold is gold". Claro está que un Thomas Henry Huxley —abuelo de nuestro escritor— tenía una certidumbre muy distinta de la de un Newman, pero tanto los que creían ciegamente en Darwin como los que ponían toda su fe en los *Thirty-nine Articles*, creían poseer la verdad total. Los espíritus de la época victoriana ignoraban por completo lo que nosotros conocemos tan bien: el relativismo en las ideas, en las cosas y en los hombres.

La guerra de 1914-1918 tuvo, además de otras consecuencias de importancia, la de haber liberado al espíritu inglés. Rompió con las tradiciones del *Gold-standard*, de los *Public-schools*, rompió con la *respectability* y con la *victorian-morality*. La guerra desvalorizó la totalidad de las antiguas creencias. Lo que el siglo XIX había considerado verdadero en política y en economía fué reconocido falso, las más sólidas construcciones científicas se tambalearon, la sociedad y la religión fueron duramente tocadas. De allí la inquietud.

tud del público lector —inquietud que sirvió de tema a más de un escritor—, de allí que, turbado, deseó, más que emociones —de las que se había hartado durante cuatro años— conocimientos, datos científicos.

La extraordinaria cultura de Aldous Huxley, sus conocimientos enciclopédicos, enmendados por un instinto literario de una delicadeza extrema unido a una verdadera aristocracia intelectual, debían pues convertirle en el novelista de más éxito de la post-guerra.

Inglaterra se ha liberado, Aldous Huxley es un escritor liberado de toda la antigualla victoriana, pero es de notar que una libertad recién conquistada no produce los mismos efectos que una libertad poseída felizmente desde tiempo. La modalidad de un liberto no puede ser la de un hombre nacido en un ambiente de libertad. De su antigua esclavitud le queda el recuerdo de la opresión, la costumbre de la sumisión; su pasado se le aparece como algo inconfesable, su presente poco seguro, y si su porvenir le exalta, también le amedrenta porque lo ve siempre amenazado. Su espíritu es un cocktail de insolencia, de inquietud y de aspiración. Pero su carácter peculiar es el sentimiento que tiene de su aislamiento: su liberación ha sido obra personal, hubo de cumplirla yendo contra su carácter adquirido, contra los resabios de su educación, contra sus tendencias, sobre todo contra el medio ambiente. De allí que, para él, su clase, su familia, sus amigos sean sus antiguos opresores—, sus enemigos presentes; de allí su aislamiento total ya que no se puede concebir una colaboración constructiva entre los que se han liberado, puesto que el solo punto que les reúne es el odio que profesan contra un pasado aborrecido. Gide, en Francia, y Huxley, en Inglaterra, son los prototipos del liberto.

Esto nos explica como Gran Bretaña, tierra de tanta cohesión en el pasado, tan firmemente unida, apretada por sus fronteras líquidas en un todo homogéneo, tierra en que hasta sus genios más excéntricos presentaban siempre caracteres medianos firmemente apoyados en las instituciones insulares, esto nos explica como Gran Bretaña va a presenciar el nacimiento ya de cínicos como Aldous Huxley, ya de visionarios como David Herbert Lawrence, ya de rebeldes como Beverley Nichols, porque éstos son los únicos tipos de hombre que, por definición, están aislados.

Todos sienten que les falta algo y todos tratan de complementarse. Espíritu delicado, no muy sensible quizá, de imaginación pobre pero de clara inteligencia, Huxley hizo lo posible para convertir en sensualidad —que era lo que le faltaba— su facultad de observación y de comprensión. Con su inteligencia, verdaderamente extraordinaria, va a intentar fabricarse una suerte de sensibilidad que le impedirá sufrir en demasía de la privación de aquella herencia espiritual y sentimental que los hombres de una misma raza poseen en común y a la que van a buscar lo que necesitan para vivir armoniosamente.



Aldous Huxley nació en 1894 en Godalming, en el condado de Surrey, cerca de Londres. Su padre era el hijo de Thomas Huxley, el colaborador de Darwin, y su madre, la sobrina de Mathew Arnold, crítico y poeta que tuvo su momento de celebridad en la segunda mitad del siglo XIX. Fué ese ambiente familiar que permitió el desarrollo completo de su inteligencia, el que hizo posible su nacimiento espiritual.

Cursó sus estudios primarios en el antiguo e histórico colegio de Eton, pero no pudo continuar en él. Una enfermedad de los ojos le obligó a interrumpir sus estudios a los diez y seis años. Durante más de un año y medio estuvo completamente ciego y pensó que perdería la vista por completo. Fué entonces que dictó su primera novela, que el mismo calificó más tarde de "muy trágica y probablemente muy tonta", pero que sirvió de derivativo a su angustia.

En 1912, habiendo perdido el uso de un ojo y aun delicado del otro, fué a Francia, a Grenoble, para que el descanso y el aire puro de la Saboya francesa le restablecieran completamente. Tomó pensión en lo de un anciano sacerdote que le daba además algunas lecciones de francés. Ambos discutían largamente sobre Anatole France, que el joven acababa de descubrir. En su primera obra, *Crome Yellow*, sentimos la influencia del autor de *La Rotisserie de la Reine Pédauque*, sobre todo en los diálogos.

Restablecido ya, regresó a Inglaterra para ingresar en la Universidad de Oxford, donde pensaba cursar los estudios de Medicina. Fué en esta venerable Universidad donde empezó a conocer verda-



ALDOUS HUXLEY

deramente la Literatura francesa moderna, siendo los Simbolistas los primeros que leyó, empezando por Mallarmé, Baudelaire y Laforgue.

"Laforgue —escribió— es un escritor fundamentalmente adolescente y es un autor de gran importancia para los adolescentes. Es un gran escritor de importancia secundaria. Ha creado un método irónico de un género muy especial y que consiste en la introducción de la ciencia en la literatura, lo que engendra una disonancia, y es esta disonancia la que es irónica. Produce un *humour* delicado, de gran significación".

En Oxford también leyó a Balzac —cuyos *César Birotteau* y *Splendeurs et Misères des Courtisanes* son sus dos libros favoritos—, a Flaubert, del que prefirió *L'Education Sentimentale* y *Bouvard et Pécuchet*. De Huysmans sólo conoció *A Rebours*, que le impresionó sobre manera. Pero la obra francesa que tuvo más influencia en su espíritu fué *Le Rouge et Le Noir*, que leyó varias veces sin agotar su entusiasmo, y si lo pensamos un poco veremos que hay algo de Stendhal en sus novelas, en la intensidad que da a todas sus palabras.

Claro está que si estudiaba la literatura francesa contemporánea no descuidaba la de su patria. Aconsejado y guiado por un excelente profesor, Walter Raleigh, cuyos estudios sobre Shakespeare y Wordsworth son mundialmente conocidos, el joven Huxley adquirió una amplia y sólida cultura literaria.

Al estallar la guerra, Huxley, gracias a su mala vista se salva de la matanza. Deja a Oxford en 1915 para trabajar unos meses en el Ministerio de la Aviación, pasando después a su antiguo colegio de Eton, donde enseña a los chicos.

A mediados de 1918 entró en contacto con el mundo literario de entonces, al colaborar en la revista *Athenaeum*. El primer escritor que conoció personalmente y con el cual trabó una amistad sincera fué Arnold Bennet, autor de *The Old Wives Tale*, y en cuya casa conoció a H. G. Wells. Este se interesó, sobre todo, por los trabajos de Julián Huxley, hermano del novelista y notable biólogo. Hoy, ambos colaboran en la redacción de un libro de biología que, en su esfera, corresponderá a su Historia Universal.

En 1925, cuando sale de Londres para dar la vuelta al mundo, ya es célebre; su *Crome Yellow*, su *Antic Hay*, su *Those Barren*

Leaves le conquistaron el público lector de Gran Bretaña. En su viaje visita la India, donde permanece cinco meses, Birmania, Malasia, Java, el Japón y Estados Unidos. El libro que publicó después de esta rápida visión de la totalidad de la tierra, nos demuestra que partió con las valijas repletas de aquel relativismo superior que tan a menudo hallamos en sus novelas —un relativismo que no excluye las perogrulladas. En sus notas de viaje, en sus anécdotas, en las reflexiones que le sugieren las rarezas de un mundo exótico, nos hallamos frente a un Huxley de baja categoría; todos sus valores sufren una disminución que nos revela concretamente las lagunas de un espíritu quizá demasiado intelectualista. En *La Vuelta al Mundo de un Escéptico* vemos que a menudo su humorismo no es más que una indulgencia, inadmisibles en un espíritu como el suyo, por una ironía demasiado fácil para ser valedera, que su distinción no está siempre muy alejada de lo que podríamos llamar una vulgaridad elegante. Si esta obra es interesante no podemos dejar de notar que carece casi por completo de grandeza, de alcance y de simpatía hacia la humanidad.

Notamos el mismo defecto en las obras escritas en esta época. En ellas asistimos mucho menos a la evolución de una aventura humana que a las reacciones y reflexiones que el espectáculo de esta aventura provoca en su espíritu siempre en acecho, en su espíritu de hombre de ciencia que mira el mundo como un gigantesco experimento. Un personaje, un acontecimiento, una conversación, en el acto pone en marcha a su inteligencia e inmediatamente ésta desea comprenderlo y explicarlo todo. Podemos decir que nada de lo científicamente observable escapa a esta investigación metódica y paciente; lo que le es imposible aprehender es todo aquello que rebasa los límites de la ciencia. Así como un Fabre observaba a los insectos, así Huxley mira a los hombres, sin querer comprender que es justamente todo lo que nos separa de los animales que constituye nuestra grandeza y nuestra miseria.

Esta disciplina le permitía una reconstitución integral de sus personajes. Grace, de *Two or Three Graces* es quizá el retrato más sutil, más exacto y más completo de un alma femenina. Sólo le falta ese no sé qué de cálido, de humano, de simpatía para volverse perfecto.

Nunca le vemos abandonar su ironía, su desprendimiento. Pa-

recería que el interesarse seriamente por sus personajes le pareciese como algo indigno de él, de la extremada distinción de su espíritu de hombre superior. Rechaza toda participación con la humanidad que describe, en todo momento sentimos su desprecio de superhombre, de hombre inteligente, por los que se dejan llevar por sus pasiones. Huxley quiere ser el Fabre de la Humanidad.

A fines del año 1926 se encontraba en Florencia, cuando empezó a concebir y a escribir la obra que le dió fama mundial: *Point Counter Point*. He dicho que *concebíó y escribió* esta novela, porque es de notar que Huxley, y como él muchos escritores anglo-sajones, no espera que se organice en él la obra futura. Su método de composición es el de la célula viviente: sus obras germinan en él, se desarrollan, evolucionan y, paralelamente, van naciendo como una suerte de ectoplasma intelectual. De allí el aparente desorden de sus novelas, de allí su orden, que podríamos calificar de biológico. Y este orden nos extraña a nosotros, latinos, y más aún a los que están acostumbrados a leer las armoniosas y abstractas construcciones novelescas de la literatura francesa.

En 1927 se instala en el Sur de Francia, en una pequeña aldea, Sanary, cerca de Tolón. Allí, entre las rocas caldeadas, los pinos atormentados y la serenidad azul del Mediterráneo, termina su novela que es publicada en 1928 con el éxito que era de suponer para una obra de tanto valor, para una obra condenada por la censura y cuya importación a Irlanda fué prohibida. *Point Counter Point* asentó en el espíritu del público inglés su reputación de escritor inmoral e izquierdista.

Espíritu intelectualista, uno de los más intelectualistas de hoy día, —“inteligente hasta volverse casi humano”, escribió de Philip Quarles, uno de los protagonistas de *Point Counter Point*, el que representa a su yo-novelistas— con esta novela escribió un libro en que las preocupaciones del espíritu son a tal punto exigentes, que nos da uno de los aspectos más exactos y amplios de nuestra época. Pinta un mundo de intelectuales, de allí que todo acontecimiento, toda asociación de ideas evocan un sinnúmero de pensamientos, de sentimientos y de imágenes que están estrechamente ligados a la Historia de todas las civilizaciones, de todas las artes, de todas las ciencias. A cada instante hay digresiones sabias,

espirituales, científicas. Es decir, cuán representativos de la generación de la post-guerra son estos personajes!

El Huxley que aparece a través de este velo de Isis que constituye toda obra de arte para su autor, es el que aun tiene demasiado presente el recuerdo de las civilizaciones y de las ciencias pretéritas para poder considerar los asuntos presentes con ese fanatismo y ese interés personal que impulsan a los individuos hacia la acción. Ha visto demasiado que a pesar de todo lo que hacen los hombres, el orden fundamental de las cosas no cambia mayormente. De allí su escepticismo cínico, aunque comprende, sin embargo, que existen momentos en que la acción supera a la razón; lo que es justo, ya que la razón no es constructiva sino ordenadora. Esto nos explica por que en la Historia de la Civilización, toda época clásica, además de ser muy corta, es separada de la que le sigue inmediatamente por largos siglos.

En los múltiples diálogos de esta obra, Aldous Huxley va perfilando su doctrina y, lo que nos sorprende desde un principio es que se da cabal cuenta del defecto que implica un superintelectualismo, que hasta tiene recelo del intelectualismo: "El hombre debe vivir como un hombre y no como un monstruo de cerebralidad". ¿Qué es un hombre? Huxley nos contesta: "un ser equilibrado, completo, . . . ni un ángel, ni un demonio . . . un ser que camina delicadamente sobre una cuerda floja, con la inteligencia, la conciencia y todo lo espiritual en un extremo del balancín, y el cuerpo y el instinto, y todo lo inconsciente, telúrico y misterioso en el otro extremo". Empieza a comprender que "es menester ser leal con sus instintos", es decir que debemos darnos cuenta que existen hechos que dependen de nuestra estructura íntima y que no nos es posible hacer desaparecer, que debemos adaptar nuestras existencias de acuerdo con estos hechos y no tratar de que éstos transijan con una idea preconcebida que nos hemos forjado sobre la vida.

Con *Point Counter Point* Aldous Huxley empieza a buscar la verdadera verdad, es decir la verdad humana. Y pronto veremos su tentativa de buscarla con todo su ser, con toda la fuerza de su inteligencia y de su instinto, que va a revelarse a medias. Sin embargo, ya comprendió que es más fácil adquirir una cultura sólida que saber vivir.

Aldous Huxley es uno de los pocos escritores actuales que ha comprendido que la cultura es, en la misma medida que el alcohol o la fornicación, un verdadero opio que nos hace olvidar la estupidez de nuestra existencia; que en esta civilización todo no es más que un onanismo intelectual sin fin, que sólo satisface a medias nuestro deseo de vida y de saber y que, como el otro, trae terribles consecuencias degenerativas. Desde entonces proclama, con Alexis Carrel, la necesidad ineludible de sustituir las falsas simplicidades de la abstracción por las complejidades biológicas de la realidad. ¿Cuál es la solución que preconiza? ¿La de hacer tabla rasa? ¿La de echar por la borda todas nuestras máquinas? ¿La de volver a un primitivismo lírico? Nada de eso; Huxley es un realista, comprende que el progreso mecánico, si bien nos esclaviza en cierta forma, también nos libera en otra. No ve pues otra solución que ésta: que los hombres se acostumbren a dividir su existencia en dos; en una parte, la del trabajo, tomarían el sitio de unos intermediarios entre "el imbécil y la máquina de coser"; en la otra, la del ocio, pasarían a ser hombres verdaderos y completos, en que la vida consciente e inconsciente, física y mental, intelectual e instintiva estuvieran armonizadas. Es el ideal helénico.

Es también el ideal de Huxley, es decir que aún no ha logrado esta armonía. Para él, después de *Point Counter Point*, el problema parece ser el de transformar su escepticismo intelectual y desprendido, en este modo de vida total y armoniosa.

La noticia del éxito de esta novela le llegó en su pequeña villa de Sanary, donde vive casi permanentemente después de su vuelta al mundo, alejado de la vida británica, de sus amigos, de su editor y en la única compañía de su señora —de origen belga— y de su hijo —muchachón de quince años. Allí es donde recibió la noticia del fallecimiento de su amigo David Herbert Lawrence, ocurrida en 1930 en la pequeña ciudad de Vence. Habiendo concurrido al funeral, trabó amistad con otro amigo del autor de *Mornings in Mexico*, con Francis Hackett, conocido sobre todo por su magistral *Henry VIII*. En el mismo año, Huxley publicó *Brief Candles*, conjunto de cuatro cuentos largos, género éste en que Huxley, como casi todos los escritores anglo-sajones, descuella. *My uncle Spencer*, *The portrait*, *Little Mexican* sirven de ilus-

tración a la tesis según la cual la ilusión y hasta la mistificación poseen un valor humano verdadero e insustituible.

Su permanencia en el sur de Francia, a orillas del Mare Nostrum, frente al individualismo del paisaje latino, le hacen comprender aún más el error de nuestra civilización y en una carta a Alfred Valette, fundador del *Mercure de France*, decía: "El drama de nuestra Historia, quizá el de más insospechadas consecuencias, reside en que la Civilización haya dejado el Mediterráneo para encontrar su centro en los países del barro y de la neblina". Y en 1933 escribe una crítica del mundo moderno, *Brave New World* en que se yergue contra el maquinismo en nombre del individuo y en que opone su escepticismo aristocrático a las últimas creencias de nuestra época. Rara mezcla de Duhamel, de France y de Swift, de quién volvió a hallar el estilo humorístico. Es de advertir que el humorismo de Aldous Huxley es casi inaccesible al lector latino; es menester acostumbrarse a esta característica del espíritu inglés antes de comprenderlo y saborearlo. *Brave New World* nos ofrece un buen ejemplo de este género cómico que consiste —en este caso— en el empleo constante de las alusiones y de las citas literarias, de la más alta literatura, a propósito de las cosas más triviales y cuando no viene al caso. Es una manera de burlarse del intelectualismo del que sufre nuestro mundo, del que sufre Huxley más que ninguno. En esta época Huxley escribe ya mucho menos para la diversión de su espíritu —como decía por boca de Chelifer, uno de los personajes de *Those Barren Leaves*— que para expresar su sentir sobre cada uno de los problemas que agobian nuestras mentes. Ya no cree que un artista pueda permanecer en su torre de marfil; comprende que debe escribir para decir algo sobre el mundo, para instruir al lector, para darle una idea del peligro que le acecha y de los métodos que es menester emplear para que desaparezca. Sintiendo atraído hacia el pueblo piensa que nos hemos equivocado cuando creímos que bastaba con elevar una *élite* para que la masa se elevara. Según Huxley debemos empezar por la masa, sin preocuparnos por la *élite*, ya que ésta nacerá de por sí y como una consecuencia lógica. Es de advertir que no cree que la política pueda liberar a las masas: "Solo la ciencia puede hacerlo".

En 1933, sin embargo, declaraba al repórter de *The New English Weekly*, de Londres, que "no se interesaba por la gente sino por la psiquis" y que "no creía que los artistas pudiesen arreglar algo mezclándose en los problemas económicos y políticos"; ¿quiso expresar con esto, que decía de los artistas lo que Hamlet a Ofelia:

Get thee to a nunnery?

No lo creo, ya que en el Congreso Internacional de Escritores de Junio de 1935, hizo estas declaraciones un poco inquietantes:

"La influencia de los escritores en el dominio del pensamiento, del sentimiento y de la conducta individual es más importante que su influencia en el dominio de la política. El papel que representan los libros de imaginación es enorme si se les considera como proveedores de modelos a imitar y como instrumentos destinados a volver aceptables estos modelos imaginarios. En general los lectores escogen los papeles que les es más fácil imitar. Debemos pues ofrecerles tipos que se acerquen lo más posible a nuestros ideales. Mi opinión personal [sobre este tema] es que en la propaganda totalitaria, el factor decisivo no lo constituirá lo que estará explícitamente expresado, sino lo que lo será implícitamente. La opinión pública es menos afectada por los discursos, los artículos y los libros de los propagandistas oficiales que por una obra de imaginación."

Lo que antecede nos hace comprender el porqué del acento nuevo que hallamos en *Con los Esclavos en la Noria* (*Eyeless in Gaza*) (1). Hoy Aldous Huxley comprendió que un novelista debe vivir la vida que da a sus personajes, sufrir lo que sufren. Se acordó de Jacobsen llorando al leer a sus amigos la carta de despedida de la señora de Fonss, pensó en Alejandro Dumas que un amigo encontró sollozando y a cuyas preguntas contestó: "¡Acabo de matar a Porthos!" Comprendió, pues, que el don supremo del novelista es el de la simpatía, en su significado etimológico.

Es de advertir que hasta ahora ninguna de sus especulaciones le habían puesto en contacto con el hombre. Podemos buscarlo a través de las seiscientas páginas de *Point Counter Point* sin ha-

(1) Editorial "Sur".

llarlo. Si siempre le ha sido fácil colocarse en el lugar ajeno, sólo podía hacerlo teóricamente, con la sola ayuda de su inteligencia. Su poder de asimilación era sólo cerebral; su John Bidlake es maravilloso, el análisis psicológico de su carácter verdaderamente admirable, pero le falta todo lo matizado, todo lo contradictorio que encontrarnos ya en cierta medida en los personajes de su última novela, todo aquello que convierte a un ingenioso autómatas en un ser viviente de carne y hueso.

Con los Esclavos en la Noria es una novela de ideas. Huxley nos dice en *Point Counter Point* lo que entiende por "novela de ideas":

"Se inicia un tema y se le desarrolla luego . . . En grupos de variaciones el proceso es llevado un paso más adelante . . . ¿Cómo puede concretarse esto en una novela? Las transiciones son asaz fáciles. Todo lo que se necesita es una suficiencia de caracteres y tramas paralelas de contrapunto. Mientras James asesina a su esposa, Smith empuja un cochecillo de niño por el parque. Varias personas se enamoran o mueren o ruegan en diferentes maneras, disimilares, que resuelven el mismo problema. . . El principal defecto de la novela de ideas es que debe escribirse acerca de gentes que tienen ideas que expresar, lo cual excluye a toda la raza humana, salvo quizás un 0,01 por ciento . . . El gran defecto de la novela de ideas es que se trata de un asunto forjado, artificial. Necesariamente, porque las personas que pueden desenvolver nociones limpiamente formuladas no son del todo reales; son levemente monstruosas. Vivir con monstruos se hace algo cansador a la larga".

Esta novela se lee con excesiva rapidez, a pesar de las quinientas y seis páginas de la traducción de Julio Irazusta. Cuando lo cerramos lo único que lamentamos es haber terminado tan pronto. Como *Point Counter Point*, *Con los Esclavos en la Noria* es un mundo concentrado; si en la primera novela Huxley hacía un corte horizontal dentro de cierta sociedad inglesa y describía lo que observaba, en la segunda hace un corte vertical; si en la primera se interesaba por un conjunto de seres humanos, en la segunda, aunque la pintura sea totalitaria, insiste sobre todo en la del personaje central, Anthony Beavis.

Este método novelesco obedece a su deseo de retratar la realidad, de hacer una pintura lo más objetiva posible, lo que implica la necesidad de mirar la realidad con los ojos de una multiplicidad de seres distintos, cuyas reacciones difieren las unas de las otras. Logra de esta manera un resultado raro y paradójico, pero no más raro y paradójico que la realidad misma. El mundo que nos rodea nos parece sencillo porque hemos reemplazado la visión directa del universo por la de unos símbolos abstractos que consideran cada uno sólo una particularidad bien definida, bien aislada de las demás, sólo una de las múltiples cualidades entrelazadas de cada partícula del universo. Pero si queremos ir más allá de la ciencia y de la filosofía, si queremos captar al mundo en su totalidad frondosa, comprenderlo en su multiplicidad y unidad, bien pronto nos damos cuenta de lo raro y paradójico de todo lo que nos rodea, y hasta de nuestro propio yo. ¿Hemos pensado acaso en el conjunto y en la acumulación de circunstancias que tuvieron que combinarse, podríamos decir milagrosamente, para que cada uno de nosotros viva en este año 1937? Nadie podría calcular el sinnúmero de casualidades que supone un ser viviente.

¿Pero, ¿hacemos bien en emplear la palabra "casualidad"? Huxley piensa todo lo contrario: "Nada sucede jamás al azar. Uno toma la tarjeta que el conjurado le impone, la tarjeta que uno mismo ha hecho inevitable que el otro le impusiera. Es cuestión de causa y efecto". (Traducción de Julio Irazusta). Y *Con los Esclavos en la Noria* es una novela que trata justamente este problema, el de la libertad. Anthony Beavis, el personaje central, el que da unidad a los cuatro relatos paralelos y cronológicos de esta novela, es el hombre que busca la libertad, que desea conquistarla y poseerla sin temores. ¿Acaso tiene razón Anthony? Notemos de inmediato que es un digno representante de la intelectualidad civilizada, es decir que vive más en el mundo de las abstracciones que en el de la realidad. Buscará la libertad por el camino de la inteligencia, por el de la literatura. Esta "implica que los seres humanos son gobernados, si no por la razón, al menos por sentimientos comprensibles, bien organizados, confesables. Cuando en realidad los hechos dicen otra cosa". De allí que Huxley haya querido exponer todo lo que sabía acerca de este problema, y acerca de un problema mucho más amplio, pero que está íntimamente unido al

primero: el del destino del hombre. Fiel a la declaración hecha en el Congreso Internacional de Escritores, no va a escribir un tratado especializado, pero lo va a tratar en una forma que le permitirá traer los hechos ante la totalidad del espíritu, y no sólo ante el intelecto puro.

Desde un principio vemos a Anthony Beavis que, habiendo encontrado un paquete de fotografías sacadas durante sus treinta y cinco años de vida, piensa que estos años "de vida consciente se presentaban a su conocimiento como un caos, un mazo de instantáneas en manos de un demente"; su vida se compone de "partículas de ideas, deseos y sentimientos moviéndose al azar entre partículas de tiempo, entrando en contactos casuales y separándose de modo igualmente casual".

Durante más de quinientas páginas veremos desfilar ante nuestros ojos todos los acontecimientos importantes de la vida de este personaje; también vemos a los hechos salientes de las biografías de los seres que le rodearon y cuyas existencias están íntimamente entrelazadas con la suya, y cuyas particularidades han provocado en él otras particularidades que a su vez dieron nacimiento a otras en la conciencia y en la vida de los primeros. Huxley ha logrado pintar la interacción de los seres y de las cosas sin restarle claridad al relato.

Estas interacciones físicas y psicológicas introducen la idea de la fatalidad: "Hay que vivir por lo menos diez mil días, antes de empezar a comprender que el número de ellos no es infinito y que con ellos no se puede hacer absolutamente lo que uno quiera. Yo he estado aquí más de trece mil días, y el término es visible, las ilimitadas posibilidades se han reducido mucho. Hay que cortar de acuerdo al paño que se tiene; y éste no es solamente exiguo; también de cierta calidad, y en general de calidad muy pobre." "La esclavitud primera es la de ser esclavos del estómago vacío y la impropicia razón. En una palabra, esclavos de la naturaleza. Escápase de la naturaleza por la organización social y la invención técnica. Abolida la esclavitud respecto de la naturaleza, al instante surge otra forma de esclavitud. Esclavos de las instituciones, Instituciones religiosas, legales, militares, económicas, educacionales, artísticas y científicas". Y que no se diga que esta esclavitud es sólo verdadera en lo que respecta a la persona exterior, porque Hux-

ley, por la boca del doctor Miller —quizá el carácter más humano de su obra, o mejor dicho aún, el primero que sea completamente y verdaderamente humano—, nos dice: “¿Cómo pueden esperar ustedes pensar en nada sino de modo negativo, teniendo un envenenamiento intestinal crónico?” y agrega en una de esas generalizaciones histórico-filosóficas a las cuales ya nosotros, los lectores nos acostumbramos: “Observe la correlación entre la religión y la dietética. Los cristianos comen carne, beben alcohol, fuman tabaco; y el cristianismo exalta la personalidad, insiste en el valor de la plegaria pedigüeña, enseña que Dios siente cólera y aprueba la persecución de los herejes. Lo mismo pasa con los judíos y los musulmanes. Kasher y el colérico Jehová. Vaca y carnero . . . y supervivencia personal entre las huríes. Alá vengativo y guerras sagradas. Ahora, observe a los budistas. Legumbres y agua. ¿Y cuál es su filosofía? No exaltan la personalidad; no tratan de trascenderla. No imaginan que Dios pueda estar colérico; cuando no son ilustrados, creen que es compasivo; y cuando lo son, creen que no existe . . . Resultado, claro está, de que pensamos según comemos!”

La historia de Anthony Beavis es la de muchos que también como él salieron a la busca de un ideal, es quizá la de Huxley. Desde joven quiere preservar su libertad de hacer tal o cual cosa, de ser tal o cual persona; para ello se aísla, se protege por medio de una ironía demoledora, de un escepticismo que ataca todo lo que pudiera limitar su libertad, la religión, los idealismos, lo irracional, la ciencia . . . A sí mismo se dió como pretexto que debía ser libre en bien de su trabajo intelectual, de su personalidad. Bien pronto vió que una personalidad era aun una cárcel; quiso pues liberarse de su yo; a fin de liberarse de la responsabilidad y de la obligación de ser consecuente consigo mismo, quiso convertirse en una sucesión de estos incondicionados, indefinidos, sin pasado, sin futuro, en perpetuo devenir.

Pero pronto también llegó a comprender que el trabajo intelectual no era más que una “muerte sin lágrimas” y que la irresponsabilidad no podía existir frente al sufrimiento de los demás. El suicidio del amigo que traicionó le demuestra de una manera sensible que el dolor de los demás no sólo es algo observable, sino genuino. “La muerte —dice Mark Staites, uno de los amigos de

Anthony— es una de las pocas cosas que no hemos logrado vulgarizar completamente. No por falta de voluntad para hacerlo, claro está. Somos como perros en la Acrópolis. Trotamos de un lado a otro con inagotables vejigas y únicamente ansiosos de levantar una pata contra cada estatua. Y en la mayoría de los casos lo hacemos. Arte, religión, heroísmo, amor, hemos dejado nuestras tarjetas de visita en todas ellas. Pero la muerte, la muerte queda fuera de nuestro alcance. No hemos sido capaces de profanar *esa* estatua”. El héroe de esta novela, para conquistar su libertad, para hallarse fuera del alcance de la mano del destino se construyó lo que él mismo llama “una madriguera”; pero, poco a poco va comprendiendo que “aun en la más profunda madriguera sensual, en el más abrigado de los ultra mundos intelectuales, el destino podría alcanzarlo a uno”; que si el Arte lo eleva por encima de las contingencias, bien pronto debe descender de esas alturas, y entonces la realidad se vuelve aún más amarga. Sigue entonces a Nietzsche y quiere ir más allá de sí mismo; parte a México en una descabellada aventura para ver si “fuera [de la madriguera] se puede aprender a defenderse de las contingencias que le amenazan”. Es en México, gracias a la influencia de un doctor —Miller— que comprende que su búsqueda afanosa de libertad finaliza en algo completamente insospechado. Viendo a su compañero de aventuras, Mark Staithes, bajo los efectos del clorofórmico, comprende que la esencia del espíritu es lo que uno demuestra ser durante el sueño: “inocencia y paz” y agrega: “Serenos y en paz, inocente de todo anhelo, de toda malicia, de toda ambición era el rostro de uno que se ha libertado, de uno para quien ya no hay más grillos ni cadenas, ni sepulcros bajo una losa, y que no es ensuciado por el muérdago. El rostro de alguien que se ha libertado . . . Pero de hecho, de hecho la libertad le había sido impuesta por este vapor maloliente. ¿Le sería a uno posible ser su propio libertador?” Esta es la pregunta que demuestra a Anthony la inanidad de su esfuerzo, y entonces en una brusca iluminación interior ve que ser libre es “comprender a los hombres y ayudarlos”, es ser bueno. ¡Qué difícil es serlo! No tanto, contesta Huxley: “la meditación sobre la bondad, la comunicación con la bondad, la contemplación de la bondad está demostrado que son medios eficaces de realizar la bondad en la vida”

y "si se tiene bastante amor y bondad se puede estar seguro de evocar cierto grado de amor y bondad, en respuesta, en casi todos los que entran en contacto con uno... "De allí que cuando la novela deja a Anthony Beavis, éste, aplicando en la práctica su descubrimiento, se ha convertido en un pacifista activo que comprende que "la paz es la libertad obtenida. Libertad y a la vez verdad. La verdad de la unidad [humana] actualmente experimentada".

La evolución del personaje central de *Con los Esclavos en la Noria* es paralela a la evolución del autor de esta novela. Partiendo de la inteligencia pura y viviendo únicamente para ella, se dió cuenta un día que "millones de hombres, mujeres y niños tenían frío y hambre, trabajaban demás, eran tratados como si no fueran seres humanos, sino meras bestias de carga, palancas y dientes de engranajes"; que "millones de seres eran obligados a vivir en el miedo, la desdicha y la desesperación crónicos, apaleados, enloquecidos con mentiras e intimidados con amenazas y golpes, arreados a un lado y a otro como insensibles animales por la calle de tropas, camino del matadero definitivo"; se fué acercando, pues, más y más a esa humanidad que sufría. Desde el punto de vista político, Huxley se coloca por encima de las patrias y de los partidos y de las creencias religiosas u otras. Mira a los acontecimientos desde un punto de vista humano, moral y justo, y por lo mismo, para él, nada puede compararse con la paz: de allí que aconseja que se haga todo, absolutamente todo para conservarla.

En esta novela el escritor ha logrado un triunfo más y más merecido aún. En *Con los Esclavos en la Noria* pinta los sentimientos humanos con una verdad, una exactitud y con lo que podríamos llamar una "relatividad" admirables y casi perfectas. Su psicología se afinó aún, se volvió de una delicadeza más exquisita, de tal suerte que desarma a sus personajes como a un reloj, mostrándonos todos sus engranajes internos que —para maravilla nuestra— son semejantes a los nuestros o a los de un conocido, de un amigo, de un familiar, pero que también difieren de los nuestros por algún no se qué que los individualiza. Sin embargo, y con la excepción de Miller, sus personajes, después de cerrado el libro, no viven en nosotros. Huxley aun no ha logrado dar vida verdadera a los héroes de sus novelas. Haciendo esta salvedad, no debemos

olvidar que si debemos apreciar a Huxley por su lirismo telúrico y por su "humour", también debemos hacerlo por sus extraordinarias cualidades de observador.

También debemos advertir que, a menudo, lo que a primera vista constituye una tesis audaz y novedosa, no es más que una opinión brillante y más o menos capciosa, pero debemos reconocer que a menudo también raspa la costra de banalidad que depositan sobre todo gesto y todo pensamiento nuestras costumbres y nuestros hábitos mentales. La originalidad máxima de Huxley es, por encima de todo, el habernos demostrado, o mejor dicho, recordado que en nuestro mundo todo está irremediabilmente unido a un sinnúmero de otros, de todos; que "tout se tient", como dicen los franceses.

En esta novela, como en *Point Counter Point*, reconocemos las influencias de James Joyce, de Marcel Proust y del Gide de *Les Faux-Monnayeurs*. Sin embargo, en ésta son mucho menos visibles que en las otras; poco a poco Aldous Huxley va conquistando su acento propio. Otra influencia, quizá menos visible a primera vista, es la del cinematógrafo, sobre todo en la sucesión de capítulos en que personajes distintos actúan en lugares y épocas diferentes, sin transición, sin preparación alguna.

Esta obra nos demuestra, claramente, que Aldous Huxley puede llegar a ser un escritor que pertenecerá a la pléyade de los mejores novelistas británicos de hoy día.

ARIEL MAUDET.

LIBROS Y AUTORES

Divulgación en el extranjero de nuestros escritores

LE PAYSAGE ET L'ÂME ARGENTINS. Commission Argentine de Coopération intellectuelle. Buenos Aires, 1938. — IL LIBRO DELLA PAMPA. Scelta tradotta e presentata da Gherardo Marone. 2 vols. Carabba, editore. Lanciano, 1937.

LA Comisión Argentina de Cooperación Intelectual, que funciona bajo el patrocinio del gobierno de la Nación, ha empezado a dar muestras de una actividad que se anuncia seria y fecunda. No podía ser menos, presidiéndola el Dr. Carlos Ibarguren, presidente también de la Academia Argentina de Letras, hombre con quien siempre se puede contar para dirigir y fomentar empresas espirituales, y teniendo por secretario a Antonio Aita, laborioso, culto, bien inspirado animador de estas empresas. El Congreso Internacional de los P. E. N. Club, celebrado en Buenos Aires en 1936, que debe registrarse en los fastos de nuestra cultura, así como las publicaciones que lo documentan, obra son de ellos principalmente, esto es indudable (1).

Acabamos de recibir, editado por dicha Comisión, un hermoso volumen en francés titulado *Le paysage et l'âme argentins*, que es una antología destinada al extranjero, de nuestros mejores prosistas de los siglos XIX y XX, que han reflejado en sus obras la tierra argentina, sus tipos y aspectos característicos. La forman nada más que descripciones, relatos y leyendas, con prescindencia de los estudios de carácter histórico y sociológico, y así concebida, que es lo que convenía para hacerla un libro ameno e interesante, puede asegurarse que en ella no falta ningún escritor representativo y ninguna nota esencial. La elección ha estado a cargo de Carlos Ibarguren, Antonio Aita y Pedro Juan Vignale, con quienes sería pueril discutir sobre si omitieron algún nombre, porque cualquiera que se sugiriese fuera de los incluidos —ya se sabe como abundan los descriptores y narradores de las cosas del terruño—, o no sería de primera fila o por lo menos imprescindible.

(1) A Antonio Aita también se debe la realización del *Entretien* de Buenos Aires del Instituto Internacional de Cooperación Intelectual, ya publicado en francés, y en estos días en castellano por la Comisión Argentina de Cooperación Intelectual. He de ocuparme largamente de esta interesantísima *Conversación* en el próximo número.

Son veintiséis los autores elegidos: Sarmiento, Mansilla, Zeballos, Lucio López, Hudson, Carlos O. Bunge, Lugones, Groussac, *Fray Mocho*, Martiniano Leguizamón, Horacio Quiroga, Gerchunoff, Rojas, Payró, Güiraldes, Lynch, Justo P. Sáenz (hijo), Dávalos, Mateo Booz, Ibaguren, Capdevila, Joaquín V. González, Juan Pablo Echagüe, Carlos B. Quiroga, Gálvez y *Hugo Faust*, todos ellos representados por amplios extractos de sus libros, preferentemente por narraciones y descripciones que forman un todo completo.

Sin vacilaciones puede asentirse a las palabras con que concluye la sobria y justa introducción escrita para el libro por Carlos Ibaguren, que reproducimos vuelta al castellano:

“Las páginas de este libro son pues un reflejo simple y fuerte de nuestra tierra argentina. Exhalan un perfume místico, un sabor silvestre. No responden a los preceptos convencionales de tal o cual escuela literaria; no hay en ellas falso relumbrón retórico, sensiblería romántica, preciosidades literarias, refinamientos intelectuales, sutilezas psicológicas, sensualidades voluptuosas, ensueños líricos. Son realistas y expresan con sobria fidelidad el paisaje auténtico de un país y la verdadera alma de un pueblo”.

El traductor ha sido Arturo Orzábal Quintana — menos del capítulo 1º del *Facundo*, que pertenece a la versión de Marcel Bataillon; de *Los fugitivos* de Quiroga, traducido por Francis de Miomandre, y de *El niño alcalde* de González, perteneciente a la traducción de *Mis Montañas*, hecha por Marcel Carayon—, y ello basta para certificar la fidelidad y elegancia del texto francés. Completa la Antología una sumaria y precisa noticia bibliográfica.

*

Un propósito semejante, hacer conocer la Argentina a través de sus prosistas y poetas, ha llevado al escritor y profesor italiano Gherardo Marone —nacido en esta tierra, la cual visitó, ya prestigioso, pocos años atrás— a componer en dos preciosos volúmenes una antología titulada *Il libro della pampa*. A decir verdad, no es tal, porque la pampa es una cosa y la literatura argentina, algo diferente, que si a veces refleja aquélla, muchas otras le es extraña, cuando no le vuelve las espaldas. Y en este libro no son pocas las páginas traducidas, que así como fueron escritas en Buenos Aires, pudieron serlo en París o en Budapest. Nos da la razón un joven poeta incluido en la Antología, cuyo nombre no se da, de quien el compilador cita una carta que entre otras afirmaciones parecidas, contiene las siguientes: “Los escritores jóvenes y de vanguardia, a cuyo grupo pertenezco, no sentimos absolutamente la Pampa. El gaucho, el caballo, el mate y todas esas mentiras de exportación no suscitan en nosotros ninguna simpatía. Somos escritores y poetas de tipo europeo, de cultura eminentemente francesa y después de ella, universal... Escribimos sobre tipos y pasiones de la ciudad...”

Aceptado, pues, el título, como una concesión al lector europeo, el cual debe vernos forzosamente sobre el fondo de la pampa, esta Antología de Marone viene a ser una selección y traducción de prosistas y poetas argentinos contemporáneos, hasta de algunos recién llegados, cerrada por unas páginas de *Facundo* y la *Oda a Mitre* de Darío. El criterio con que ha sido ordenada no es ni el cronológico, ni el jerárquico, ni el alfabético; es enteramente personal, explicado por el compilador en la Introducción. En primer término, dice, vienen "la naturaleza, el ambiente, los animales"; luego, "los hombres", para llegar por fin a "los arquetipos" y a "los héroes". Las poesías intercaladas entre las páginas narrativas constituyen "como el coro y el comentario que junta y ata los varios momentos de la narración, da unidad espiritual al libro y hace de él una obra concorde como una única novela original". En realidad se trata de una selección puramente subjetiva, sobre todo con respecto a los versos. Simpática por las voces que reúne, traducidas con celosa diligencia (las poesías en versiones literales antes que métricas); y útil, porque es un libro más, autorizado, destinado a hacer conocer nuestras letras en el extranjero. El autor lo reputa "la primera Antología orgánica de la poesía argentina que se publica en Italia y también en Europa". En esto se equivoca, porque, la *Antología della poesia argentina moderna* de Folco Testena (Milano, "Alpes"), además de ser más completa, porque traduce en buenos versos todos los poetas contenidos en la *Antología* de Noé y algunos más, es de 1927.

Subjetiva es asimismo la Introducción, cuyas observaciones sobre algunos aspectos de nuestra cultura y sus hombres representativos, con ser muy interesantes, adolecen de las naturales limitaciones y deformaciones de visión propias de quien, puede decirse que de paso por su país de nacimiento, debió necesariamente informarse en los círculos que frecuentaba, generalmente universitarios.

Las noticias biográficas y bibliográficas han sido tomadas, en tratándose de poetas, de la *Antología de la poesía argentina moderna* de Julio Noé, (edición de 1931). Otras son incompletas. Hemos advertido en ellas algunos errores y erratas, los más de escasa importancia (1).

En una y otra antología, NOSOTROS, sus números extraordinarios y sus juicios son repetidamente citados, lo que nos enorgullece legítimamente, pues ello significa que la contribución de esta revista a la elaboración de una historia crítica de la literatura argentina, ha sido efectiva. A Gherardo Marone debémosle además palabras de alto elogio, que por venir de tan brillante escritor, nos honran.

R. F. G.

(1) Indicamos al autor para una 2ª edición los siguientes: *La jofaina maravillosa* de Gerchunoff no es *Il presagio mirabile*, sino *Il bacile meraviglioso*. Payró falleció en 1928 y no en el 31. ¿Por qué traducir *El casamiento de Laucha*, "lo sposalizio di Laucia", y no, por ej., *Lo sposalizio di Topolino*? Larreta nació en 1875.

INTRODUCCIÓN AL DERECHO, por *Enrique R. Aftalión* y *Fernando García Olano*; 544 págs., 3ª edición, Buenos Aires, 1937.

ESTE noble libro combina sabiamente el valor científico con la intención didáctica. Y ésta no es, ciertamente, una de las menores dificultades que han tenido que vencer los autores para dar remate a su tarea. Pues éste es un libro que, a través de grandes modificaciones de extensión y contenido, llega ahora a su tercera edición, lo que quiere decir que está ligado a las necesidades universitarias de nuestro medio y que responde satisfactoriamente a ellas, creciendo y evolucionando con ellas en esa ideal compenetración del medio al fin que es la virtud de todo instrumento didáctico.

Porque, efectivamente, es dentro de la perspectiva universitaria argentina donde hay que juzgarlo y donde cobra su realce total. Juan Agustín García solía decir que la más importante cátedra en las escuelas de abogacía, es la de Introducción al Derecho; y se explica: es la cátedra donde la vocación se incita y donde se siembran las sugerencias. Pero esta doble misión sólo se puede cumplir debidamente dentro de una rigurosa disciplina científica que tenga una conciencia de su carácter fundamental; la cátedra, administrada sin vuelo científico, con flojeza de conceptos e imprecisión de problemas, sólo sirve para que el alumno vea en el Derecho una dialéctica verbalista sin más utilidad que la del instrumento curial para el procurador avezado que defiende por igual el pro o el contra de los intereses ajenos. Y contra esta falsa posición es que han tenido y tienen que luchar los catedráticos de la asignatura, pues es un prejuicio dominante, incluso en nuestros claustros, que la Introducción al Derecho no es una materia de estudios superiores, sino un paso de transición, colocado a modo de almohadilla, entre el colegio nacional y la Universidad... sin advertir que es la disciplina científica por excelencia en la carrera, aquélla donde deben de quedar fijados todos los conceptos jurídicos fundamentales que manejan las ciencias jurídicas particulares y donde se debe de operar la demarcación entre el Derecho y otras disciplinas, sin lo cual el raciocinio cae en confusión científica.

Cuánta será, entonces, la satisfacción de los catedráticos con la aparición de este libro de tan calificado esmero científico, donde los conceptos se perfilan con claridad; donde el estilo es simple y sobrio; donde los problemas no son pasados por alto ni las dificultades mañosamente ocultadas; donde la orientación sigue casi siempre el paso de la doctrina más relevante, dócil de comprensión para la voz de los grandes tratadistas de la historia jurídica; donde la crítica a las concepciones hasta hace poco dominantes entre nosotros, refleja bien la obra de los maestros de la presente edad de oro de la filosofía jurídica y donde las referencias fieles, las citas abundosas y las notas eruditas permiten al alumno, no sólo apreciar la novedad y la importancia magna del

pensamiento jurídico contemporáneo, sino también adentrarse en él por propio esfuerzo, siguiendo las indicaciones bibliográficas suministradas. Sin duda todas estas excelencias hacen del libro un instrumento de lo más eficiente para esta cátedra, tan preñada de dificultades, ya por la naturaleza de la asignatura, ya precisamente por la falta de un buen instrumento que sea el colaborador docente del profesor.

Los que han estudiado la *Introducción al Derecho* con un poco de amor al conocimiento, saben qué clase de dificultad es esta última. Y más la sabe todavía el catedrático que anhela impulsar su enseñanza con dignidad y hondura, pero que conoce cuán poco lo puede seguir el alumno que no tiene cómo percibir el esqueleto de aquello que, como fragmentos vivos, le ofrece de clase en clase, la sabia palabra magistral.

Es que este libro, sobre este punto, arroja involuntariamente a la comparación, como hace el viajero en el oasis cuando contempla las arenas del contorno. Y, por cierto, no solamente a la comparación con tanta obra detestable que, bajo la cobija de "apuntes", anda por ahí perjudicando prolíficamente la enseñanza, sino también a la comparación con los manuales clásicos que nos han llegado desde el Viejo Mundo. Desde el primer punto de vista, el libro es casi único entre nosotros; hay que remontarse hasta la obra de Bunge para encontrar, en nuestro medio, un instrumento docente que juegue con la misma jerarquía intelectual que aquél jugaba en la enseñanza de aquella hora. Y desde el segundo punto de vista puede trazarse el paralelo con las brillantes *Lecciones* de Del Vecchio y la admirable *Introducción al Derecho* de Radbruch. El libro de Aftalión y García Olano resiste cómodamente la comparación. Se trata, es cierto, de tres concepciones diferentes de la asignatura: En Del Vecchio —y tal es su propósito— resulta exclusivo el afán de destacar los elementos filosóficos del Derecho, si bien es verdad que, sobre estos perfiles, la traducción castellana cuenta con las extensas "Adiciones" de Recaséns Siches que colman más de una laguna proveniente de aquella posición unilateral. En Radbruch la asignatura está concebida como enciclopedia jurídica, después del capítulo inicial que emerge plenamente de una magnífica problemática filosófica. En cambio la orientación de las cátedras argentinas ha sido mantener en fusión —y a veces en confusión— los elementos filosóficos y los científicos del Derecho.

De esto resulta que el libro que comentamos tiene una temática más amplia; sus horizontes son más dilatados, el círculo de sus sugerencias más vasto, la visión que ofrece al alumno más rica en motivos de iniciación y más completa como panorama de lo que la Universidad le enseñará. Pero en cambio también de allí resulta, que él no podía tener la unidad de concepción y de desarrollo que cualesquiera de los otros dos; no hay en él el germen de una idea única que se despliega como una semilla, ni es, por lo tanto, siempre una sistemá-

tica que permita enfocar y resolver los problemas particulares con la misma pulcritud con que fueron abordados los problemas generales. Y esto, para el alumno que medite seriamente, puede llegar a ser causa de perturbación y aun de desorientación intelectuales; así, resulta difícil intercambiar la terminología de Kelsen con la de Donati y es imposible conciliar los puntos de vista sistemáticos del primero, que inspiran tantas páginas del libro, con los del segundo, que aparecen fundamentando ciertos temas particulares; por ejemplo, en el capítulo sobre Derecho Administrativo —quizá el único del libro donde se aloja la reciedumbre de su textura— se contrapone, con Donati, la *eficacia material* a la *eficacia formal*, sin advertir que esta última es una noción huera; que la mayor eficacia formal es sólo una *validez superior*, pero que nada tiene que hacer con la eficacia de una disposición administrativa.

Pero a esta altura debemos de advertir que la responsabilidad por esta clase de observaciones, recae sobre los autores en muy contados casos; y que, como una consecuencia de la conocida antinomia entre razón e historia, allí donde se nubla la visión teórica por esta grajea de planteos superados, de terminología desconexa y de orientaciones divergentes, allí han sabido encontrar los autores motivo para dar a su obra un mérito nuevo en función de nuestro medio docente. Porque el libro tiene la conciencia de su misión didáctica y, en tal sentido, corre paralelo a la cátedra. Pero la formación del contenido de una cátedra, cuando tiene vida propia, es un largo proceso de estratificación y sedimentación, donde la teoría pura sufre una natural deformación por parte del pensamiento local, como el producto de las diversas influencias intelectuales que han gravitado en la Argentina con una ecuación distinta que en otros medios universitarios del mundo. Así, en la enseñanza de la Introducción al Derecho sobreviven ciertas concepciones jurídicas ya superadas, que en su hora fueron dominantes en las universidades argentinas. Y por esta razón, un libro que se define por su intención didáctica, tiene necesariamente que reflejar este lastre, tomando en ello motivo de ameritarse como instrumento docente si, tal cual hacen Aftalión y García Olano, no se escatima una moderada crítica a estos residuos conceptuales, demostrando los autores, de esta manera, que a ellos no se les ha escapado lo que hay allí de superabundante y, a veces, de superfetación; así como también de que ellos han tomado el pulso, con verdadero cariño de estudiosos, al ritmo evolutivo de esta bella asignatura, en el constante abandono de temas perimidos y en la perenne incorporación de nuevos puntos de vista, en que consiste, de verdad, la historia de la enseñanza y la historia del espíritu.

Es que el libro es, en cierta medida, el producto de la cátedra. Así se definió en su primera edición, al aparecer como apuntes compilados por dos estudiantes sobresalientes. Más tarde, en la segunda

edición, cuando ya cobró autonomía frente a la palabra docente, colaboraba con ésta, inmerso en la obra de Carlos Octavio Bunge, que es la fuente histórica del espíritu de la asignatura todavía dominante en la mayoría de nuestras universidades. Pero la concepción filosófico-jurídica donde arraiga el pensamiento de este maestro, hace años que ha hecho crisis en sus fundamentos mismos; y así lo han sentido catedráticos tan conspicuos, como los doctores Levene y Orgaz, entre otros, a juzgar por los esfuerzos, quizás tímidos, pero no por eso menos visibles, con que tratan de elevar la enseñanza de la asignatura al nivel que imponen las investigaciones de los maestros contemporáneos.

Esta tercera edición del libro de Aftalión y García Olano se hace cargo ampliamente de esta situación: la superación de Bunge es completa y definitiva; la crítica al positivismo y al materialismo jurídicos está hecha en forma eficiente y con buen gusto; lo que pertenece al porvenir, está más que aludido, está decididamente abrazado. En este sentido el libro es un franco avance sobre la cátedra, en sus diversas exposiciones argentinas; avance en la misma dirección aludida a veces tímidamente por la cátedra, pero que deja muy atrás el estado oficialmente alcanzado por la cuestión y que en más de un punto fundamental incorpora orientaciones hasta ahora inéditas, o poco menos, entre nosotros. El libro pone ahora el pie tan firmemente en terreno nuevo, que no dudamos ha de marcar una etapa en la historia de la enseñanza de la Introducción al Derecho en la Argentina, no bien sea estimado como instrumento docente en todo lo que vale. No se crea por esto que el libro se ha lanzado a concepciones jurídicas de un porvenir muy distante y, por eso mismo, inciertas; al contrario; en este sentido el libro peca por conservador; así, por ejemplo, no trae ninguna referencia a la labor de la fenomenología en el ámbito del Derecho; así también, aunque la labor verdaderamente titánica de Kelsen se refleja bien en sus páginas, no se puede decir que este maestro constituya la espina dorsal de la exposición ni mucho menos. El nombre por donde pasa el meridiano, es, sin duda, Del Vecchio; pero con amplios horizontes se toma toda la perspectiva que va de Stammler a Kelsen; el primero como el punto donde hay un arranque definitivo para todo estudio jurídico serio, y el segundo señalado en su destino de reformar la doctrina, a la espera de que la evolución de la enseñanza permita hacerlo eje de futuras ediciones.

Libro nacido de la cátedra, compenetrado profundamente con su espíritu, llevando en sí los méritos y los defectos con que ésta se ha configurado, se presenta ahora con valores de orientación que acentúan, a veces, gérmenes latentes de la enseñanza oral, y, otras, aportan concepciones rotundamente nuevas del pensamiento universal, donde tampoco faltan investigaciones personales de los autores, expuestas con modestia y gran reposo intelectual. En buena hora, pues, saludamos a

este libro destinado a coadyuvar en alto estilo con la labor de los catedráticos que sientan auténticamente la responsabilidad de su tarea; y que en buena ley ratifica para sus jóvenes autores la consagración de estudiosos con que hace poco los ha honrado el Instituto Internacional de Filosofía del Derecho y de Sociología jurídica, al designarlos miembros titulares del mismo.

CARLOS COSSIO.

INTERLUNIO, por *Oliverio Girondo*. "Sur". Buenos Aires, 1937.

EL Rimbaud de *Illuminations* y de una *Saison en enfer* sigue influyendo por mil caminos sobre la generación postsimbolista con su atrevida mezcla de fantasía y realismo, de horror e idealidad. Está en la corriente el libro de apenas unas sesenta páginas, que Oliverio Girondo acaba de publicar con el título de *Interlunio*: una fantasía editada bajo una fúnebre cubierta negra en altos caracteres negros sobre grueso papel de obra. Leído por fuera *Interlunio* es el retrato y la confesión de un fracasado, de un desecho humano; pero ¿qué más ha querido decirnos el narrador? ¿Qué símbolo o alusión ha escondido en esta trágica evocación del raté a quien una vaca, que lo sorprende en una noche estrellada acostado de espaldas en la pampa, reprocha como madre la equivocación de su vida? No lo adivino o no quiero adivinarlo, y así, agotada la extraña y breve historia, debo volverme a lo que en el libro es creación verbal, descripción de cosas o análisis de sensaciones, que es donde el autor pone indudablemente su mayor ambición.

Aquí apreciamos más de un acierto de su ingenio y su imaginación, aunque no todos los rasgos expresivos de *Interlunio* sean igualmente felices. Cuento entre esos aciertos esa sombra del protagonista "más andrajosa que la de un árbol"; esa "voz llena de hollín"; ese "aliento de cama deshecha"; la "mano algosa, sin esqueleto" que nos produce el mismo sobresalto que "el insospechado contacto de unos guantes que yacen en un bolsillo". Con parecidas imágenes y comparaciones, elaboradas con cierto acento de "greguería", procedimiento éste cuyo principal ingrediente es la comparación insólita y sugestiva, va creando Girondo en torno de su personaje una obsesiva atmósfera, espesa y sucia, de alucinación y miseria.

Once aguafuertes de Lino Spilimbergo desentrañan del libro idéntico horror: todas, vigorosas interpretaciones del texto, salvando las veces en que ciertas intenciones del artista se me escapan. De estas aguafuertes ninguna para mí más notable que la que ilustra el pasaje en el cual Girondo desarrolla nuevamente un motivo ya conocido en la poesía contemporánea argentina —como que es la expresión de una verdad—: el de Buenos Aires confinando bruscamente con el campo,

el almacén de arrabal enfrentándose con la pampa, cuando "de la ciudad no queda más que un cielo ruborizado".

R. F. G.

HOMBRES DE LA ORGANIZACIÓN NACIONAL, por *Agustín Rivero Astengo*, Buenos Aires, 1937.

EL Jockey Club de Buenos Aires ha editado este libro de Rivero Astengo, en el que el autor refirma sus condiciones de investigador imparcial y agudo.

Como en la primera serie, nótase en ésta, desde las páginas iniciales, la honda preocupación por el fenómeno social. Escarmenar la historia —dijo ayer Rivero Astengo— es algo así como hacer el análisis de la sangre del pueblo. No sólo eso; afirmó luego que cada nación tiene sepultada en el subsuelo de su territorio, el alma que la informa.

Confiando en el progreso creciente, seguro de que había puesto bien la yema del pulgar sobre el pulso de una época, señala ahora que la historia no es disciplina de indole abstracta como la filosofía, ni prosaica como el inventario de un contable.

Diez y seis biografías integran este libro que termina con un esquema de Rosas.

El pintor de que hablamos en la nota bibliográfica a su libro de 1936 vuelve a mostrarse en éste. Es cierto, ha ganado en maestría. Por eso pone a Rosas como una figura de contraluz, como el paradigma imprescindible, vale decir como la *raison d'être* de la organización nacional.

En esta guía del lector —eso es a la postre buena parte de la crítica— conviene detenerse en el propósito del escritor. ¿Qué ha pensado Rivero Astengo en esta posta de su viaje? ¿Por qué insiste en el estudio de este período algebráico de nuestra nacionalidad? A qué obedece el designio y cuáles son las fuerzas generatrices del hecho, conviene conocer. En nuestro tiempo, tiempo de mudanzas lleno, como diría Lope de Vega, el hecho debe ser ampliamente destacado.

¿Es un capítulo de nuestra historia lo que preocupa a Rivero Astengo o cree que está en el período que analiza, el alma mater, la célula, para utilizar un término de nuevo cuño?

Que son volúmenes que responden a un plan orgánico surge sin dificultad y sin que el comentarista resulte un arúspice. Por lo pronto, es decir, previsionalmente, nosotros señalamos el punto capital. El clínico de la historia se detendrá en este aspecto. Algo hemos puesto para facilitar el diagnóstico: la localización.

Lo demás, tal como elogiar la erudición, el estilo y la imparcialidad, queda dicho sin decirlo, que es, en el mundo cervantino, la mejor manera de haberlo dicho. Y ésta, como aquella de don Quijote, es otra razón que la razón desconoce.

En libros como el que nos ocupa, si la forma no es lo circunstancial,

es, sencillamente, porque los estudiosos argentinos ignoran que deben manejar con propiedad el instrumento de que han de valerse, para hacer conocer lo que piensan. En Europa, sobre todo en Alemania, Francia y España, esto es moneda corriente. Para probarlo bastaría leer a Simmel, Jéze y Ortega y Gasset. Los tres son pensadores estilistas, sobre todo el últimamente mencionado que es el verdadero estilista con que cuenta la filosofía contemporánea.

Tal el caso de Rivero Astengo, que expresa con alto valor artístico lo que recoge en el subsuelo de nuestro territorio.

FRANCISCO SUAITER MARTÍNEZ.

CARTAS A LAS MUJERES ARGENTINAS, por *Herminia C. Brumana*, Santiago de Chile, 1937.

TRES motivos constituyen la preocupación de la autora de estas cartas: hacer conocer nuestro país, el tipo femenino que lo habita y las inquietudes que poseen las argentinas. Por supuesto que la señora Brumana logra plenamente su intento, porque cuenta con los elementos esenciales: método y conocimiento del medio.

Libro escrito en un tono cordial es éste. Libro de mujer y para mujeres; libro en tono menor, en tono de confidencia o de hora crepuscular, como dirían los iniciados en el secreto que tienen los colores, los sonidos y los cuerpos.

Desde el nombre dado a la página inicial es un acierto. Con sencillez, sin adobo retórico, llama al prefacio. Cuando esto se hace es, claro está, porque sobra la sustancia que animará la obra, obra que, como la que comentamos, no debe estar escrita en otras condiciones. Es bueno recordar que la epístola es uno de los géneros más difíciles. Por la epístola, tanto como por la novela y por el teatro, se llega en línea recta al corazón de nuestros semejantes. Por esto mismo resulta peligroso y toda vez que asome en la epístola el *magister* salmantino, ésta perderá su magisterio. Para dicha de las lectoras, en *Cartas a las mujeres argentinas* no ocurre así. La educadora ha dosificado con muy buen pulso el principio pestaloziano correspondiente y el epistolario ha resultado de un alto valor didáctico.

Todo lo que interesa a la mujer ha reunido la señora Brumana. Les ha hecho un verdadero regalo a sus compatriotas con estas cartas que son punzantes, a veces, suaves otras, útiles siempre. Y tiene que ocurrir así: "nuestras obras están lejos de pertenecernos por completo. Crecen en nosotros, pero sus raíces están en todas partes. Confesamos, pues, que debemos mucho a todo el mundo y que el público es nuestro colaborador".

A lo anotado por France añadamos este viejo concepto de Rodó: "Toda sociedad a la que permaneces vinculado te roba una porción de tu ser y la sustituye con un destello de la gigantesca personalidad que de ella colectivamente nace. De esta manera cuántas cosas que crees

propias, no son más que la imposición, no sospechada, del alma de la sociedad que te rodea”.

Entre la expresión de France que abre el libro y esta de Rodó recordada por nosotros, podían encerrarse estas cartas. El gran novelista francés, como el gran pensador uruguayo, han visto de un modo sutil lo que podía ser el marco para este cuadro. La autora no lo ha pensado así, sin embargo. De cualquier modo hay que confesar que con esta cátedra que vuela, que es su libro, la señora Brumana ha fundado una serie de escuelas exclusivamente para mujeres argentinas. Y, cosa rara: ella preconiza la supresión de los liceos, vale decir, la enseñanza secundaria mixta.

FRANCISCO SUAITER MARTÍNEZ.

PERSONALIDAD Y CONDUCTA DEL NIÑO, por *Telma Reca*, Santiago de Chile, 1937.

POSIBLEMENTE es Telma Reca una de nuestras jóvenes estudiosas que se perfilan con mayores probabilidades de éxito en el mundo de la ciencia argentina. Con plena conciencia de lo que significa tener en sus manos el capital humano de mañana, observa, estudia, acopia datos en el hospital, en las aulas, en la calle. De este modo, poco a poco, a hora precisa y bajo la severa confrontación de lo que Bacon llamaba *tablas de ausencia y de presencia*, la autora espiga una hipótesis, formula un postulado, señala una teoría.

En este libro, bello y útil. Telma Reca pone al lector en contacto con un mundo siempre interesante: el mundo del niño, ese mundo que tiene tanta tonalidad, tanto equívoco y tantos inconvenientes que hacen intrincados los caminos de los padres y de los educadores.

En torno a la personalidad y a la conducta del niño se ha escrito mucho y desde hace mucho. Algunas veces lo han hecho los intuitivos, los que comprenden e interpretan mucho más de lo que saben y en los cuales el “saber” es mera floración más que producto de retortas universitarias. El aedo, el novelista han precedido al pedagogo y al médico. Ellos, con los instrumentos de la loca de la casa, poblaron de mitos el medio que luego tornaría en serias especulaciones. Mucho les deben el médico y el pedagogo; aquellos sueños estuvieron siempre hechos con trozos de realidades a medio cristalizar.

Por desgracia este libro, tan útil y tan bello, no dará los resultados apetecidos por la doctora Reca. Ni los educadores ni los padres están preparados para ser colaboradores eficaces. La escuela continúa con la proa mal dirigida y, a la postre, todo diverge de ella. Si en las escuelas normales se enseñara psicología infantil, si junto a las clases de práctica se pusiera al futuro maestro en contacto con el alma del niño, las cosas tomarían otro rumbo. Con la actual estructura de los programas no se puede hacer ni poco ni mucho. Los educandos viven con la cabeza llena de molinos de viento y el cuerpo de profesores está, a su vez,

inmerso en horribosas tolveneras. Que ni unos ni otros merecen un calificativo desdorado es evidente. El mal no tiene su raíz en las escuelas. Legisladores y ministros son los culpables, porque preocupados por problemas menos importantes, descuidan esto que es básico y previo a toda labor arquitectónica de la sociedad, de la familia, del individuo.

¿Cómo es posible que el niño cuente con un hogar ejemplar, si la miseria asoma tentadora por todas partes, si la pobreza aguza el ingenio lo mismo que en la época que creó la novela picaresca?

El niño necesita tres cosas: hogar que tenga patio con sol, con plantas, con pájaros; escuelas que despierten y cultiven su vocación y educadores capacitados para encauzar su personalidad en crecimiento y mutación permanente.

En nuestro país no hay nada de eso: los hogares son deficientes, las escuelas pertenecen a un tipo viejo y los maestros están preparados con programas en los que predomina el enciclopedismo que capacita para cualquier cosa, menos para la enseñanza.

Telma Reca, con este libro patriótico, abre un serio interrogante. Si lo leen los legisladores se sentirán doblemente responsables: responsables de lo que no evitan pudiendo evitar y responsables de lo que no modifiquen.

El contenido de este libro, agreguemos, debe difundirse para que los padres puedan ser mejores padres y para que a la vez resulte el hogar una verdadera escuela de la primera infancia que termina, casi siempre, mucho antes del período de los intereses diseminados o edad del juego en que inicia sus tareas la escuela del Estado.

FRANCISCO SUAITER MARTÍNEZ.

ALBERDI Y EL HISTORICISMO, por Raúl A. Orgaz. Imprenta Argentina, Córdoba, 1937.

SI bien median tres años entre la aparición de *Echeverría y el Saint-simonismo* y *Alberdi y el Historicismo*, puede decirse que Raúl A. Orgaz no ha dejado transcurrir la necesaria simultaneidad crítica respecto a ambas cosas.

En la primera, con espíritu altamente investigador y venciendo, con notoria benevolencia, las naturales decepciones que causa la comprobación de la falta de originalidad, el autor demostraba el estrecho parentesco que existe entre las ideas del redactor de *El Globo* y fundador de la *Revista Enciclopédica*, Pedro Leroux, con las del autor de *El Dogma Socialista*. Mientras la Francia de 1830 transformaba, con el advenimiento definitivo del saint-simonismo, las corrientes sociales que ocupaban el cauce del liberalismo normalista, la Argentina del mismo año debía incorporar a su delta de influencias europeas los primeros asomos socialistas que, por ese tiempo asimilaban provechosamente Alberdi y Echeverría. Y Leroux, hermanado con Comte y Saint-Simón, era el que proporcionaba los materiales. Del mismo modo, en

Alberdi y el Historicismo. Raúl A. Orgaz hace descender al autor de las *Bases*, de Eugenio Lerminier y de Teodoro Jouffroy para redactar el *Fragmento preliminar al estudio del Derecho*. También aquí, el investigador vence favorablemente sus conclusiones acerca de la escasez de inspiración en la mente del joven *Figarillo*. Claro está que el lector advierte inmediatamente que los deseos del autor están encaminados con preferencia hacia los estudios históricos y no a la polémica en cuanto a la formación del elemento social en la Argentina. Desde este punto de vista, es menester declarar que tanto el libro recientemente aparecido como el que le precedió, publicado en 1934, encierran una vastísima labor interpretativa, aparte de la excelencia que significan para la ubicación definitiva de las fuentes que sirvieron a Alberdi para provocar la evolución política, filosófica y social del país.

Nos apresuramos a decir que tampoco nosotros queremos hacer polémica, ni mucho menos pretendemos hacer indicaciones al autorizado historiador, pero debemos expresar con franqueza que más de una vez hubiésemos querido ver al autor acercando más su lente analítico a la personalidad del ilustre proponente de nuestra Constitución. Ningún esfuerzo hubiera exigido, por ejemplo, hacer notar el contraste que representa el hecho, importantísimo para la historia de las influencias ideológicas, de que Alberdi, en los días contemporáneos a la elaboración del *Fragmento*, preconizara y sintiera él mismo la "necesidad de acoger el pensamiento francés" con lo que se desprende más tarde, a lo largo de las *Bases*, con referencia a su manifiesta inclinación a ensalzar todas las condiciones —intelectuales, éticas, políticas— del pueblo inglés.

Si el *Fragmento* es el producto indiscutible de una paternidad eminentemente francesa, puede afirmarse que gran parte de las ideas predominantes en las *Bases*, tienen una ascendencia innegablemente inglesa. Y, para establecer mejor el contraste, recordemos, por un momento, que Alberdi, cuando precisamente debiera estar más maduro en filosofía, no hesitaba en proclamar que hasta la libertad, —a la que tanto amaba— sólo podía ser manejada por ingleses...

Mas, no nos toca a nosotros adentrarnos más en la discriminación de estas diferencias. Reconocemos, como hemos dicho, que el señor Raúl A. Orgaz aporta con estas dos obras informaciones preciosas para conocer de cerca el desarrollo de las ideas sociales argentinas, y en tal sentido no dudamos que lo ha logrado en forma brillante y elevada.

HÉCTOR F. MIRI.

JUBIABA, por *Jorge Amado*. Trad. de Raúl Navarro. Editorial "Iman", Buenos Aires, 1937.

JORGE Amado, el joven escritor brasileño que nos visitara hace pocos meses y de quien nuestra prensa hizo el elogio que su personalidad literaria merecía, refirma, con esta novela, la consagración que obtuvo en los círculos argentinos con la publicación de *Cacao*. En esta oportu-

tunidad, varios comentaristas manifestaron abiertamente su sorpresa, causada por la evidente declaración de estilo que se advertía a través de todas las páginas del romance que se desarrollaba entre los trabajadores de los cacahuales brasileños. Y era una sorpresa razonable. Pues muy pocos son los escritores que se atreven a romper con los cánones preceptivos cuando en realidad se dan cuenta de que el argumento de la obra se resentiría si éste, por guardar las formas, exigiese pérdida de vigor y colorido. Acostumbrados, como estábamos, a leer una mayoría abrumadora de libros intrascendentes, sólo nos quedaba el consuelo de buscar en el contenido de cada novela las imágenes o figuras más o menos originales, más o menos vírgenes. En una palabra: nos interesaba más el estilo que el argumento, el continente que el contenido.

Pero Jorge Amado nos obliga, con su fuerza de escritor de raza, a preocuparnos de lo que dicen él y sus personajes y no de lo que expresa la forma de su literatura, de su habilidad o ingeniosidad para la prosa bien construida, para la frase bien redondeada. Y si nos tocara juzgar al autor desde el punto de vista estético, artístico, diríamos que a pesar de todo, sus períodos literarios tienen precisamente lo que con más premura exige el arte rigurosamente interpretado: calor, autenticidad, sabor humanos.

Y *Jubiaba* supera estas condiciones. Como el Guma de *Mar Muerto*, como el José Cordeiro de *Cacao*, Antonio Balduino, héroe de la novela que comentamos, posee la magnífica vibración de los sentimientos fielmente captados. El negro Antonio Balduino representa el dolor de una raza no reivindicada todavía, de un pedazo de humanidad que un día, por azares de la civilización, salió de las Tierras de Aioka, —así llaman a su tierra africana los negros de Bahía— para desparramarse generosamente en el suelo americano. Del mismo modo como su hermano estadounidense gritó al rostro del blanco: “¡Yo también soy América!”, el personaje protagónico de la novela de Amado pareciera gritar: “¡Yo también soy Brasil!” Y a la tragedia que significa la falta de reconocimiento por parte del blanco, Balduino añade en su simbolismo representativo la tragedia de la explotación, el drama silencioso y profundo de verse escarnecido e inferiorizado por los mismos a quienes sus hombres sirvieron para elevarlos y enriquecerlos. Pero él ya sabe de libertad tanto como los blancos más entendidos; ya sabe de derechos tanto como los dirigentes más preparados y activos. Y sabe de la esperanza y del porvenir como los revolucionarios más idealistas. Y una vez, cuando oye a otro negro que en la mesa de un sindicato dice: “Mi padre fué esclavo, yo también fuí esclavo, pero no quiero que mis hijos sean esclavos”, siente que para su raza se abre un horizonte luminoso y fecundo, a pesar de su terribilidad.

Por eso dijimos al principio que en la obra de Jorge Amado siempre interesan más los argumentos que las formas literarias. Y por eso no dudamos en advertir en él a uno de los escritores llamados, desde ya, a hacer escuela entre los elementos de su generación.

La traducción de Raúl Navarro —que demuestra conocer profundamente el léxico afro-brasileño y las expresiones regionales bahianas— es excelente y está certeramente adaptada.

HÉCTOR F. MIRI.

HISTORIA DE LA CIVILIZACIÓN BRASILEÑA, por *Pedro Calmon*. Traducción de Julio E. Payró y prólogo de Ricardo Levene. Biblioteca de Autores Brasileños, Buenos Aires, 1937.

ESTE primer volumen de la Biblioteca de Autores Brasileños, editado bajo la dirección de la Comisión Revisora de Textos de Historia y Geografía Americanas, abre, en la cultura de nuestros pueblos, un ramino cuya ausencia se hacía sentir cada vez más por quienes tienen en sus manos la misión de orientar hacia horizontes seguros a la juventud estudiosa del continente.

A pesar de que la lengua portuguesa puede ser fácilmente comprendida por los lectores de habla hispana, aun por los de mediana preparación y con escasos conocimientos filológicos, la mayoría de las grandes obras brasileñas permanecen ignoradas todavía por el público de casi todos los países del sur y del centro de América. Y este hecho, naturalmente, ha traído como consecuencia el desconocimiento general de las actividades de una nación que no sólo contiene en su acervo un riquísimo núcleo de personalidades políticas, sino también, y sobre todo, un número ilimitado de magníficos productores y representantes literarios, artísticos y científicos.

Es menester confesar que los encargados de establecer acercamientos interamericanos mediante todos los intentos y lazos posibles, descurdaron, indulgentemente, la labranza y el cultivo de uno de los terrenos más fértiles para la obtención de los frutos de la amistad, el arte, la ciencia, la literatura y la política. En este caso, y en cierto modo, no está de más aquí reprochar la actitud de muchos intelectuales y pedagogos argentinos, que en vez de preconizar la urgencia de conocer, ante todo, la constitución física y espiritual de estas latitudes, llevaban, —hasta hace muy pocos años,— a los estudiosos de más posibilidades a las fuentes de Europa. Y así es como nos encontramos a cada paso con eruditos de todo lo que se publica, se piensa y se siente del otro lado del mar, pero que ignoran en absoluto las inquietudes y el des-
envolvimiento generales que inspiran a los mejores cerebros del Nuevo Mundo.

Y refiriéndonos al Brasil: ¿Quién, realmente, conoce en nuestro medio a sus poetas, a sus novelistas, a sus historiadores, a sus educadores, a sus artistas y hombres de ciencia? Digámoslo de una vez; ningún intelectual, o menos aún, ningún *curioso argentino*, sabe a ciencia cierta, cuál es el desarrollo de las actividades estéticas, sociales, didácticas de aquel país. En una palabra: desconoce la civilización brasileña.

Y cuando García Merou, —cuyas palabras recuerda oportunamente

el Dr. Levene— denunciaba esta falta imperdonable de nuestros conductores, daba, con plena razón y conciencia, el golpe de llamada, el aldabonazo que se hacía preciso y que recién ahora, después de más de treinta años, ha sido oído por los actuales vigías de nuestras bibliotecas y publicaciones.

La *Historia de la Civilización Brasileña* que nos acaba de ofrecer la Comisión presidida por el Dr. Ricardo Levene, en una traducción impecable de Julio E. Payró, representa, en los días que vivimos, el primer paso hacia una verdadera comprensión de los problemas y aspiraciones que nos son comunes, salvando, los detalles, no sólo a los brasileños y argentinos, sino también a todos los hombres de las demás repúblicas latinoamericanas.

Pedro Calmón, espíritu sagaz y profundo conocedor de la evolución de su pueblo, demuestra en esta obra la sostenida vibración nacional brasileña que, desde el Descubrimiento y la Conquista hasta hoy, ha ido consolidando el prestigio y la gravitación que caracterizan a la patria de Fray Vicente del Salvador —el primer brasileño que escribió un libro, en 1627—; de Gregorio de Matos, el gran poeta de *Obras*; de Joaquín José da Silva Xavier, el magnífico *Tiradentes*, cantor de la libertad; de Ruy Barbosa; de Euclides da Cunha y en fin, de cien más que han contribuido a su engrandecimiento a pesar de no contar con el diálogo íntimo de las demás naciones hermanas.

HÉCTOR F. MIRI.

DEFENDAMOS NUESTRO HERMOSO IDIOMA, por J. Cantarell Dart, Buenos Aires, 1937.

J. Cantarell Dart, culto profesor en importantes institutos de enseñanza secundaria de esta Capital, publicó hace algunos meses en libro, las charlas radiotelefónicas por él irradiadas desde Radio Mayo y Radio Mitre, sobre cuestiones de lenguaje. El libro formado con estas charlas es interesante y útil. En ellas, aunque en la forma rápida y necesariamente superficial que exige este género nuevo de comunicación con el público, el autor examina amenamente la miseria idiomática de nuestro pueblo, la jerga del arrabal, la inversión de las palabras, la elocución inexpresiva, la manía galicista, el esnobismo y el mal gusto, la letra de los tangos, en fin, todo lo que debe y no debe decirse para renovar y vitalizar nuestro idioma. Breves noticias sobre lingüística, semántica e historia literaria española y americana completan este libro que prolonga la obra educativa cumplida antes por el autor por transmisión oral. Interesante es sobre todo como documento de un momento en la evolución de la lengua castellana en el Plata, a cuyo estudio aporta gran riqueza de voces y expresiones lunfardas o de la jerga periodística y de la conversación común.

R. G.

PEPITAS DE ORO, por *M. L. Smith de Lottermoser*. Editor: Carlos S. Lottermoser, Buenos Aires, 1937.

ESTE es el último libro de cuentos infantiles de la señora María Leonor Smith de Lottermoser. Lo prologa Roberto F. Giusti, quien juzga el libro en los siguientes términos:

"La señora de Lottermoser sabe escribir para los niños, porque, como se ha visto, los conoce y los ama. En sus dos primeros libros, *Los cuentos de tía Nonó* y *Los cuentos de tío Aros*, se mezclaban realidad y ficción; el mundo de la libre fantasía, del ensueño y el milagro se tocaba con el de las cosas familiares a los pequeños lectores. Estas han ido dominando en el tercer libro, *Cachitos de verdad*, y en el presente, *Pepitas de oro*. Los cuentos de este último son todos en sustancia verdaderos, fundados en casos reales observados por la autora, según ella me asegura, y lo creo. Escritos con sencillez, desbrozados de toda empalagosa pedantería moralizante, constituyen lecciones cordiales de bondad, rectitud, abnegación y altruismo. Es la realidad cotidiana idealizada por una mujer que se complace, volcando en sus creaciones su instinto maternal, en vestir como lindas muñequitas a las heroínas de sus cuentos, todas de floridos y musicales nombres poéticos: Mariadelinda, Siempreviva, Clavelina, Alba Rosa, Maricelia, Berenguela, Alelí; o, cuando escoge a los chicos, en ponerles el sombrero de través y embadurnarles la cara picarescamente. No es propiamente un mundo fantástico el que crea la autora; pero sí el de los sueños infantiles. El mundo, sin duda, como lo sueñan o se lo figuran los niños buenos, o que se proponen ser buenos, lo que a ratos perdidos les ocurre a casi todos. En él reina la generosidad, la justicia, el compañerismo; todos son uno para los demás; y si la envidia o la soberbia salpican alguna almita, es para que luzca luego más limpia y resplandeciente. ¡Ay! ciertamente el mundo no es así, y los hombres, y aun los niños, son comúnmente más egoístas sino más malos; pero ¿por qué no hacerles ver a los pequeños la vida de color de rosa? Ya tendrán tiempo de conocer el reverso gris o sombrío.

"Una maternal piedad hacia los niños desheredados, enfermos y tristes, que se convierte a veces en honda ternura, late, en los cuentos de este libro, el cual bien se ve que ha sido escrito por quien fué maestra y directora... Pero tampoco es extraño a él, lo mismo que a los anteriores, el "humour", cierta fina sonrisa con que la autora va subrayando las pequeñas ridiculeces que muestran ciertas figuras y actitudes humanas, tanto más visibles para los niños cuanto más solemnes y presumidas".

"PEPITAS DE ORO ha sido ilustrado por Carlos Viale. La cubierta, en colores, muy graciosa, por quien firma E. Erhard.

COMENTARIO EVANGÉLICO, para los domingos y fiestas del año eclesiástico, por
Dionisio R. Napal. — Buenos Aires, 1937.

TAL vez porque la Iglesia Católica recuerda diariamente en la Misa tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento, no fue nunca recomendada a los fieles la lectura de la Biblia, que para muchos católicos es completamente ignorada y para otros no apreciada como sería de desear.

El trabajo silencioso y tesonero de la Orden de San Benito, dedicada muy especialmente a los estudios litúrgicos, a la difusión del enorme caudal de belleza que hay en las ceremonias del culto, junto a su significado, ha hecho que hoy en día, con la difusión del Misal en lengua latina y su traducción correspondiente, sea cada vez mayor y más completo el conocimiento de la Biblia, por lo menos en las partes reproducidas por la liturgia en la Misa.

Monseñor Napal contribuye con su libro *Comentario Evangélico* a esta penetración, vulgarizando la parte de los Evangelios que las Misas festivas del año eclesiástico exponen a la meditación de los fieles. Ha reunido en el citado libro mucha de su labor radiotelefónica, dándole una "interpretación popular" que también se inspira en el designio de poder "ser provechosa lo mismo al cristiano de escasos conocimientos evangélicos que a las personas provistas de excelente ilustración, sin excluir a los colegas, que por razón de ministerio, poseen notoria versación en tal disciplina".

Conocida es la fácil palabra y la diestra pluma de Mons. Napal. Las páginas de *Comentario Evangélico*, precedidas de una corta *Introducción* histórica y de un *Compendio cronológico de la vida evangélica de Jesús*, entran en seguida, comenzando como es natural por el Tiempo de Adviento, a su obra de exégesis, realizada con sentido histórico y misionero, sin desdeñar el "místico". Aunque rápido, el comentario no deja sin escudriñar ninguno de los valores del texto, que destaca y evidencia. Y es tanta la suma de ellos en el Evangelio, que las seiscientas páginas de estos comentarios no dejan un momento de atraer al lector con el interés más sostenido y profundo.

Es de Pío XI esta frase: "La religión debe llegar al corazón por la inteligencia". Citamos de memoria y si nos hemos equivocado en algo perdonémosen en obsequio a la buena intención. Pues bien, la obra de Mons. Napal logrará sin duda realizar en más de uno, la verdad que encierran las citadas palabras del Sumo Pontífice.

E. S. C.

PELELE, cuyo lápiz ha fijado a través de tres decenios la figura de tantas personalidades argentinas y extranjeras, ha editado un álbum con el retrato, hecho con pocos y firmes trazos y visión humorística, de los hombres que participaron en el II Congreso Internacional de Historia de América, al que NOSOTROS dedicó un número especial. Son 121 retratos, documentos vivientes todos ellos de quienes presidieron honorariamente el Congreso, o lo organizaron o figuraron activamente en él.

Si se necesitan más pruebas que las notorias de la inmensa popularidad alcanzada en la Argentina por el famoso libro de De Amicis, *Corazón*, baste saber que en pocos años —y precisamente cuando su difusión ha decrecido por considerársele un libro que no condice, a pesar de su innegable valor sentimental y docente, con las costumbres y modalidades de nuestros niños— ha sido adaptado dos veces a nuestra escuela. La primera, en 1932, por el prestigioso profesor Isidoro Vera Burgos (Ed. Cabaut); la segunda, reciente, de Germán Berdiales y Fernando Tognetti (1937, Ed. Anaconda). Más libre la primera, traducción y paráfrasis con mucho del autor; más sujeta al texto original la segunda; ambas destinadas a los niños argentinos, mediante inteligentes ediciones, cortes y substituciones.

Germán Berdiales, como autor de libros escolares es de todos conocido y apreciado: poeta de vena fresca y técnica sencilla; narrador ameno; antologista informado y experto. Este nuevo libro suyo, compuesto en colaboración, renovará en los niños que lo lean, las eternas emociones que todos experimentamos cuando leíamos o se nos leyó por primera vez *Cuore*. Lo prologa Rafael Alberto Arrieta.

CRÓNICA

Armando Palacio Valdés

CON don Armando Palacio Valdés acaba de desaparecer el último representante calificado de la promoción literaria española anterior al llamado grupo o generación del 98. En la actividad de Palacio Valdés no faltó ni la incursión crítica en torno a personas y cosas, ni tampoco la reflexión de índole estética. Sin embargo —nadie lo ignora—, el autor de *La hermana San Sulpicio* fué ante todo un novelista. Con año más, con año menos, Palacio Valdés militó durante buen tiempo en ese importante sector de las letras españolas que integraron, ya a partir de las últimas etapas del romanticismo peninsular, Pérez Galdós, Valera, Alarcón, la Pardo Bazán, el buen padre Coloma, Leopoldo Alas y Jacinto Octavio Picón.

Una vida más prolongada que la de todos sus compañeros de tendencia le permitió actuar literariamente como en una especie de paralelismo cronológico no sólo con los novelistas de la aludida generación del 98 —Unamuno, "Azorín" y sobre todo Baroja—, sino también con algunos de los narradores representativos de la generación inmediata: Blasco Ibáñez y, ya en días relativamente próximos, Pérez de Ayala y el mismo Gabriel Miró.

Por la época en que inició sus tareas, por los autores entre los que se destacó desde sus comienzos, como así también por el tono general de su producción, lo frecuente y lo cómodo consiste en clasificar a Palacio Valdés en el número de los escritores realistas no del todo desatentos a las preocupaciones del naturalismo. Pero ya se sabe el valor muy escaso de este criterio de clasificación y de estima. El propio Palacio Valdés no dejó de desdeñarlo con argumentos atinados y de firme sentido común.

También se alude con bastante frecuencia, y casi siempre confusamente, al "humorismo" de este novelista. No habría gran des-

ventaja en persistir en ello si ese vocablo acertase a revestir en castellano una significación tan precisa y poco transferible como la que la palabra *humour* recauda en la terminología inglesa. Tocante a la modalidad indicada conviene atender a ciertas necesarias distinciones que tampoco para Palacio Valdés han pasado inadvertidas. Porque tres, por lo menos, son los modos del humorismo. Uno hay, en efecto, que se reduce a hacer mofa de cuanto es respetable. Pero de éste ni siquiera vale la pena syndicar las muestras. La otra postura humorística —y así en el caso de Juan Pablo Richter o en el de Enrique Heine— es un solazarse como en un juego triste, como en una desolada travesura de la imaginación o de la fantasía. La tercera y última forma de humorismo gusta situarse en cambio en un plano aun más alto y sus manifestaciones egregias es preciso buscarlas en Cervantes. Consiste en un contraste ejemplarísimo: en la oposición, píamente burlona, de lo que es la vana apariencia de las cosas o de los afectos con su remoto paradigma ideal, de continuo entrevisto y de continuo añorado. A Palacio Valdés únicamente este tipo de humorismo alcanzaba a interesarle. "Sólo él me encanta" — subraya en alguna parte. Bien se comprende entonces los juiciosos atenuantes que estas preocupaciones del novelista tienen que haber implicado en su comportamiento estético.

En estas simples líneas alusivas —y sobre todo después de la salvedad que antecede— no hay para qué empeñarse en un intento más o menos aparatoso de clasificación o de filiación literarias. Además —como en tantas otras ocasiones— los manuales de clase ya parecen haberse encargado de ello. Para apreciar debidamente a Palacio Valdés basta "situarlo", tras una lectura atenta de sus libros, en el conjunto de los más diestros prosistas españoles de fines del siglo pasado. Por poco que se proceda de ese modo es casi seguro que la visión de su obra se parecerá bastante a la que va para veinte años el diligente Peseux-Richard trazó en uno de los tomos de la *Revue hispanique*. Aun después de los libros ulteriores de Palacio Valdés —*La novela de un novelista*, *La hija de Natalia*, *Los cármenes de Granada*, *Los puritanos*, *Sinfonía pastoral* y algunos otros—, esa extensa monografía sigue siendo el trabajo más completo que hoy existe acerca de su persona y escritos.

Difícilmente podría agregarse algo novedoso a lo que en ese estudio se asienta con excelente erudición, buen orden de materias

y ponderable claridad expositiva. Queda sí, como siempre, el posible apunte impresionista de la resonancia emotiva que los libros de Palacio Valdés pueden seguir suscitando en cada uno de sus lectores. Pero ahora no se trata de eso.

Ya no es dable dudar sobre cuál sea el puesto, no muy eminente, pero sí honroso y ventajosamente situado, que le corresponde en la historia de las letras castellanas. No incurramos en el grato error de perspectiva —unas veces profesoral y otras periodístico— de creer que éramos nosotros quienes estábamos llamados para atribuírselo *post mortem*.

Muy lejos de ese intento, la tarea del comentarista tiene que reducirse aquí a una mera y escueta notación de evidencias. El simple hecho de reconocer esas evidencias ya es tarea de buena crítica, puesto que lo es también de justicia y de recordación oportuna.

Fué Palacio Valdés un autor ameno, comunicativo y cordial. En sus escritos mal podían esas virtudes asumir los atributos de la genialidad auténtica. Acaso no se alzaron tampoco a los del talento extraordinario, pero su relativa rareza, cada día mayor, terminará por hacerlas sobremanera estimables. En el autor de *Marta y María* el comportamiento del hombre y el del escritor fueron, por otra parte, dos modos de actividad vital casi coincidentes. Es por ello que Palacio Valdés acaba de morir ofreciendo un espectáculo ya un tanto desusado: el de un hombre de fe y de trabajo que acertó a ser feliz, siquiera sea en la parca pero suficiente medida en que todo lo humano encuentra su plenitud o realiza su grandeza. Sus días —lo ha declarado él mismo ya casi en los extremos de una postrimería apacible— se deslizaron “dulces, serenos, perfumados por el amor y la amistad, turbados solamente por la huída de seres muy queridos a otra región más alta”.

Pero Palacio Valdés fué también afortunado con su obra. Y no, claro está, por la sola circunstancia de que sus libros hayan disfrutado de una buena acogida en su patria o de una renovada aceptación en el extranjero. Cuando decimos que Palacio Valdés fué afortunado con su obra queremos dar a entender que ella se ha integrado según los deseos pero asimismo según las discretas limitaciones del propio artista. “Quisiera terminar mi vida —precisaba en alguna de sus páginas— haciendo meditar un poco a los grandes y divirtiendo

a los pequeños". Hoy nadie puede negar que ese propósito no esté ya suficientemente cumplido.

Los libros de Armando Palacio Valdés distan mucho de pertenecer a esa categoría de producciones que los franceses, gente propensa al distinguido preciso, llaman obras "para el primer estante". Sin embargo —y cuando esto no sea un acto de justicia será por lo menos una decisión amable—, nada impide que les procuremos un lugar decoroso entre ese centenar de objetos modestos y cotidianos, pero por eso mismo familiares y amigos, que forman lo más accesible si no lo mejor de nuestro contorno. Ni en la hora del buceo de las intimidades profundas, ni en la del alto y desaprensivo revuelo lírico podrán los tomos del novelista asturiano sernos de gran ayuda. Pero sí podrán dispensarnos alguna ventaja en esos momentos como de recreo o de tertulia que de tarde en tarde —cada vez más de tarde en tarde— solemos tener con nosotros mismos.

Por mucho menos que por eso ya seríamos sus deudores.

A. J. B.

Juan Torrendell

EN una reunión celebrada en el local de la revista NOSOTROS por un grupo de amigos de Juan Torrendell, en ocasión de cumplirse el 12 de marzo el primer aniversario de su muerte, se resolvió colocar una placa en su tumba. NOSOTROS encabezará este homenaje al amigo y escritor inolvidable.

Folco Testena

FOLCO Testena ha vuelto al país, después de una ausencia de poco más de un año. Ya sabíamos que no podría estar lejos mucho tiempo de la Argentina, que tanto ama y por la cual tanto ha hecho. Trae dos nuevos libros bajo el brazo: *L'epopea del lavoro italiano nella Republica Argentina* (Milano, Fratelli Boccia, editor, 1938) e *Il Cantare del Cid*, en una versión italiana bellamente impresa, que representa un trabajo tan improbable como noble, y de la cual hablaremos en el próximo número.

Los nuevos colaboradores de este número

JOSÉ IMBELLONI. — Profesor de Antropología en la Universidad de Buenos Aires y de Historia en el Instituto Nacional del Profesorado. Jefe de la Sección Antropología en el Museo Argentino de Ciencias. Dirige la colección *Humanior*, biblioteca del Americanista Moderno. Ha publicado *La Esfinge Indiana* (1926), *Epítome de Cultorología* (1936), y muchas publicaciones científicas especializadas.

CARLOS MASTRONARDI. — Nació en 1901 en Gualeguay. A los veinte años abandonó la abogacía por las letras y el periodismo. Perteneció al movimiento "ultraísta", colaborando en *Proa*, *NOSOTROS* y *Martín Fierro*. Ha publicado: *Tierra amanecida* (1926), poemas de ambiente provinciano; *La perseguida con dulzura* (1928), cuentos luego retirados de la circulación; y *Conocimiento de la noche* (1937), nuevos poemas. Ha traducido muchas páginas de Apollinaire, Lluard, Claudel y Rilke. Sus primeros versos los publicó en *NOSOTROS*.

JUAN DAVID GARCÍA. — Profesor de filosofía en la Universidad de Barcelona, especializado en teoría del saber científico, rama en la que goza de gran autoridad. Ha publicado: *Ensayo sobre la estructura lógico-genética de las ciencias físicas*; *Introducción a la lógica moderna* (Labor), y artículos sobre temas de su especialidad; algunos de ellos han visto la luz en nuestro país (*El prestigio del cielo y su decadencia actual*, en *Universidad*, publicación de la Universidad Nacional del Litoral).

CARLOS COSSIO. — Profesor de Filosofía del Derecho en la Universidad de La Plata. Nació en Tucumán en 1903. Doctor en Jurisprudencia por la Universidad de Buenos Aires (1927). Su tesis versó sobre *La Reforma Universitaria o El Problema de la Nueva Generación*. En 1928 fundó en Tucumán la revista *El Carcaj*, que salió hasta 1929. Ha publicado entre otros trabajos de su especialidad, los siguientes libros: *El plan de estudio de Abogacía*, *La Revolución del 6 de Septiembre* y *El Concepto puro de Revolución*. Es miembro titular del Instituto de Filosofía del Derecho y de Sociología Jurídica, y colaborador de la *Revue Internationale de la Théorie du Droit*, *Rivista Internazionale di Filosofia del Diritto* y de los *Archives de Philosophie du Droit*. Colaboró además en *NOSOTROS* (1ª época), *Valoraciones*, *Inicial*, *Síntesis*, etc.

OBRAS SANITARIAS DE LA NACION

Es amplia y eficiente la labor que realiza Obras Sanitarias de la Nación

POR la índole de los servicios públicos que la ley de su creación le ha asignado, Obras Sanitarias de la Nación ha tenido lógicamente que desenvolver su influencia y su importancia en forma paralela al crecimiento urbano del país. Organismo esencialmente técnico, que tiene a su cargo cuestiones vinculadas y relacionadas con la salubridad y el confort de las poblaciones debía seguir sus adelantos para que no quedara incompleto el gran esfuerzo que éstas desplegaban a fin de mejorar las condiciones de su vida.

Así es como en los veinticinco años que ha cumplido bajo el régimen de la ley que nacionalizó sus funciones, sus actividades la han obligado a superar las características burocráticas más extensas de los organismos de Estado, para configurarlas en la categoría de las que tienen una acción de bien público en beneficio de intereses superiores de la colectividad como son los de la higiene y la salud de su pueblo.

Ha sido siempre perseverante la influencia de Obras Sanitarias en la solución de estos problemas, pero particularmente se ha intensificado y difundido en estos últimos años. El Directorio de la Institución se trazó, en efecto, un programa no sólo de atención a los servicios ya existentes, sino también de mejoramiento y ampliación de los mismos, que realizado en su gran parte con actividad y pleno éxito, ha dado por resultado que numerosas localidades del país hayan podido incorporar, en este tiempo, insta-

laciones sanitarias eficientes como garantía real y permanente de su comodidad y factor decisivo de su adelanto paulatino.

Con este impulso dado por el Directorio, que evidencia no solamente la capacidad técnica de la Institución, sino también el sentido de su responsabilidad social de sus dirigentes, puede decirse hoy que no menos de 200 ciudades y pueblos gozan de los beneficios de Obras Sanitarias, o están a punto de incorporarlas a su vida, pues han sido terminados los estudios y proyectos respectivos y resuelto el plan financiero de su ejecución en forma que su sostenimiento no será en ningún sentido gravoso a la economía de los vecindarios favorecidos.

El mapa con las localidades que cuentan ya con obras sanitarias en explotación, y el cuadro con la nómina de pueblos en que se han iniciado o proyectado, confirman la significación y trascendencia de su obra, que ha respondido así en forma amplia al programa constructivo del Gobierno Nacional.



En los seis años que comprende el período presidencial fenecido y que abarca casi totalmente la labor del actual Directorio de Obras Sanitarias, son muchas las obras de provisión de agua o de saneamiento que se han inaugurado en la República, y entre ellas pueden citarse las correspondientes a Goya (Corrientes), Rafaela, Esperanza, Reconquista (Santa Fe), Guaymallén, San Martín, Godoy, Junín y Rivadavia (Mendoza), La Banda (S. del Estero), Tinogasta (Catamarca), Vicente López, San Isidro, San Fernando, Las Conchas (Buenos Aires). Se han iniciado además las construcciones de obras de saneamiento en Morón y Tandil (Buenos Aires), San Francisco (Córdoba), Bariloche (Río Negro), y en muchas otras localidades, las ampliaciones de los servicios existentes y que están a cargo de Obras Sanitarias de la Nación.

En casi todas las capitales de Provincias, como Tucumán, Córdoba, Santa Fe, Mendoza, Salta, Santiago del Estero, Paraná, Corrientes y San Juan, se han realizado ya o se han iniciado y están a punto de terminarse, ampliaciones de los servicios sanitarios y de agua potable que constituían serios problemas financieros, tanto como de orden técnico, que el Directorio ha solucionado satisfactoriamente, después de largos años de estudio y consideración de todos sus aspectos.

En la ciudad de Mar del Plata, donde la población crea constantemente exigencias sanitarias impostergables, se han planeado las obras a realizarse para satisfacer sus necesidades más amplias desde el próximo año, aparte de que se ha dedicado al problema inmediato de higiene y comodidad la atención necesaria y se ha podido así disminuir las contrariedades de la insuficiencia de los servicios que crea, precipitadamente, la afluencia de veraneantes en determinada época del año.

El problema del abastecimiento del agua potable en el interior del país, agudizado desde el año pasado por la escasez de llu-



Ingeniero ENRIQUE BUTTY
Presidente del actual Directorio

vias y por consiguiente la disminución de los caudales de los ríos, arroyos y otras fuentes de provisión del líquido, no ha sido descuidado tampoco por el Directorio de Obras Sanitarias, y respondiendo a los deseos manifestados por el Presidente de la Nación, en el sentido de que se procurara la higiene y la vida de esas poblaciones que sentían ya las primeras preocupaciones de la sed, se dispuso la construcción de obras económicas para que el agua no faltara, aunque fuera venciendo las mayores dificultades físicas, técnicas o financieras. Así el Departamento Técnico de la Institución preparó inteligentemente, con toda urgencia, estudios, planos y presupuestos para realizarlas en el menor tiempo posible, lo que se ha

hecho apelando a fondos de Rentas Generales que el Gobierno puso a disposición de Obras Sanitarias, a fin de que no se demorara tan urgente exigencia en sus pueblos. Merced a esta actividad, Obras Sanitarias ha podido entregar a las comunas respectivas, sin cargo alguno para su patrimonio y sus rentas, instalaciones completamente terminadas para la provisión de agua potable, entre otras, a las poblaciones de Comandante Fontana, Pirané, Ing. Juárez, Pozo del Tigre, en el Territorio de Formosa; Pampa del Infierno, Avia Terai, Sáenz Peña, Lapachito, Makallé y Laguna Blanca en el Chaco, prosiguiéndose los trabajos para terminar iguales instalaciones en Monte Quemado, de Santiago del Estero y Los Blancos, Ballivián y Embarcación, en Salta.

Independientemente de toda esta labor realizada y como una demostración elocuente del interés nacional que preside todas las gestiones del Directorio de Obras Sanitarias de la Nación, se ha dispuesto que el Departamento Técnico inicie los trabajos de campaña y de gabinete necesarios para el estudio sistematizado del problema de la provisión de agua potable a las poblaciones que aun no cuentan con este servicio, y del aumento de la dotación en aquéllos cuyas necesidades ya reclaman su ampliación.

Este plan integral de estudios técnicos facilitará al nuevo gobierno que preside el doctor Roberto M. Ortiz, las construcciones sanitarias respectivas que es posible cumplir en pocos años, cumpliendo así una amplia y patriótica aplicación de la ley 12.140 en todo el territorio de la Nación.

Se ha proseguido igualmente y de acuerdo a la capacidad económica de las poblaciones y a sus exigencias higiénicas más urgentes, la difusión de los servicios de cloacas en las ciudades y pueblos de mayor importancia, procurando, en todos los casos, ajustar sus tarifas a un patrón mínimo uniforme que pueda solventarse sin mayor esfuerzo por las autoridades locales y sus vecindarios.



En lo que respecta a la Capital Federal, la atención de los servicios sanitarios ha exigido una permanente consagración de trabajos y recursos, habiéndose iniciado finalmente la construcción en forma integral de los desagües pluviales, cuya ejecución demandará la inversión de más de 60 millones de pesos, lo que era una aspiración largamente definida de la población de la ciudad.

Como se ve, la labor del Directorio de Obras Sanitarias ha sido realmente múltiple, porque ha comprendido además de la atención de los servicios en funcionamiento en todo el país, la construcción de nuevas obras; el reajuste y acondicionamiento, dentro de las exigencias presentes y futuras de todos los estudios y proyectos realizados y preparados en otras épocas; la modernización de instalaciones y la preparación de proyectos previsores para el futuro, tanto del punto de su capacidad, como del de sus caracteres técnicos más precisos y modernos.

Como complemento de esta obra, el Directorio ha aumentado los elementos de que la Institución disponía para la realización de sus fines, y ha creado en primer término la sección de Investigaciones Técnicas, organismo cuya misión será la de estudiar los problemas de salubridad que interesan directamente a la Repartición, tratando de coordinar las actividades relacionadas con el perfeccionamiento de los servicios y experimentando los nuevos sistemas aconsejados por la Ingeniería Sanitaria, a fin de establecer la conveniencia de su adopción, y elevar su eficiencia, al mismo tiempo que reducir el costo de las obras que ello implique.

Se ha organizado igualmente el Departamento de Asuntos Legales, cuya dirección se ha confiado a un prestigioso profesional, el doctor Adolfo Piossek, para atender todas las cuestiones de índole jurídica de Obras Sanitarias de la Nación y que facilitará en mucho las relaciones generales de la Institución con los usuarios de sus múltiples servicios.

Otra iniciativa del Directorio ha sido la publicación del BOLETÍN DE OBRAS SANITARIAS, que constituye una interesante revista de carácter informativo y técnico. Aparte de su importancia como primera publicación argentina de ingeniería sanitaria, su presentación gráfica y su contenido de alto valor científico, la destaca como una de las expresiones más formales de las publicaciones oficiales del país.

La Inspección General de Explotación de los Distritos del Interior, otra iniciativa realizada por el Directorio en el año anterior, influirá eficazmente en el desarrollo y armonía de las prácticas administrativas y técnicas, ejerciendo el contralor del personal destacado en cada localidad con fines de subsanar y mejorar todo lo que sea necesario y esté relacionado con los servicios públicos.

Se estudia ahora la utilización del sulfato de aluminio procedente de la zona de Calingasta en San Juan, y de la bauxita, en Misiones, elementos indispensables en el proceso de la purificación de las aguas destinadas al consumo y que si dieran los buenos resultados que se prevén y esperan permitirían substituir la importación que de ellos se hace, con un producto nacional que sería altamente ventajoso para la seguridad e independencia de estos servicios y para la economía del país.

TERMINADO el período para el cual fué designado el ingeniero Domingo Selva, el gobierno nacional ha nombrado en su reemplazo en la presidencia del directorio de Obras Sanitarias al ingeniero Don Enrique Butty, que ha sido decano de la Facultad de Ciencias Exactas y Rector interino de la Universidad de Buenos Aires, títulos que por sí solos acreditan el acierto de su designación para el cargo, desde el cual ha de continuar la tradición de prestigio de la Institución y de su anterior presidente.